

756

IDAD AUT

CCIÓN GEN

QUE

BIBLIOTE



SANCHEZ

SERMONES

VARIOS



BX175

S2

NO. 5

C. 1

RAL

135783

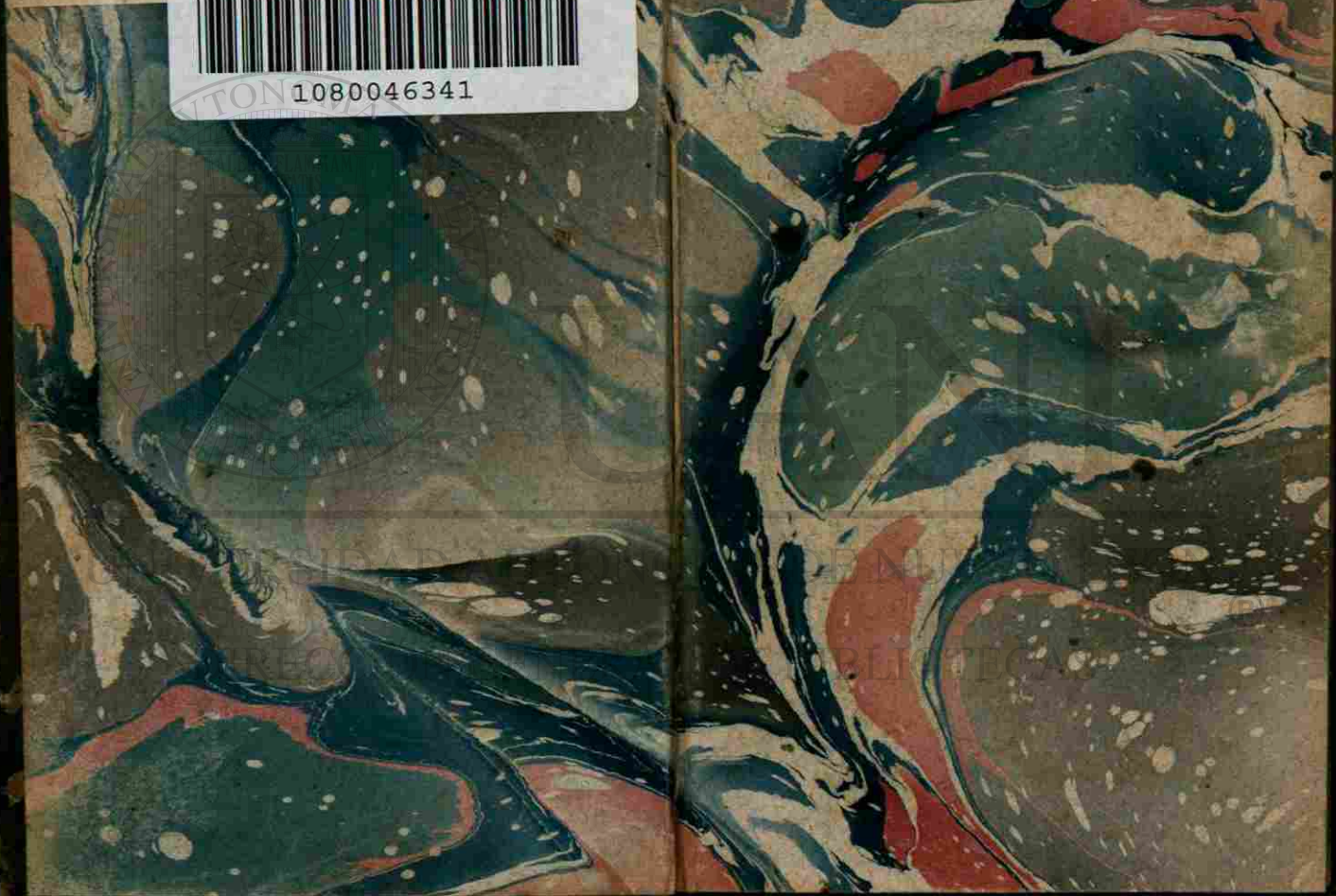
252



*José Angel Benavides.*



1080046341



8#2-6443

# SERMONES

## VARIOS

### PANEGIRICOS Y MORALES.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,  
lector dos veces jubilado y del número,  
doctor en teología, calificador del santo  
oficio &c., morador en el convento de  
S. Antonio Abad de Granada.*

TOMO V.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Con las licencias necesarias.*  
Madrid: Por la Viuda de Barco Lopez.

Año de 1805.

38100

381756

52

V5



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135783

SEÑORES

DISCURSO MORAL  
SOBRE EL TRIBUTO  
DEBIDO AL SOBERANO.

*Reddite ergo omnibus debita: cui tributum tributum, cui vectigal vectigal. Rom. XIII. 7.*

Pagad á todos lo que les es debido: á quien tributo tributo, á quien gabela gabela.

SEÑORES.

Así habla San Pablo á los Romanos, para instruirlos en la obediencia debida á las legítimas Potestades, y en la estrecha obligacion de conciencia que impone el Cristianismo, de

Tom. V. A pa-

381756

52

V5



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135783

SEÑORES

DISCURSO MORAL  
SOBRE EL TRIBUTO  
DEBIDO AL SOBERANO.

*Reddite ergo omnibus debita: cui tributum tributum, cui vectigal vectigal. Rom. XIII. 7.*

Pagad á todos lo que les es debido: á quien tributo tributo, á quien gabela gabela.

SEÑORES.

Así habla San Pablo á los Romanos, para instruirlos en la obediencia debida á las legítimas Potestades, y en la estrecha obligacion de conciencia que impone el Cristianismo, de

Tom. V. A pa

pagarles el censo ó tributo que justamente se les debe como á Ministros de Dios: y con las mismas palabras no dudo yo reconveniros en esta hora, para confirmar á unos en su buen propósito, y desengañar á otros del error pestilente que una falsa y anti-cristiana moral ha podido sugerirles. La materia es de sumo interes, principalmente en las actuales circunstancias, en que empeñados en una guerra justa, debemos contribuir con todas nuestras fuerzas al bien y felicidad de nuestra Patria. Para haceros esta verdad sensible no es necesario valerme de las vanas persuasiones de una eloquencia mundana. Con solo exponer sencillamente la doctrina de la Iglesia, apoyada siempre en los oráculos y exemplo de Jesu Cristo, y fielmente sostenida por la constante tradicion de todos los siglos, os haré ver que nada hay mas conforme á la recta razon y á la justicia, que la obligacion

cion de pagar el tributo al Soberano. Seguidme atentos.

*Pagad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios,* respondió Jesu Cristo á los Herodianos, y á los discipulos de los Fariseos, que pretendian sorprehenderle sobre el censo ó contribucion que se pagaba á los Romanos. Exponiendo San Gerónimo este pasage, dice: quando el Señor ordena pagar al César lo que es del César, se entiende el censo ó tributo; como por pagar á Dios lo que es de Dios, se entienden los diezmos, las primicias, las victimas y ofrendas. Por el mero hecho de estar grabada en la moneda la imágen del César, les persuade Jesu Cristo, dice Teofilato, den al César lo que es suyo, es decir, lo que tiene su imágen.

Por otra parte, como el Salvador no vino á destruir la ley, sino á cumplirla, no solo mandó pagar el tributo al César, sino que lo pa-

4 SERMONES

gó él mismo, aunque exénte por todos títulos. *Simon, ¿qué te parece?* dixo al Príncipe de los Apóstoles, en ocasión de haberle preguntado los Cafarnaytas, si pagaba el didrachma su Maestro; *Simon, ¿qué te parece?* *¿Los Reyes de la tierra de quién toman el tributo ú el censo?* *¿De sus hijos, ó de los extraños?* De los extraños, respondió Pedro; y Jesu Cristo le dixo: luego los hijos son exéntos. Mas por no escandalizarlos, ve á la mar, echa el anzuelo, y toma el primer pez que prendieres, ábrele la boca, y hallarás una moneda de quatro drachmas, tómala, y dácela por mí y por ti.

Es verdad que nuestro adorable Salvador, como Unigénito del Rey Eterno, y á quien su Padre Celestial constituyó heredero de todas las cosas, era exénte de todo tributo; pero quiso no obstante darlo en quanto hombre, para evitar el escándalo, y enseñarnos con su exemplo, que debían pagarse los tributos á los Príncipes.

2 VARIOS. 3 5

cipes. Pues aunque no lo debía, si no hubiese querido darlo, de aquí hubieran tomado muchos ocasión para juzgar que no se debían pagar estos derechos á los Príncipes.

Es necesario, dice el Apóstol, *es: teis sometidos á las potestades superiores, no solamente por la ira ó por temor, sino tambien por conciencia. Por esta causa pagais tambien tributos, porque son Ministros de Dios, sirviéndole en esto mismo. Pagad, pues, á todos lo que les es debido, á quien tributo tributo, á quien pecho pecho.* De aquí se sigue, dice un sabio Prelado, que pagar los tributos á los Príncipes está fundado sobre una justicia natural de muy estrecha obligación, porque no hay cosa mas justa, que contribuir para la honesta subsistencia de aquellos que aplican todo su cuidado á que vivamos con la mayor seguridad, y que trabajan particularmente en ponernos á cubierto de la violencia de los malos.



Mucho antes habia dicho San Juan Crisóstomo, exponiendo este pasage del Apóstol, ¿porqué pagamos tributos al Rey? ¿No es para pagarle el jornal, como á quien vela y preside en el cuidado y defensa nuestra? Nada en efecto le hubiéramos pagado, si desde luego no hubiésemos conocido quán útil nos era semejante Magistratura. Mas por tanto se acordó por sentencia comun de todos, desde los tiempos primitivos, que debiamos sustentar á los Príncipes, por quanto abandonan sus propios intereses, para cuidar de los del comun... No dice el Apóstol, *daid*, sino *pagad* lo que se debe. Nada en efecto da gratuito el que esto hicierre, porque es una deuda, y si no la pagare será reo de perfidia. Nuestros mayores, decia á este propósito San Agustín, abundaban en todo, porque pagaban las décimas á Dios, y al César los tributos.

Tan constante es, Señores, y tan

tan fundada en las divinas letras, en la razon y la justicia la obligacion de pagar los tributos al Soberano; sin que obsten las razones frívolas con que algunos Moralistas laxós pretenden obscurecer la materia, negando obliguen en conciencia las leyes tributarias. Las razones en que se fundan son unos vanos comentarios. Estas leyes, dicen, son puramente penales, que no tanto ligan la conciencia, quanto castigan el cuerpo, ó multan la bolsa de los que son aprehendidos sin pagar el tributo. Estas exácciones, añaden, bastan para los gastos de la Corona; y sería cosa dura querer obligar las conciencias al pago de muchos pechos injustos. Estas leyes tributarias, concluyen, son disyuntivas; esto es, paga, ó si no serás multado.

Apoyados sobre esta falsa doctrina han negado muchos los tributos al Soberano. ¿Y quién podrá, o-ruego, tolerar una sentencia tan pers-

niciosa, como la que enseña se puede robar sin pecado, y retener lo hurtado sin crimen? ¿Quién no vé lo absurdo de semejante opinion? ¿Quién no conoce su repugnancia á los divinos oráculos arriba expuestos? En efecto, si Jesu Cristo expresamente manda pagar al César lo que le es debido; si por evitar el escándalo paga el censo del *didrachma* por sí, y por *S. Pedro*, sin embargo de estar exento por ser Hijo de Dios, y verdadero Rey de Reyes; si *S. Pablo* manda pagar como deuda el tributo á los Príncipes; ¿qué otras pruebas se requieren para mirar los derechos Reales como una obligacion impuesta por ley divina á la conciencia? ¿Pero qué digo? ¿aun la misma ley natural no clama por la solucion de los tributos? ¿por ventura á los criados que sirven por su salario, no les es debido éste por derecho natural? ¿No trabajan los Príncipes por sus

sus pueblos gobernándolos y defendiéndolos? ¿No es este un contrato oneroso, en nada inferior al de los criados? Toda la diferencia consiste en que estos sirven, y aquellos mandan: luego de justicia se les debe el estipendio de su trabajo, no menos que á los criados. Este salario ó diario son los tributos y gabelas. Además, ¿no debe pagarse por derecho natural y divino el prest á los soldados que militan por la Patria? ¿Con cuánta mayor razon deben pagarse los estipendios al que ya civil, ya militarmente nos defiende, solicitando la paz y el sosiego público?

De aquí se sigue que las leyes que tasan la cantidad de los tributos, obligan en conciencia, no menos que aquellas que mandan pagar los diezmos y primicias á los Pastores que tienen cura de almas. Porque ¿quién apacienta el rebaño, y no come de su leche, como dice *S. Pablo*? ¿Mas qué digo? ¿No son Pastores los Prin-

IO SERMONES

Príncipes aun quando sean Seculares? Baxo este nombre son llamados por el Profeta Ezequiél, como expone San Gerónimo. Apacientan, dice, el rebaño, esto es, el Pueblo que se les ha encomendado en justicia, en paz y en tranquilidad; todo lo cual administran con su trabajo. Es justo, pues, que participen de la leche de su grey, esto es, de algun tributo.

La costumbre que se alega en contrario, no es costumbre, sino manifiesta corruptela. Lo debido y justo de los tributos no debe regularse por la multitud de los prevaricadores, sino por la ley divina. Ni las leyes tributarias son puramente penales, como quieren suponer, sino mixtas; y las penas se añaden para inducir con mas eficacia los súbditos á la observancia de ellas.

Las penas llamadas de Cámara, como reflexiona un sábio Teólogo, no son suficientes para los gastos de la Corona, ni aun quando bastasen, de-

VARIOS. II

dexarian de pecar por esto los defraudadores del tributo. Lo que oponen, esto es, que sería muy duro obligar la conciencia de los vasallos al pago de los tributos, es injurioso al Evangelio, que así lo ordena. Además, si de ser difícil la observancia de la ley, se infiriera que no obliga en conciencia, ¿quántas leyes naturales y divinas no sería necesario abolir?

¿Pero en qué consiste, os ruego, la dureza y dificultad de estas leyes tributarias? ¿Es dura la ley que manda alimentar á los siervos, criados y ministros? ¿Los Príncipes soberanos no son Ministros de Dios, que velan por oficio, trabajan y ponen todo su conato y estudio en gobernar sus vasallos, y en defenderlos de las injurias, opresiones y vexaciones de sus enemigos? ¿No es dura la ley que manda pagar su jornal al portero de tu casa, y será dura la que manda pagar el estipendio al Príncipe de to-

da

da la Ciudad, ó de todo el Reyno?

Son injustos, dicen, los tributos. ¿Y quién es el Juez, que auténticamente ha declarado esta injusticia? ¿Nosotros por ventura en causa propia? Ah! Con cuánta facilidad, por no decir temeridad, hacemos de injusticia á los Príncipes soberanos! El peso grande de los negocios y las guerras, como observa un célebre Canonista, les pone frecuentemente en la precision de aumentar con nuevos y extraordinarios impuestos las rentas ordinarias del Estado, no tanto para utilidad del Soberano, quanto para la del Pueblo, principalmente quando el Erario y Fisco están ya exhaustos, y la necesidad, que carece de ley, es urgente. Por lo qual no debe el Pueblo tener á mal se le impongan unas contribuciones de las cuales depende la vida, la salud y la conservacion de los demas bienes. Siendo esto moralmente cierto y aun notorio,

rio, no es necesario hacer prolixa discusion sobre las facultades seculares, lo qual no solo es difícil, sino imposible en cierto modo.

Formemos, pues, mas ventajosa idea de la conducta de nuestros Padres y Señores naturales, y atribuyamos á verdadera necesidad, y á prudente economía en orden á la custodia y defensa de sus estados, la imposicion de algunas cargas y tributos, sin cuyo subsidio quedaria tal vez indefensa la Religion y la Patria.

Mas permitamos por un momento, que haya algunos tributos injustos, pues atendida la humana fragilidad, y la malicia de algunos Ministros, apenas se puede evitar, que á lo menos respecto de alguno dexede ser injusto el repartimiento del tributo. ¿Deberán por esto llamarse injustas las leyes del tributo? ¿Porque algun mal Ministro ó Recaudador haga una division ó repartimien-

to injusto; deberá esto atribuirse al Príncipe? Un semejante tributo será injusto; no en sí mismo, sino en su cuota, respecto de este ó del otro vasallo. Y á los que se sintieren gravados mas de lo justo, les es lícito recurrir al Soberano, para que los exónere del injusto gravamen.

Abunda el mundo en injusticias, y aunque los Príncipes sean justos y equitativos, no pueden impedir las todas en sus dominios.

En la duda de ser ó no justo el tributo, debe pagarse; porque en iguales circunstancias está la presunción de la justicia á favor del Príncipe, que posee el derecho de imponer tributos, y á ningun particular corresponde decidir si son justos ó no. En fuerza de lo qual no puede omitir la paga del tributo baxo el pretexto de una injusticia que á él no pertenece juzgar. Ni se debe jamas perder de vista, que los tributos se pagan á los Príncipes para pro-

ve-

vecho, utilidad y felicidad de los mismos vasallos.

No ha faltado quien diga, que los Príncipes no piensan en obligar á culpa á los súbditos imponiéndoles leyes penales; pues por sola la severidad de las penas gobiernan la República. Esto en sana teología es un delirio. ¿Pensaban por ventura los Emperadores de Roma en tiempo de San Pablo, en culpa teológica ó pena eterna, cuando promulgaban sus leyes? Sin embargo el Apóstol manda expresamente que se les obedezca *no solo por temor, sino por conciencia*. Ni puede alegarse la costumbre en contrario, si no que por costumbre se entienda la multitud de transgresiones. Por otra parte, ¿no es cierto que para que sea razonable la costumbre debe segun derecho derivarse de la frecuencia pública de actos libres; debe durar por cierto intervalo de tiempo, é intervenir el consentimiento tácito ó expreso del Príncipe? ¿Se

ve-

verifican por ventura estas condiciones en la infraccion de las leyes tributarias, ó de las que prohíben el contrabando? ¿Hay cosa mas repugnante á la razon teológica, que violar unas leyes civiles mandadas sustancialmente observar por ley divina y natural, y pretender no obstante inmunidad de conciencia? ¿Quién jamas quebranta con frecuencia y en público estas leyes sin temor de la potestad? ¿Cuál ha sido el tiempo desde el establecimiento del Reyno, en que se han desatendido y mirado con indiferencia estas transgresiones? ¿Cuál es el decreto del Príncipe que permite ó autoriza esta decantada costumbre?

¿Mas qué digo? repugna aquella Sociedad ó República, en que las leyes no tengan su imperio. Como la justicia, segun el Sabio, es inmortal y perpétua, fué necesaria la ley que conservase al Príncipe, y le armase de fuerzas competentes. Porque ni la ley

ley natural, como dice un Político, sería bastante por sí misma á juzgar rectamente en tanta variedad de casos como se ofrecen; y así fué necesario que con el largo uso y experiencia de los sucesos, se fuesen las Repúblicas armando de leyes penales y distributivas, y aquellas para castigo de los delitos, y éstas para dar á cada uno lo que le perteneciese. Pero unas y otras leyes obligan estrechamente la conciencia de todos los vasallos. De otra suerte quedaria la Patria mas envilecida y mas débil, que si todos sus muros se echasen por tierra. Porque si las leyes carecen de una fuerza capaz de obligar al hombre á lo bueno, y apartarlo del mal, tanto mas expuesta quedará la Patria á peores enemigos, quanto lo son los vicios, que quitan la vida del alma, en comparacion de aquellos que solo pueden ser nocivos al cuerpo. Son las leyes, Señores, las que guardan la

Tom. V. B Pa-

Patrias Son muros de las Ciudades, en los cuales consiste su presidio; pues por medio de ellas conservan en seguridad á los buenos, arrojando á los malos, sin permitirles que se acerquen. Si se quita, pues, de las leyes penales la fuerza de obligar en conciencia; ¿quién las reverenciará? ¿Bastará ser ágiles y cautos en la infracción de ellas, para quedar impunes delante de Dios, por solo haberse expuesto á sufrir la pena temporal impuesta? Como si la potestad y obligación de una ley sustancialmente divina, pudiera ser derogada por sola la ley penal que establece el hombre.

Para no incurrir en semejantes delirios, es necesario confesar, que las leyes del Monarca que imponen tributos, ó que prohíben la extracción ó introducción de algunos géneros en el país, aunque sean penales, obligan en conciencia, y esto tanto mas y quanto mas grave sea la

Por

B

N. mo. pe-

pena impuesta. Usan los Soberanos en esta parte de la potestad que Dios les ha dado, y sería un crimen de heregía, querer privar á las legítimas Potestades de la facultad de establecer y publicar leyes, ordenadas al bien de la Religión y de la Patria, como después de los Albigeneses, Waldenses, y Wiclefistas pretendieron Lutero, Calvino y sus secuaces.

Las leyes humanas, dice este último, no obligan en el fuero interior. Error verdaderamente grosero. ¿No mandó Jesu Cristo pagar el tributo al César? ¿No eran humanas las leyes sobre tributos de que habla San Pablo á los Romanos? ¿No declaró él mismo que obligaban en conciencia? ¿Por qué no obligarán las posteriores? Sino que digamos, que era mayor la potestad de los Príncipes paganos, para ligar la conciencia de sus vasallos á la obediencia de las leyes, que la de los Soberanos ca-

B 2

tó-

tólicos de nuestros dias. Luego pe-  
ca el Pueblo que sin causa no reci-  
be la ley promulgada por el Prín-  
cipe; y lo contrario está condenado  
por Alexandro VII.

¿Y qué diremos de las leyes que  
prohiben el contrabando? ¿Osarémos  
negar que ligan la conciencia? En  
efecto el contrabando no es otra co-  
sa, que defraudar las contribuciones  
ó derechos reales, impuestos sobre  
ciertos géneros ó materias de tráfi-  
co y comercio. Asi, lo que prueba  
la estrecha obligacion que por prin-  
cipios de religion y de moral tiene  
todo fiel vasallo, de pagar el tribu-  
to ó subsidio á su Príncipe, demues-  
tra asimismo su delito en caso de  
contravencion, y el cargo de resti-  
tucion con que queda ligado.

Concluyo con la sólida reflexion  
de un sabio Teólogo. Quando la ley  
penal, dice, impone penas gravísi-  
mas de muerte, infamia, galeras,  
destierro, confiscacion de bienes, obli-

ga

ga á culpa mortal, porque debemos  
convenir, en que los Legisladores  
obran prudentemente en el estable-  
cimiento de sus leyes; y obraria sin  
duda contra toda recta razon el Le-  
gislador que impusiese atrocísimas  
penas á los que ninguna culpa co-  
metieran. Ellos estan dotados de au-  
toridad para obligar á culpa; luego  
siempre que imponen las penas de  
muerte, infamia, ó cárcel perpetua,  
es su ánimo obligar baxo reato de  
culpa.

Si preguntásemos en efecto á to-  
dos los Soberanos, si quieren ligar  
las conciencias de sus vasallos quan-  
do les imponen leyes baxo penas gra-  
vísimas, no habrá uno que no res-  
ponda, pretende obligar á sus súb-  
ditos de todos los modos posibles, y  
de consiguiente baxo pena de peca-  
do, pues para ello tienen potestad.

Por otra parte, ¿cómo puede co-  
lisionarse la frecuente resistencia á  
las leyes divinas y humanas en la

ad

B 3

in-



introduccion del contrabando? El fraude ó robo hecho al Erario no es menos criminal que el hurto hecho á un particular; antes sí, es tanto mas grave, quanto es mas interesante el bien comun. Ademas, resistir y despreciar las leyes del Soberano es oponerse abiertamente á las órdenes de Dios, y los que así resisten, como dice S. Pablo, *adquieren para sí la condenacion*. Una sentencia tan terrible supone sin duda pecado mortal en el inobediente á las leyes del Príncipe. Exponerse asimismo á peligro de muerte, de perder la honra, la hacienda y otras penas gravísimas, ¿no es pecado mortal contra caridad propia, y contra el honor que Dios nos manda conservar?

Finalmente, ¿los crecidos gastos á que se ve obligado el Estado para la persecucion de los Contrabandistas, las muertes que de aquí se siguen, el público desasosiego, y tur-

-ni

8 8

ba-

bacion del buen órden que causan; el mal exemplo y escándalo de sus resistencias, no son motivos suficientes para afirmar, que las leyes penales que prohiben el contrabando, obligan en conciencia? ¿No son estas máximas inconcusas é irrefragables en la sana moral de Jesu Cristo? ¿En qué consiste, os ruego, sean tan raros los que en el tribunal de la penitencia se acusen de estos fraudes? ¿Quién es el que se delata de haber dado favor, auxilio, ó contribuido de algun modo á promover y sostener el contrabando? Esto en gran parte depende de la falta de instruccion; y de esta falta son reos delante de Dios los que tienen á su cargo la enseñanza pública. Porque si éstos, como deben, instruyeran al Pueblo cristiano en la responsabilidad que tiene el que participa, patrocina, ó contribuye de algun modo al fraude, de restituir baxo las mismas reglas de qualquiera otro hur-

-277

B 4

10,

to, serian sin duda muchos menos los fautores y compradores de géneros prohibidos, y por consiguiente habria menos contrabandistas: muchos de los cuales, no tanto por malicia en su origen, quanto por ignorancia y falta de instruccion en sus primeros años, miran el contrabando como un género de negociacion licita, ó como un modo inocente de buscar la vida, sin cargo alguno de conciencia, y sin mas peligro que el de incurrir en la pena de la ley. Esta crasa ignorancia es el fecundo origen del contrabando en nuestros dias, y el manantial inagotable de los desastres de la República.

Trabajemos, pues, señores Sacerdotes, trabajemos en instruir al Pueblo cristiano en la estrecha obligacion que tiene de pagar el tributo al Soberano, y de evitar todo género de fraude: hagámosle ver oportunamente esta verdad irrefragable en las santas Escrituras, apoyada en la tra-

tradicion constante de la Iglesia, conforme á la razon y á la justicia, é inseparable de la sana moral de Jesu Cristo. De esta suerte promoveremos el honor de la Religión, y la felicidad de nuestra Patria, y nos acreditaremos de fieles dispensadores de los misterios de Dios, á quien sean dadas cumplidas alabanzas en los Cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

nos. n. s. t. i. c. i. s. b. s. u. m. m. o. s. n. o. b. i. s. e. t. c.

SERMON  
DOGMÁTICO,

predicado al Santo Tribunal de la Inquisicion de Granada en la Feria V. de la Semana tercera de Quaresma. Año de 1784.

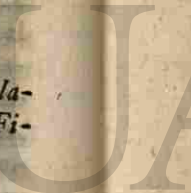
*Exibant autem daemonia à multis clamantia, & dicentia: quia tu es Filius Dei. Luc. IV.*



ILL.<sup>MO</sup> SEÑOR.

Tanta es la fuerza de la verdad, que hasta los mismos demonios sus enemigos declarados, no dudan tal vez confesarla. Entre los Misterios fun-

fundamentales de nuestra Religion, sin cuya noticia nadie puede salvarse, uno es; que el Verbo Eterno, Unigénito de Dios, esplendor de su gloria, figura de su substancia, viva imagen de su divinidad, luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de esencia; movido de su inmenso amor á los hombres, y por nuestra salud descendió de los Cielos sin dexar el seno de su Padre, y tomó por obra del Espíritu Santo nuestra naturaleza humana en el Vientre virginal de Maria Santísima, que conservó su integridad antes del parto, en el parto, y despues del parto. Y unida así maravillosamente en unidad de Persona, que es la del Verbo Eterno, la naturaleza divina con la humana, el Verbo que por toda la eternidad era solamente Dios, vino á ser juntamente verdadero Dios y hombre;



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

CENTRO GENERAL DE INVESTIGACIONES

## SERMON

## DOG MÁTICO,

predicado al Santo Tribunal de la Inquisicion de Granada en la Feria V. de la Semana tercera de Quaresma. Año de 1784.

*Exibant autem daemonia à multis clamantia, & dicentia: quia tu es Filius Dei. Luc. IV.*

ILL.<sup>MO</sup> SEÑOR.

Tanta es la fuerza de la verdad, que hasta los mismos demonios sus enemigos declarados, no dudan tal vez confesarla. Entre los Misterios fun-

fundamentales de nuestra Religion, sin cuya noticia nadie puede salvarse, uno es; que el Verbo Eterno, Unigénito de Dios, esplendor de su gloria, figura de su substancia, viva imagen de su divinidad, luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de esencia; movido de su inmenso amor á los hombres, y por nuestra salud descendió de los Cielos sin dexar el seno de su Padre, y tomó por obra del Espíritu Santo nuestra naturaleza humana en el Vientre virginal de Maria Santisima, que conservó su integridad antes del parto, en el parto, y despues del parto. Y unida así maravillosamente en unidad de Persona, que es la del Verbo Eterno, la naturaleza divina con la humana, el Verbo que por toda la eternidad era solamente Dios, vino á ser juntamente verdadero Dios y hombre;

caracterizado con los augustos títulos de Mesías, Cristo, Reparador, Pontífice de los futuros bienes, Consolador, Xefe y Maestro del género humano, autorizado por Dios con el soberano nombre de Jesus, que se interpreta *Salvador*.

En consecuencia de este su Ministerio y Magisterio universal, vi- viendo entre nosotros con presencia visible por espacio de 33 años, para que ninguno pudiese alegar ignorancia, dió muestras nada equivo- cas de sus designios, de su Humanidad y Divinidad; de sus designios en su Predicacion y Doctrina, toda celestial; de su Humanidad en su Nacimiento, Circuncision, Pasion y Muerte; de su Divinidad en muchos milagros incontestables. Los ciegos curados, los miembros consolidados, los enfermos instantáneamente restituidos á sanidad, los muertos resucitados, son otros tantos testimonios auténticos de su Omnipotencia y su Divinidad.

Sien-

Siendo, pues, tan irrefragables es- tos argumentos de credibilidad, ¿en qué consiste, os ruego, que el nom- bre adorable de Jesu Cristo no sea universalmente glorificado sobre la tierra, como lo es en el Cielo? ¿Ó porqué la Divinidad de Jesu Cristo, que confiesan abiertamente hasta los mismos espíritus de tinieblas, de er- ror y de mentira, ha venido á ser en nuestros dias objeto de escándalo y de incredulidad para unos, y de necedad y menosprecio para otros?

Si yo no temiera cansar la aten- cion de V. S. L., ó fuera de mi insti- tuto tratar en esta ocasion metódi- camente la materia, ¿qué campo tan vasto no ofrecia á mi imaginacion la corrupcion misma del corazon hu- mano! Aquí representaria al vivo el origen de tan extraña inconsequen- cia, y en los efectos mismos del pe- cado hallaria las causas de ser des- conocido Jesu Cristo entre los mun- da-

danos. Mas esto excede de los breves límites de una Oración. Me contento, pues, con repetir algunos rasgos capaces de poner á buena luz la verdadera idea de Jesu Christo, este Dios hombre desconocido, ó desatendido de la mayor parte de los mortales. A este respecto manifestaré con la posible brevedad, que todo el antiguo y nuevo Testamento conspiran uniformemente á demostrarnos un Dios hombre Salvador del mundo. La materia no puede ser mas interesante, ni mas digna de esta cátedra. Pretendo dar á conocer á Jesu Christo verdadero Hijo de Dios, para que todos le amen. *Corresponde á Vos, ó Señor Omnipotente* disipar las tinieblas de mi entendimiento, y animar mis palabras, para que pueda dignamente anunciar vuestras misericordias. Vuestra causa se trata, y espero vuestra auxilio por la poderosa intercesion de vuestra augusta Madre, y

nues-

nuestra Maria Santisima. *Ave Maria,*

*Exibant autem*

Quando crió Dios al hombre, aunque formado de miserable barro, era no obstante como un vaso de honor, destinado para las delicias del que le habia dado el ser á su imagen y semejanza. La rectitud de ideas, la tranquilidad de espíritu, la subordinacion de las pasiones á la razon, las luces de su sabiduría, la justicia original, con las demas gracias que le adornaban, eran un objeto agradable á Dios, que se complacia en comunicarle su bondad.

Mas rebelado contra su Creador, y caido por consiguiente del esplendor de su primer estado, vino á ser, dice un Sabio, á los ojos de Dios, objeto de cólera y de indignacion con toda su descendencia;

tris-

triste víctima de aquel primer delito. Adán pecador engendró pecadores, y por una sucesion funesta, nacemos todos hijos de ira.

En consecuencia, este Dios Santo habia jurado no habitar mas entre los hijos de los hombres, porque solo eran carne y sangre. Perdida la original justicia, el derecho de hijos de Dios, la adopcion á su Reyno inmortal, rebeladas las pasiones, muerta el alma por la culpa, digna solamente del odio del Señor, y de ser abandonada para siempre: ¡qué objeto tan desagradable á los ojos del Altísimo! ¡qué enfermedad tan deplorable! ¡qué miserable ruina!

¡Mas oh feliz culpa! exclamaré con la Iglesia, que mereció tener tan gran Reparador! Respira ya, enfermo deplorable del género humano, que tu Criador ha arrojado sobre ti las adorables miras de su misericordia y su bondad. Tu Padre  
Dios

Dios te compadece y envia á su Unigénito, para que sea tu salud.

¡Qué de figuras, qué de oráculos, dice un Orador de nuestros dias, para confirmarnos en la esperanza de la venida de este Hombre Dios, de este Omnipotente Médico y Salvador del mundo! Apenas nació Adán, quando se intimó á la serpiente, que el fruto de una muger quebrantaria su cabeza. Este mismo vencedor del demonio y Salvador de los hombres se presentaba ya al espíritu de Noé, quando maldiciendo á uno de sus hijos, exclamó llenando de bendiciones al Dios de Sem y de Japhet. Este es el Dios prometido tantas veces á Abraham, Isaac y Jacob, para que llenase de bendiciones á la tierra. Yo esperaré, exclama este último Patriarca, yo esperaré hasta en la region de los muertos, al que debeis enviar á restablecer la salud de los pueblos. Este es el augusto Personage que se presenta.  
Tom. V. C ba

ba á Moyses y á los hijos de Israel, quando cantaban sobre Elim... Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y se ha convertido en Salvador mio. Sube á la montaña, dice Dios á un Profeta, y clama en altas voces, escuchad, corazones endurecidos, el Justo, el Salvador está próximo; yo enviaré sin dilacion la salud de Sion y la gloria de Israel. Los tiempos son venidos, dice Jeremías, de cumplir la promesa hecha á los hijos de Israel y de Judá. Yo suscitaré de la familia de David... un Rey sabio, que llenará la tierra de la equidad de sus juicios, tendrá por nombre el Justo, y será Salvador de Judá. Isaías y Ezequiél le anunciaron como Pastor de Israel, Zacarías como Sacerdote y Rey; Malaquías como Angel del Testamento: y para no multiplicar oráculos, este es el Dios Redentor é instrumento de la salud de su Pueblo, que se representó á un Profeta."

Por

"Por otra parte, ¿qué Justo hubo en la antigüedad sobre la tierra, que no haya sido figura de este Dios Salvador? Recorred, incrédulos, recorred los fastos de nuestra Religion, y veréis á un nuevo Adán que repara sobre un árbol la salud que habia perdido su Pueblo en el Paraíso á la sombra del árbol de la ciencia del bien y del mal; le veréis en un Abél sacrificado á la envidia de su hermano; le veréis en Enoch elevado sobre los Cielos, para venir á juzgar la tierra al fin de los siglos; le veréis en Noé fabricando el Arca de su Iglesia, fuera de la qual deben todos perecer en el diluvio del pecado; le veréis en Melchisedech ofreciendo á Dios vivo é inmortal su sacrificio baxo las sagradas especies de pan y vino; le veréis en Isaac cargando sobre sus hombros la leña para el sacrificio; en Jacob luchando con Dios mismo, y como venciéndo lo quando espiró

C 2

en



en la Cruz; le veréis en Joseph víctima de sus mismos hermanos, vendido por otro Judas, injustamente acusado, reputado entre iniquos, y constituido en fin Salvador de Egipto y de Israel; en Moysés y David veréis sus persecuciones; en Josué su gloriosa entrada en el Cielo, verdadera tierra de promision, á la frente de su Pueblo escogido; en Job veréis sus dolores y su justicia; en Sansón su fuerza y sus victorias; en Salomón su sabiduría y su reynado pacífico; en Jonás su sepultura y su resurreccion; en Elías y Eliséo su poder y sus prodigios; en Isaías sus injurias de parte del Pueblo y de los Reyes; en Jeremías su continua afliccion."

¿Mas para qué me canso y os molesto? ¿No es cierto, Señores, que en la fé de este Hombre Dios han obtenido la salud todos los Justos? Oigamos á S. Pablo: por la fé de Jesu Cristo, dice este Apóstol de las gen-

gentes, fué agradable á Dios el sacrificio de Abél; por ella consiguió el testimonio de su justicia, que le hace hablar aun estando muerto; por ella fué trasladado Enoch, y dispensado de la muerte hasta el fin de los siglos; por esta fé obedece Abrahán, y habita en la tierra de promision con Isaac y Jacob sus coherederos; por esta concibe Sara sin embargo de su esterilidad; por ésta va Abrahán á ofrecer prontamente á su unigénito, en quien le han sido hechas las promesas; por ésta bendixo Isaac á Jacob y Esau sus hijos; por ella bendice Jacob estando para morir á los hijos de Joseph; por ella Joseph anunció á los hijos de Israel la salida de Egipto; por ella nació Moysés, dexó á Egipto, celebró la Pascua, y obró tantas maravillas; por ella pasaron los Israelitas el mar Bermejo á pie enxuto... ¿Qué mas? Me faltaria el tiempo; sigue S. Pablo hablando de Gedeón, Barach,

Sansón, Jephthé, David, Samuél y los Profetas, que por medio de esta fé (de Jesu Cristo Salvador), vencieron los reynos, obraron la justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la boca á los leones, apagaron el impetu del fuego... y se hicieron fuertes en la guerra. ¿Qué mas podria decir el Apostol, si se hubiera propuesto convencer mi asunto?

Pero dexemos los simbolos y figuras para venir á los hechos y testimonios del nuevo Testamento. Venida la plenitud del tiempo, las nubes llueven al Justo, el Unigénito del Padre toma nuestra naturaleza, humillándose para elevarnos á la inmortalidad. Respira ya, enfermo deplorable del género humano; he aquí á tu Salvador, á un Médico Omnipotente, que te viene á sanar de tus dolencias. ¿Habló yo por entusiasmo, Señores?

Abrid esos libros santos, depósito de las verdades eternas, y habla-

llaréis curados por la virtud Omnipotente de Jesu Cristo los coxos, los tullidos, los leprosos, los endemoniados, los febricitantes, y resucitados los muertos. La suegra de S. Pedro, la Cananéa, los ciegos de Jericó, el paralítico, la hija de Jayro, el hijo de la viuda de Nain, el ciego de nacimiento, el hidrópico, el enfermo de la Piscina, Lázaro y otros muchos, son otros tantos ilustres testimonios de esta verdad.

Ni se extendió su beneficencia únicamente á la salud del cuerpo. Este Médico celestial lo es principalmente de las almas, y estas fueron el especial objeto de su venida. Los Publicanos, las Samaritanas, las Magdalenas, las Adúlteras y otros grandes pecadores, ¿no obtuvieron la salud de sus almas por su misericordia? ¿No podré, pues, concluir que todos los oráculos y figuras del viejo Testamento, todos los hechos y testimonios del nuevo, concurren á

demostrar un Dios Hombre Salvador desconocido aun de los mundanos?

Aquí, Ilustrísimo Señor, desearía yo tener la eloqüencia de los Naciencenos, Ambrosios y Crisóstomos, junto con la vehemencia de los Paulos, Ciprianos y Gerónimos, para lamentarme en esta hora, al ver que conoció el buey á su dueño y poseedor, en el tiempo mismo en que Israel, segun la expresion de un Profeta, desconoció á su Dios. Reflexemos brevemente sobre este prodigio de insensibilidad, en que no solo son comprendidos los Gentiles, los Judios y Hereges, sino tambien los malos Cristianos.

Los Gentiles é incrédulos antiguos y modernos se han figurado siempre un Dios conforme á su capricho ó sus pasiones. Desvanecidos en sus pensamientos, y esclavos de la ignorancia y del error, rehusaban confesar en Jesu Cristo una Divinidad que autorizan sus obras, y que

publicaron solemnemente un dia los Cielos, la tierra y los infernos, al tiempo mismo que veneraban como divinidades á Canopo, Anubis, Serapis, Osiris, Júpiter, Plutón, Saturno, Marte, Venus, Rhea, Diana, Juno, Netin, Salomona, con otra infinidad de personajes ridiculos, indignos aun de haber vivido en el mundo. ¿Pero qué mucho? Si en medio de la luz de este siglo, llamado comunmente (no sé si con justicia) siglo de ilustracion, de crítica y buen gusto, abundan Filósofos, que eructando por otra parte erudicion en las artes y en las ciencias, no dudan gloriarse de discípulos de Epicuro, de Lucrecio, de Juliano, de Luciano, de Tomás Hobbes y Espinosa; los cuales despues de haber delirado desatinadamente sobre el origen del hombre, sobre su destino, sobre la razon, sobre la idea de la Divinidad, osan blasfemar abiertamente contra nuestro adorable Sal-

vador Jesu Cristo, contra su Santuario y sus Ministros, contra sus Sacramentos y sus dogmas. Ciegos miserables y guias de otros ciegos, que con una monstruosa inconsequencia no dudan ensalzar las acciones y gloriosos triunfos de Alexandro, de Escipion, de Anibal, de Julio César, de Pompeyo y demas grandes Capitanes, apoyados únicamente sobre la fé humana de algunos Autores antiguos, al tiempo mismo que se atreven á volver en ridículo los irrefragables é infalibles documentos de la mas venerable antigüedad, que anuncian y demuestran ya con figuras, ya con hechos, la gloria, el poder y la divinidad de Jesu Cristo.

Por lo que hace á los Judios, este Pueblo carnal y duro de cerviz, redimido de la cautividad de Egipto, y conducido por el Desierto á costa de tantos prodigios; este Pueblo, repito, escogido por Dios con preferencia á los demas, y á quien ama

el Señor aun por causa de sus padres, como dice S. Pablo; este Pueblo, digo, no ha sido mas fiel á Jesu Cristo. Una serie constante de sucesos luminosos y de profecias manifiestas, ordenadas á demostrar los verdaderos caracteres del Mesías prometido, no bastó para que le conocieran. Á los propios vino, dice San Juan, y no le recibieron; y quando aparece la primera vez sobre la tierra, su albergue es un establo, su cuna es un pesebre, y su reclinatorio son las pajas. Ni la embaxada de los Angeles que anunciaron su gloriosa venida, ni la adoracion de los Pastores y los Magos, ni su doctrina toda celestial, ni los continuos milagros con que llenó tantas veces de admiracion la Judea, fueron parte para que le conocieran. Poseidos de ideas carnales lo aborrecen, lo persiguen, lo injurian, y le quitan con afrenta la vida. Tan léjos estuvieron de conocer á Jesu Cristo, que mi-

miraron como un crimen de blasfemia el título de Hijo de Dios que le convenia esencialmente, que anunciaban las profecías, que manifestaban todas sus obras, y que públicamente confesaron hasta los mismos demonios.

¿Qué diré, Señor, de los Hereges, enemigos por la mayor parte de la Divinidad de Jesu Cristo? ¿Le conocen? Nada ménos. Rasgan su túnica inconsútil, y pretenden destruir su Santuario por los mas profundos cimientos. Unos combaten su Divinidad, otros su Humanidad. Aquí blasfeman del supremo Pastor, allí de la Iglesia que Dios le ha encomendado; aquí se hace irrisión de los Sacramentos; allí son perseguidos sus Ministros; aquí se impugna el culto; allí se prostituye el celibato; y sin embargo de una conducta tan sacrilega, se creen por la mayor parte discipulos de Jesu Cristo.

¿Qué es esto, Señores? No haber-

berle conocido. Esclavos del orgullo, de la soberbia y de la sensualidad, ó proceden de mala fé, ó palpan tinieblas en el mediodia de la luz. Si ellos reconocieran, como deben, el juicio infalible de una Iglesia, con quien está perpetuamente Jesu Cristo, á quien dirige, sostiene y defiende su Divino Espiritu, como lo tiene prevenido, oirían y aprenderían de ella su eterna palabra, y la verdadera idea de su Divinidad; pero ciegos de propósito, conducen á otros tales, hasta caer todos en el precipicio.

¿Mas á qué fin, podrá decirme alguno, un prolixo discurso sobre la fé del Salvador entre Católicos? ¡Ah! Señor, bueno es ladren los perros para auyentar los lobos. La culebra tortuosa no hace abiertamente guerra á la Iglesia de España, porque lo impide la predilección con que Dios ha mirado siempre este Reyno. Pero ella está en asechanza; y si no fuera por el antemural inexpugnable que

Dios

Dios ha puesto en nuestros Reyes, en este Santo Tribunal, y en el zelo de los Pastores, dias hace hubiera sido acometida nuestra Iglesia de España. Conviene, pues, ponerse á cubierto de la mentira y del error por medio de justas ideas, y entre ellas la principal es el conocimiento de Jesu Cristo, autor de nuestra santificación. Porque ¿cómo amaremos á quien no conocemos, ó cómo nos justificaremos sin amarle?

¿Pero qué digo? ¿Aun dentro del seno del cristianismo no hay muchos que desconocen á Jesu Cristo? ¿De cuántos no puede con toda propiedad decirse lo que respondió el Bautista á los Fariseos: en medio de vosotros ha estado el que no conocéis? Sí, Señores, en medio de nosotros, en nuestros Tabernáculos, en el augusto Sacramento del Altar está Jesu Cristo verdaderamente en presencia real. ¿Y lo conocen todos los que le confiesan? Ah! Si en el

mo-

momento que aquí hablo revelara Dios las obras de cada uno, como es de fé lo executará algun dia, veriamos con asombro el corto número de los que le conocen.

Veriamos, digo con un sabio Orador de nuestros dias, un prodigioso número de idólatras de corazón, ofreciendo incienso, y dando culto á la avaricia, á la ambicion y á las mas vergonzosas pasiones. La sensualidad, este vicio abominable, que deberia ser desconocido entre los Cristianos, ha venido á erigirse en un ídolo casi universalmente adorado de los grandes y de los pequeños, de los ignorantes y los sabios, de los ancianos y los jóvenes, y para decirlo de una vez, la carne toda no menos que en tiempo de Noé, ha corrompido sus verdaderas sendas. Los espectáculos aun mas licenciosos que los Bacanales, Florales, y Lupercales del Gentilismo, se han hecho de la moda, y son en

el

el día mas los que doblan la rodilla á Baal, que á Jesu Cristo. Las concurrencias de uno y otro sexô, donde como carbones se encienden unos á otros en el fuego de la lascivia, se miran ya como indispensables, como un efecto irreprensible de la marcialidad y del trato de gentes. ¿Qué mas? En los hombres ha faltado ya la modestia, el pudor y la vergüenza en las mugeres, en casi todos la honestidad, la verdad y la observancia de las leyes. Uno es esclavo de la ambicion, otro de la gula; éste de la ira y la avaricia, aquel de la venganza y de la envidia.

Juzgais, Señores, por ventura, que es compatible el conocimiento de Jesu Cristo con estos males públicos. Le confiesan, es verdad, los reos de ellos; mas tambien los demonios creen y se estremecen; tambien le confiesan por Hijo de Dios, y le aborrecen con implacable ódio. Asi por mas que se lisonjeen de una fé muerta, yo les

les diré con Jesu Cristo, este Pueblo me honra con los labios, pero su corazón está léjos de mí.

Todo, Señores, convence que Jesu Cristo, este Divino Salvador uniformemente demostrado en el antiguo y nuevo Testamento, proclamado en todos los siglos por los Profetas y por sus obras mismas, es casi universalmente desconocido sobre la tierra, no solo de los Gentiles, Judios, Incrédulos, Hereges y Libertinos, sino tambien de los malos Cristianos; pues quando aun los demonios mismos confiesan su Divinidad, apostatan ellos de su sana moral.

Corresponde á vosotros, almas fieles, dar gloria á Jesu Cristo, confesarle adorándolo, conocerle por amor, y publicar su grandeza. Corresponde á Vos, Ilustrísimo Señor, defender con zelo y sostener sus inviolables derechos, aplicando con vigor Apostólico la segur á la raiz, de donde provienen tantos males.

50 SERMONES

Corresponde finalmente á vos, ó Dios Omnipotente! clarificar á vuestro Unigénito con aquella claridad que le es esencial antes de la creacion del mundo, y por toda la eternidad, para que todos le conozcan, le amen y le adoren desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilón al Medio dia, por todas las generaciones, y todos los siglos. Amen. DIXE.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SER-

SERMONES



SERMON

Sobre las Indulgencias concedidas por nuestro SSmo. Padre Pio VI. á los Cofrades de las Animas de la Parroquial de Santa Ana de Granada.

*In dilectione sua, et indulgentia sua redemit eos. Isai. LXIII. 9.*

En qué dia mas apropósito, que en el del dulce Nombre de Jesus, pudiera esta Hermandad venerable haber colocado la fiesta principal de sus indulgencias nuevamente concedidas por el supremo Pastor de la Iglesia á favor de los vivos y los muertos? ¿Hay por ventura otro Nombre sobre la tierra en que po-

D 2 da-



50 SERMONES

Corresponde finalmente á vos, ó Dios Omnipotente! clarificar á vuestro Unigénito con aquella claridad que le es esencial antes de la creacion del mundo, y por toda la eternidad, para que todos le conozcan, le amen y le adoren desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilón al Medio dia, por todas las generaciones, y todos los siglos. Amen. DIXE.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SER-

SERMONES 51



SERMON

Sobre las Indulgencias concedidas por nuestro SSmo. Padre Pio VI. á los Cofrades de las Animas de la Parroquial de Santa Ana de Granada.

*In dilectione sua, et indulgentia sua redemit eos. Isai. LXIII. 9.*

En qué dia mas apropósito, que en el del dulce Nombre de Jesus, pudiera esta Hermandad venerable haber colocado la fiesta principal de sus indulgencias nuevamente concedidas por el supremo Pastor de la Iglesia á favor de los vivos y los muertos? ¿Hay por ventura otro Nombre sobre la tierra en que po-

D 2 da-

damos ser salvos, según el testimonio de S. Pablo? ¿No es la única senda, la resurrección y la vida, como el mismo Señor se explica en su Evangelio? ¿No es su amor y su indulgencia la que nos ha redimido según el oráculo del santo Profeta Isaías? ¿No son, finalmente, sus méritos infinitos todo el fondo y tesoro inagotable de la Iglesia?

Con respecto á estas ideas fundamentales de nuestra Religión, el Santísimo Padre Pio VI., Vicario de Jesu Cristo sobre la tierra, y dispensador del infinito tesoro de sus méritos, entre varios indultos novísimamente concedidos á esta piadosa Cofradía, se ha dignado dispensar los siguientes. 1. Una Indulgencia plenaria á favor de los que se alistaren por Hermanos. 2. Otra Indulgencia plenaria á favor de los Cofrades que en el artículo de la muerte, habiendo confesado y comulgado, ú á lo ménos contritos, con los

los labios ó con el corazón invocaren el dulce Nombre de Jesus, ó dieren señales de arrepentimiento. 3. Indulgencia plenaria á todos los Cofrades que habiendo debidamente confesado y comulgado, visitaren esta Iglesia desde las primeras vísperas del día del dulce Nombre de Jesus, hasta el propio día puesto el sol, rogando por la paz y concordia entre los Reyes y Príncipes cristianos. 4. Indulgencia plenaria á los Cofrades que asistieren á la Comunión general de cada mes. 5. Indulgencia plenaria á favor de todos los fieles, que verdaderamente penitentes, habiendo confesado y comulgado, visitaren esta Iglesia, pidiendo por la exáltacion de nuestra santa Fé, y por la paz de todos los cristianos, en los días 26 de Abril, y 9 siguientes; cuya Indulgencia pueden aplicar por las Almas del Purgatorio; para cuyo efecto concede su Santidad en estos días privilegio á

todos los Altares; y asimismo que todas las Misas de difuntos que en el resto del año dixeren por los Cofrades en el de dicha Cofradía, valgan como dichas en Altar de privilegio, para que por los méritos de Jesu Christo, de su Madre y demas Santos, queden libres de las penas del Purgatorio. Finalmente, concede su Santidad siete años y siete quarentenas de perdon á los Cofrades, que habiendo confesado y comulgado debidamente, visitaren esta Iglesia el dia segundo de Pasqua de Navidad, el dia primero de Resurreccion y de Espíritu Santo, y el dia de mi Señora Santa Ana; y sesenta dias de relaxacion á todos los que hicieren algunas obras de misericordia espirituales ó corporales."

Tal es, Señores, el precioso tesoro que el Vicario de Jesu Christo se ha dignado conceder perpetuamente á esta Cofradía, y á los fieles que quieran en el modo dicho concurrir

rir á esta Iglesia. La sola enumeracion de indultos tan singulares debia servir de un poderoso estímulo que moviese vuestro corazon á beneficio vuestro y de vuestros hermanos difuntos; y atendido el espíritu de nuestra Religion, debia yo creerme justamente dispensado de hablar mas palabra en recomendacion de la materia; pero como ella es tan interesante, y los enemigos de nuestra creencia la pretenden obscurecer con artificios; y como por otra parte ha decaido tanto en nuestros dias el espíritu de penitencia, que animaba á nuestros mayores, me ha parecido conveniente ilustrar este punto, si no segun su dignidad, á lo menos segun mi talento y mis débiles conatos. Hablaré, pues, en primer lugar del dogma de la Iglesia en materia de indulgencias; y en segundo de las disposiciones que deben preceder en nosotros para conseguir estas Indulgencias: dos breves

reflexiones que dividen justamente el asunto, y van á ser el blanco de vuestra atencion. Pidamos las luces del Espíritu Santo, por medio de la poderosa proteccion de Maria Santísima, saludémosla con el Angel.

*Ave María.*

*In dilectione sua, &c.*

**P**ara formar justa idea de la doctrina de la Iglesia acerca de las Indulgencias, es necesario tener presentes algunos principios de la moral de Jesu Cristo: segun ellos, al pecado mortal corresponde la pena eterna, y á las faltas veniales la temporal. Por medio del Sacramento de la penitencia se conmuta tambien en temporal aquella pena eterna debida á la culpa mortal. Esta pena así conmutada, se remite en todo ó en parte por la satisfaccion ó penitencia im-

pues-

puesta, por los ayunos, limosnas y demas obras meritorias, que se hacen en vida; y si algo resta por expiar, ó por negligencia ó por falta de tiempo, tanto de ella como de la correspondiente á las culpas veniales, se expia en el fuego del Purgatorio, sin salir de él hasta pagar el último cuadrante, como asevera el mismo Jesu Cristo; pues siendo la santidad y pureza por esencia, nada manchado puede entrar en su Reyno.

La Indulgencia, pues, sirve de abreviar ó relaxar una parte de la rigurosa exacción de estas penas. Esta palabra *Indulgencia* no es una mera invencion de la media edad, como pretenden los Hereges. Por el contrario en su sentido moral trae su origen de la Sagrada Escritura. En el idioma comun significa el perdón de algun defecto por gracia, con relaxacion de los derechos de una justicia rigurosa. En este sentido habia di-

dicho el Salvador por Isaías, que vendría á anunciar Indulgencia á los cautivos. San Lucas interpretando este oráculo, lo explica por la palabra *Remision*, que es lo mismo que *Indulgencia*.

Pero con mayor claridad, dice un Sabio, se demuestra el significado, que la palabra, en la Escritura y en los monumentos Eclesiásticos. Jesu Cristo, origen de la misericordia, nos da los primeros ejemplos de Indulgencia. Considerad á sus pies á la pecadora del Evangelio, y vereis que en un momento se le remiten sus pecados. Reparad en el Paralítico, y oireis que le dice: *hijo, ten confianza, tus pecados te son perdonados*. Lo mismo executa con la muger aprehendida en adulterio. *Muger*, le dice, *nadie te condena?* Nadie, Señor, responde: *Ni Yo te condenaré*, añade Jesu Cristo, *vete, y no vuelvas á pecar*. La conducta observada por el Salvador con San Pedro

en su caída, y con el buen Ladrón, ¿no es asimismo un testimonio ilustre de su indulgencia con los pecadores?

La Iglesia, pues, como heredera del Espíritu de Jesu Cristo, su Xefe, su Esposo y su Maestro, recibió en su origen, y conserva aún el precioso tesoro de sus Indulgencias, con la potestad de dispensarlas á sus hijos. Este divino tesoro no es otra cosa que el precio infinito de los méritos de Jesu Cristo en su vida, pasión y muerte, y las virtudes y méritos de su Santa Madre, y demas Santos, en quanto derivados como de único manantial de todo bien, del mismo Jesu Cristo. De este tesoro espiritual hizo solemne entrega á sus Pastores, quando les dixo: *en verdad os aseguro, que todo aquello que ligareis sobre la tierra, será tambien ligado en el Cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será asimismo desatado en el Cielo*. En fuerza de es-

ta donacion siempre la Iglesia se ha creído autorizada para dispensar por medio de sus Ministros los misterios de Dios, y conceder á sus hijos la Indulgencia.

Por esta causa, siempre que los hereges han querido innovar contra esse dogma, los ha anatematizado y segregado de su seno. Así lo executó en los primeros siglos con los Montanistas y Novacianos, en el XII. con los Waldenses, en el XV. con Witclef y Juan Hus, y en el XVI. con los Luteranos. Congregada generalmente en el Concilio de Trento, dice estas palabras, "Habiendo sido concedida por Cristo á la Iglesia la potestad de conferir Indulgencias, y habiendo usado ella, aun en los tiempos antiquísimos, de semejante potestad concedida por Dios, enseña el Santo Concilio que el uso de las Indulgencias es muy saludable al Pueblo cristiano, y que debe conservarse en la Iglesia como aprobado por la auto-  
ri-

ridad de los Sagrados Concilios; y con especial mandato de que seán tenidos por excomulgados los que digan que son inútiles, ó nieguen á la Iglesia la potestad de concederlas.

Este es el dogma de la Iglesia Católica, conservado hasta nuestros dias por la constante tradicion de nuestros Padres, que por aquellas palabras: *quaecumque ligaveritis, &c.* entienden la potestad de imponer penitencias satisfactorias, y la de relaxarlas, concedida por Jesu Cristo á la Iglesia. San Pablo nos da un illustre exemplo de esta práctica en su Epístola á los Corinthios. Habla de un incestuoso, á quien excomulga y entrega á Satánás. Aquella nueva Iglesia llena de fervor, cae de resultas en la mayor afliccion. El incestuoso asimismo llora su pecado con toda la amargura de su corazon. Informado el Apóstol, y compadecido de la desolacion de los Cristianos de Corintho, y de la de su culpable her-

hermano, les dice en una segunda Carta: *Bástale al que es tal, esta reprehension hecha por muchos; ahora debeis usar con él de indulgencia y consolarle, no sea que caiga en desesperacion por demasiada tristeza. Por lo qual os ruego le deis pruebas seguras de caridad. Añade, que en consideracion á las súplicas que le han hecho á favor de este penitente digna de compasion, usando con él de indulgencia, le perdona por ellos en persona de Jesu Cristo.*

He aquí un hecho, dice un célebre Escritor de nuestro siglo, lleno de instrucciones, que sirven de principios y de reglas á la Iglesia para la dispensacion de Indulgencias. Este era un cristiano reo de un delito escandaloso. S. Pablo lo reprehende con rigor, reduciéndole á humillacion y á penitencia pública. Los cristianos de Corinto se edifican al ver la sinceridad y la vehemencia de su dolor. Dan cuenta de ello al Apóstol,

tol, hacen oracion á Dios, é interceden por su hermano. San Pablo se compadece del estado deplorable á que se halla reducido el penitente. Conducido por los sentimientos de caridad que animan á la Iglesia y á sus verdaderos Pastores, usa de indulgencia, y le perdona, no fuera que Satánás le acabase de perder eternamente, arrojándole en desesperacion. Le concede esta gracia en consideracion á las oraciones que los Santos han dirigido al Cielo por él; para imitar á Jesu Cristo que concedió al Paralítico la salud y el perdón de sus pecados, por la fé y ruegos de los que le llevaron á su presencia. El Apóstol, en fin, absuelve al incestuoso en nombre y en persona de Jesu Cristo, para enseñarnos que es la única fuente del perdón y de las misericordias; y que todo lo que en esta parte hacen los hombres, trae su principio del Salvador, de su poder y de sus méritos.

San

San Juan Crisóstomo añade aquí dos reflexiones: 1. Que el Apóstol no reconcilió al incestuoso de Corinto como si hubiese hecho una penitencia proporcionada á su crimen; antes si le abrevió el tiempo, concediéndole esta Indulgencia, por haber conocido el peligro en que la flaqueza y el dolor habian arrojado su alma. 2. Concluye de este hecho, que la penitencia no debe siempre comensurarse por la naturaleza y gravedad del delito, sino que debe tambien considerarse el caracter, estado y fervor de los penitentes. *Ex ea re docemur, quod non solum ad peccati naturam, verum etiam ad mentem, habitumque peccantium oporteat moderari poenitentiam.*

Sabemos la exáctitud con que los fieles primitivos imitaban la conducta de los Apóstoles, á quienes miraban como xefes y modelos de la disciplina de la Iglesia. Las Epistolas de S. Pablo fueron conocidas y re-

recibidas desde luego en todo el mundo cristiano, y universalmente veneradas. Tertuliano refiere, que muchos fieles que por temor de los tormentos habian ofrecido incienso á los Idolos, fueron segregados de la participacion de los Sacramentos; pero que habiendo implorado la mediacion de los verdaderos creyentes, que gemian entre cadenas por Cristo, y que habian ya confesado su nombre entre los tormentos, obtuvieron por medio de ellos, que se les abreviase la penitencia, y fueron en efecto restablecidos á la comunión de la Iglesia. Esto mismo sabemos por las célebres Epístolas de S. Cipriano. El Concilio general Niéno permite á los obispos, que puedan abreviar el tiempo de la penitencia canónica. Igual decreto se lee en los Concilios de Ancira y Laodicea, acerca de la indulgencia con los reos; y S. Basilio repite la misma ley en sus reglas sobre la penitencia. Tal



finalmente ha sido en todas las edades la práctica universal de la Iglesia; á la cual confirió el Señor desde luego el tesoro espiritual de sus méritos, origen y fondo de las Indulgencias; pues siendo ella el cuerpo místico de Jesu Cristo, á quien por derecho pertenecen todos los bienes de la salud, la dotó con todas sus riquezas al desposarse con ella. El espíritu de caridad que anima y dirige á esta Madre benéfica, la inspira el pensamiento de hacer participantes á sus hijos de estos dones celestiales siempre que lo juzga á propósito para su salvacion.

Mas no por esto pretende extinguir el espíritu de penitencia entre los fieles, ni fomentar su desidia por medio de estas gracias. Pide ciertas disposiciones que impone como necesarias á todos los que deseen conseguir la Indulgencia. He aqui la segunda reflexion que paso á exponeros con la posible brevedad.

An-

Ante todas cosas debemos suponer como cierto, que no es la mente de la Iglesia extinguir las obras satisfactorias, ni el espíritu de penitencia, por medio de las Indulgencias. Para comprehender esta verdad conviene sepais, que aunque somos incapaces de satisfacer á Dios por nuestros pecados en todo rigor de justicia, podemos pagar no obstante una parte de este débito por medio de nuestras obras penales y ejercicios de piedad, y á ello estamos obligados por precepto de Dios. Nuestra Madre la Iglesia, clemente siempre con sus hijos, abre el inmenso tesoro de los méritos de Jesu Cristo, de su Santísima Madre, y de mas Santos, para suplir de esta suerte lo que nosotros no podemos pagar. Por manera que las Indulgencias vienen á ser un suplemento de nuestra pobreza; nos exoneran de lo que no podemos satisfacer; pero no de aquella parte que podemos y

E 2

so-

somos obligados á pagar; porque si las Indulgencias nos exónerasen de la debida satisfaccion que podemos dar, fomentarian, dice un Sabio, la desidia y tibieza de los Cristianos, y destruirian la disciplina de la Iglesia.

Hay dos clases de penitentes. Unos solícitos de satisfacer por sus pecados por sí mismos: otros negligentes. " Los primeros, dice un Eminentísimo, ó piden al Confesor con dignas penitencias, dispuestos á cumplirlas, ó se las imponen voluntariamente, procurando satisfacer por medio de ayunos, oraciones, limosnas, &c. Los segundos, ó piden ó reciben con placer una penitencia levísima, y quando la han cumplido, aunque saben ser muy corta, no curan de mas satisfaccion. A estos en mi juicio no aprovecha la Indulgencia; porque ningun indigno de agena satisfaccion consigue verdaderamente el fruto de ella; es asi que

todo negligente en satisfacer por sí mismo, es indigno de agena satisfaccion por la pena debida á sus propios pecados: luego ninguno que es negligente en satisfacer por sí mismo adquiere el fruto de la Indulgencia. ¿Cuál seria la República bien ordenada que estableciese un fondo pío para pagar las deudas de los que no quisieran satisfacerlas? ¿No serian juzgados por indignos de esta gracia por el mero hecho de su desidia ó renuencia en pagar? Sino que digamos, que pretendian fomentar su negligencia á fuerza de liberalidades. La Iglesia, pues, establecida por Dios, no abre el tesoro de sus Indulgencias á favor de los perezosos, negligentes, y que no solicitan expiar sus culpas, sino á beneficio de los que deseando sinceramente satisfacer por ellas, son impedidos de la imposibilidad. Todo convence, que el fin de la Indulgencia no es para extinguir en nosotros el espíritu de penitencia.

Oíd como se explica el Santo Concilio de Trento: uno es el efecto del Bautismo, otro el de la Penitencia; pues por el Bautismo revistiéndonos de Cristo, venimos á ser una nueva criatura del todo, consiguiendo una plena y entera remision de todos los pecados: á la qual renovacion é integridad no podemos llegar por el Sacramento de la Penitencia, sino despues de grandes gemidos y trabajos, exigiéndolo así la Divina justicia. De suerte, que con razon llamaron los Padres á la Penitencia Bautismo laborioso.”

“Escuchad, hijos, así clama sobre este testimonio un sabio Prelado de nuestro siglo, escuchad las palabras de vuestra Madre la Iglesia. Ella os íntima grandes llantos, grandes trabajos, un Bautismo laborioso, enseñandoos, que así lo exige la Divina justicia. Este rigor de la Iglesia nace de su rigor primitivo, que nunca

ca se extinguirá, ni ella dexará jamas de oponerse á la relaxacion. ¿De qué sirve detestar con el Concilio, la vida mole de los Hereges, que han sacudido los santos rigores de las satisfacciones, si incurrimos en la misma relaxacion, negando con las obras lo que con las palabras confesamos?”

Ni son menester muchas pruebas para que conozcais lo poco que aprovechan las Indulgencias á los que reusan satisfacer á la Divina justicia por medio de sus gemidos y laborioso Bautismo de Penitencia, como se explica el Concilio. *Haced frutos dignos de penitencia*, dice S. Matéo, es decir: ayunad, velad, orad, mortificaos, crucificad vuestra carne con sus vicios, detestad la culpa, y llenos de compuncion buscad á vuestro Dios; porque si no hicieris penitencia, estais excluidos de su Reyno; haced de vuestra parte lo que os toca, pues el Señor que es clemente por esencia, suplirá del inmenso te-

soro de sus méritos, lo que os falte para satisfacer á su justicia.

¿Mas qué digo? ¿No ha sido este siempre el espíritu de la Iglesia? ¿Aplicó S. Pablo por ventura la Indulgencia al incestuoso de Corinto, hasta que lo vió arrepentido y humillado por una austera y larga penitencia? ¿Puede ser nunca la mente de la Iglesia aplicar un tal beneficio á los que se acercan á recibirlo sin las debidas disposiciones? ¿Ó dexará de mirar como tales á los desidiosos y negligentes en satisfacer por sus pecados á la Divina justicia, y á los que en confianza de la Indulgencia se entregan á todo género de vicios? El Vicario de Jesu Cristo y Xefe de su Iglesia sobre la tierra pide á los fieles como primera disposicion para lograr el tesoro de las Indulgencias, que esten *contritos y confesos*. Esto no puede verificarse sin espíritu de penitencia. Esto no consiste solamente en el dolor y detestacion del pe-

cado, sino que incluye el deseo de satisfacer en lo posible á la Divina justicia por medio de obras penales, para desarmar así la ira de Dios que trae consigo la culpa. Lo demas depende del Señor, que os espera como Padre con los brazos abiertos.

Concluyo para consuelo vuestro con las palabras de Clemente VI. en su bula de Jubileo de 1350. "A fin, dice, de que el testimonio de una misericordia que jamas comprehendémos, no quedase inútil y sin fruto; adquirió Jesu Cristo por sus méritos á la Iglesia Millitante un tesoro, del qual quiere este Padre caritativo que sus hijos se aprovechen: tesoro de infinito valor, y que enriquece de bienes espirituales á los que de él usan. Este tesoro ni está liado en un lienzo, ni escondido en la tierra: fué confiado á S. Pedro y sus sucesores... para que lo repartiesen á los fieles; mas ellos no deben abrirlo sino por razones justas y valederas,

para conceder en todo ú en parte la remision de las penas temporales debidas al pecado, á los que fueren verdaderamente *penitentes y absueltos*, y en quanto pueda presumirse que sea agradable á Dios esta dispensa... Por freqüente que sea el uso que de este tesoro se haga, no temais se disminuya, ni que jamas se apure. No solamente el fondo de los méritos de Jesu Cristo, y de sus Santos no lo permitirá, sino que al contrario se aumentará, á proporcion del mayor número de fieles que en él hubieren hallado su santificacion." Apresuraos, pues, á participar de este inagotable tesoro de la misericordia de Dios ácia sus hijos, pero con espíritu de humildacion y penitencia, con gemidos del corazón, con dolor, detestacion y compuncion de vuestras culpas, para ser convertidos en nuevas criaturas, y dignos objetos de la Indulgencia y clemencia del Señor, que vive y reyna Padre, Hijo y Espíritu Sto. Dios, &c.

SER-



## SERMON

DE SAN ROGELIO,

Patron de la Villa de Illora, predicado en 16 de Septiembre de 1772.

*Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.*  
Matth. X.

SEÑORES.

Por una casualidad, para mí igualmente honorifica que sensible (1), y

(1) El que tenia convidado el Sermón se habla quebrado una pierna pocos dias antes.

para conceder en todo ú en parte la remision de las penas temporales debidas al pecado, á los que fueren verdaderamente *penitentes y absueltos*, y en quanto pueda presumirse que sea agradable á Dios esta dispensa... Por freqüente que sea el uso que de este tesoro se haga, no temais se disminuya, ni que jamas se apure. No solamente el fondo de los méritos de Jesu Cristo, y de sus Santos no lo permitirá, sino que al contrario se aumentará, á proporcion del mayor número de fieles que en él hubieren hallado su santificacion." Apresuraos, pues, á participar de este inagotable tesoro de la misericordia de Dios ácia sus hijos, pero con espíritu de humillacion y penitencia, con gemidos del corazon, con dolor, detestacion y compuncion de vuestras culpas, para ser convertidos en nuevas criaturas, y dignos objetos de la Indulgencia y clemencia del Señor, que vive y reyna Padre, Hijo y Espíritu Sto. Dios, &c.

SER-



## SERMON

DE SAN ROGELIO,

Patron de la Villa de Illora, predicado en 16 de Septiembre de 1772.

*Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.*  
Matth. X.

SEÑORES.

Por una casualidad, para mí igualmente honorifica que sensible (1), y

(1) El que tenia convidado el Sermon se habla quebrado una pierna pocos dias antes.

que os ha privado de un gran Orador, me veo precisado á publicar hoy las glorias de vuestro ínclito Martir y Patron S. Rogelio, digno discípulo de Jesu Cristo, y que le acompañó con la Cruz hasta el suplicio. El asunto es para mí temible, ya sea atendiendo á la grandeza del héroe á quien debo elogiar, ó ya á la gravedad del concurso, á cuya censura me expongo. Si atiendo á esto segundo, veo tres Senados integérrimos donde la circunspeccion y la sabiduría han profundizado sus raíces: un Senado secular que por su integridad es comparable al de Lacedemonia: un Cabildo Eclesiástico semejante por su sabiduría al de Cartago en tiempo de S. Cipriano: una Comunidad Religiosa, cuya austeridad de instituto emula gloriosamente á los habitantes de la Tebaida, y á las Congregaciones de los primeros siglos: un concurso en fin numeroso, igualmente piadoso que instruido.

¿Pues

¿Pues qué, si atiendo al asunto que debo delinear? Es el elogio de un héroe de la Religion; compatriota vuestro, mártir de Jesu Cristo, honor de vuestra Patria, y vuestro Patrono singular. Hablo del invicto Rogelio, insigne por su virtud, recomendable por su exemplo, loable por su zelo, y heróico por su constancia. Este hombre extraordinario formado como otro David á medida del corazon de Dios, es hoy el grande objeto de vuestra religiosa veneracion y de mis débiles conatos.

No necesito pues de fatigarme mucho para demostraros su excelencia. Todo en él se me representa grande. En su vida hallo un modelo de perfeccion cristiana: en su austeridad, un zeloso emulador de los Paulos, Antonios, Hilariones, y demas penitentes de la Tebaida: en su apostólico zelo, veo un glorioso imitador del Proto-mártir Esteban; de los Policarpos, Ignacios, Justi-

nos

nos y Ciprianos. Pero como la materia es tan extensa, no es posible reducir á un breve elogio el cúmulo de sus grandes virtudes. Limitome, pues, á demostraros su heroica constancia en la fé de Jesu Cristo, para exemplar de la nuestra. Unica proposición, digna de esta cátedra, de mi héroe y de tan respetable auditorio. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María Santísima. *Ave Maria.*

*Et qui non accipit &c.*

**P**ara haceros visibles la admirable constancia de Rogelio, basta traeros á la memoria las actas de su glorioso martirio. Ellas son propias á manifestaros la elevacion de su mérito, y asimismo á inflamar vuestros ánimos, arreglar vuestras costumbres, y corregir vuestras flaquezas. Refle-

xe-

xemos sobre estas dos verdades. No parece, señores, sino que en un solo Rogelio quiso el Omnipotente dibujarnos al vivo la inocencia de Abél, la equidad de Enoch, la justicia de Noé, la fé de Abrahán, la mansedumbre de Moysés, el zelo de Elias, la fortaleza de Josué, el sufrimiento de Job, la piedad de Ezechias, y el robusto pecho de S. Pablo. Su apostólico zelo superior á toda tiranía y á todo género de violencia, nos manifiesta bien, de quanto es capaz un corazon recto, que se propone por objeto de sus operaciones, zelar la gloria de su Dios.

Animado el Apóstol de las Gentes de este santo zelo, no dudaba gloriarse en el Señor, que ni la tribulacion, ni la angustia, ni la hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecucion, ni el suplicio eran bastantes á separarlo del amor de su Dios. Cierto estoy, decia, que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles,

ni



ni los Principados, ni las Virtudes, ni la fuerza, ni la elevacion, ni la baxeza, ni alguna otra criatura, en fin, podrá separarme de la caridad de Jesu Cristo. Esta grande alma adornada de tan singular constancia, y de tan ilustres acciones y trofeos, parece fué el glorioso exemplar que se propuso imitar vuestro inclito Martir y Patrono S. Rogelio.

Acorumbrado desde luego á dominar sus pasiones, que es el mayor trofeo de la vida cristiana, supo triunfar gloriosamente de todos los enemigos del nombre de Dios. Su vida llena de edificacion nos manifiesta, que el camino para el martirio y la corona es el ejercicio de las buenas obras, y que los grandes premios solo se consiguen á fuerza de grandes trabajos.

Quando reflexiono sobre su vida, me parece veo uno de aquellos héroes, de quienes habla el Apóstol en su Epístola á los Hebreos, y de quie-

quienes segun él mismo, no era el mundo digno. Por las cortas noticias que nos restan de su nacimiento y educacion sabemos, que renunciando la vanidad del siglo, se retiró al desierto á ser cohabitador de las fieras, sepultándose vivo en las entrañas de esa sierra; y gimiendo como inocente paloma en las cavidades de las peñas, juzga por menos peligrosa la compañía de las bestias, que el trato del mundo y de sus habitantes. Errante por esas montañas y escarpadas rocas, parco en el alimento, moderado en el sueño, mortificado en sus miembros, ocupado en continuos ejercicios de piedad, santificó vuestra tierra con sus plantas, ilustró vuestra patria con su exemplo, exáltó su mérito, acrisoló su virtud, y puso las primeras flores á la corona de su martirio.

Si, señores, en Illora su patria se alistó el glorioso y esforzado combatiente Rogelio, para salir á la conquista.

quista del Evangelio de Jesu Cristo; conquista heróica que le grangeó tantos laureles, y á vosotros tan singular honor y proteccion. Inflamado de un zelo apostólico, y no pudiendo ya ocultarse en vuestras montañas tanta luz, salió Rogelio de su patria á llevar como otro Pablo el nombre de Jesu Cristo delante de los Príncipes y Potentados, y á sembrar por el mundo el grano del Evangelio. Entró en la populosa Ciudad de Córdoba, Corte de los Mahometanos, baxo cuya dura esclavitud gemia á la sazón por sus pecados nuestra España. Y aunque estaba prohibido con pena capital á los Cristianos predicar la fé del Salvador, no contento Rogelio con predicarla en secreto, determinó enseñarla en público, no dudando que en tales ocasiones es el Espíritu del Padre quien habla por boca de sus Ministros, segun el oráculo del mismo Dios. Estimulado de este divino impulso, é

in-

inflamado su corazon con la ardiente llama del amor de Jesu Cristo, y de la caridad con sus hermanos, que yacían en tinieblas, y en las negras sombras de la muerte eterna; entró en la gran Mezquita, en ocasion que los bárbaros ofrecían inmundos sacrificios á su falso Profeta. Desata este nuevo Pablo sus labios apostólicos, y empieza á predicarles la verdadera Religion, sin que los clamores de la ínfima plebe, ni los oprobrios con que le cubrian, ni los malos tratamientos que le hicieron, pudiesen impedirselo. Anuncióles á Jesu Cristo crucificado, su Divinidad, la sana doctrina del Evangelio, y el riguroso castigo que amenaza á los que de propósito cierran los ojos á la luz de la fé, deleitándose en las tinieblas de la ignorancia y del error. ®

Mas ellos que á imitacion de sus padres, segun la expresion de la Escritura, siempre han hecho resistencia al Espíritu Santo, lejos de agra-

F 2 de-

decer el desengaño, y abrazar la verdad del Evangelio, se apoderan furiosos de la inocente víctima de Rogelio, con ánimo de sacrificarle á su ira y en odio de Jesu Cristo; juzgando con ceguedad lamentable hacer obsequio á Dios quitando la vida á sus siervos, conforme al vaticinio del Salvador. Congregóse el gran consejo de iniquidad, y no solo fueron de acuerdo que Rogelio era reo de muerte, sino que por haber puesto por un último crimen sus pies en la gran Mezquita, y profanado su santuario, se le debían segun ley, cortar los pies y las manos.

Tal fué, señores, la sentencia de aquel infame conciliábulo. Rogelio á imitacion de Jesu Cristo su Maestro, la acepta voluntariamente y con gozo, viendo se le acercaba el complemento de su deseo, y la hora de sellar con su sangre la verdad del Evangelio. ¡Con cuánta razon, pues, podia lamentarse con David, que  
los

los Príncipes le perseguían sin causa! En efecto, él era injustamente condenado, de nada era deudor, á nadie habia hecho violencia, estaba inocente de la sangre del próximo, hablaba justamente, y no era oido, anunciaba la salud eterna, y era combatido, era impugnado sin crimen, era impugnado como reo, siendo loable en su confesion; era impugnado en fin como un malhechor, quando solo anunciaba el nombre del Señor, como se explica un Padre de la Iglesia. Pero aun siendo así impugnado sin motivo, permaneció Rogelio firme en su profesion, é invencible en la confesion de su fé.

Consideraba por una parte la furia inexorable de los Jueces, el molesto y grave ruido de las cadenas, la inhumanidad de los verdugos, y la crueldad del suplicio; por otra meditaba los preceptos divinos, que nos obligan á dar razon de la fé que profesamos; y sin perder de vista

el oráculo del Apóstol, que afirma no ser condignas las pasiones del siglo para alcanzar la gloria venidera, meditaba que siendo breve el tiempo y capciosa la mansion de este mundo, aun quando pasase por la dura tribulacion del agua y del fuego, sabria Dios concederle despues el refrigerio. Consideraba que si militaba sobre la tierra, grangeaba en el Cielo una corona; que si aquí era atormentado, entraria victorioso en su patria; que si aquí era castigado por los hombres, sería despues honrado por el mismo Dios; que con pocos momentos de trabajo conseguiria una eternidad de premio; que luchaba con un cuerpo corruptible, y que los honores del trofeo resultarian en un cuerpo glorioso; en fin, que si no elegia padecer voluntariamente por Cristo esta afficcion, habia de padecer necesariamente y á su pesar en la otra vida.

Animado Rogelio de estas santas má-

máximas, y transportado en espíritu al Cielo, decia con San Gregorio el Magno: ¿qué otra cosa es la substancia terrena comparada con la eterna felicidad, que un peso grave y molesto? ¿Qué otra cosa es el quotidiano defecto de la corrupcion que una muerte prolongada y prolixa? ¡Ó qué excelente gozo asistir entre los coros de los Angeles, servir con las espirituales inteligencias ante el trono de la Magestad, ver presente el adorable rostro de Dios, mirar con los propios ojos aquella luz inaccesible é inamisible, no ser jamas combatido con los horrores de la muerte! Mas para llegar á tan grandes premios, sé decir asimismo, es necesario pasar por grandes tribulaciones; porque nadie será coronado segun el Apóstol, sino el que legítimamente combatiere; es decir, el que siguiere hasta el fin á Jesu Cristo por el camino de la tribulacion. Infeliz de mí, ¿quién me librará de

las pesadas cadenas de este cuerpo, y me hará volar desembarazado de la corrupcion á los eternos tabernáculos! Deseo ser disuelto de esta carne mortal que me detiene, y estar con Cristo en la bienaventuranza.

Con estos y semejantes soliloquios animaba Rogelio su constancia, y aspiraba con ardientes deseos á la inmarcesible corona del martirio. Así quando llegó la hora de executar la iniqua sentencia, aunque veía por una parte armados los soldados; prevenidos por otra los ministros de la perfidia; aquí á los Magistrados y Xefes de la tropa; allí á muchos educados en el Real Palacio; aquí los Jueces; allí los que pasaban por casualidad; aquí los que seguían el acompañamiento; allí en fin, la muchedumbre de la ínfima plebe, expectadores todos impacientes del acerbo suplicio; descendió á él Rogelio con indecible gozo y confianza.

¿Qué sería, señores, ver al san-

to anciano, venerable por sus canas, recomendable por su zelo, estimable por su virtud, admirable por su doctrina, descender al estadio, que debia ser parca fatal de su último aliento, vestido de un hábito humilde y despreciable, dotado de un alma contrita, de un pecho robusto, inflamado de zelo por la honra de Dios, entregar su cabeza, sus manos y sus pies al cuchillo con sumo gozo y alegría, y sin dexar de ensalzar el nombre de Jesu Cristo? ¿Mirariais sin lágrimas un tan doloroso espectáculo? Permitidme exclamar aquí con el Crisóstomo, ¡ó ánimo invencible! ¡ó mente excelsa! ¡ó pecho celestial! ¡ó lengua bendita! que bendeciste al Señor, é hiciste que le bendixeran otros. Como si toda esta trágica escena fuese una cosa imaginaria; así entró Rogelio alegre en la palestra, y con indecible fortaleza de ánimo consumó su martirio y recibió la inmortal corona.

Tal fué, señores, la invencible constancia de vuestro glorioso Patrono. Reflexad algun tanto, os ruego, sobre su preciosa vida y muerte, y hallaréis que triunfó del mundo y de sus vanidades; que reprehendió las imposturas de los Mahometanos, haciéndoles patentes los delirios de su secta grosera; que selló con su sangre el Evangelio, dando con ella un ilustre testimonio de la Divinidad de Jesu Cristo; y que á todos nos manifestó una senda segura para caminar á la eternidad.

He aquí el raro exemplar que para vuestra edificacion os proveyó el Omnipotente dentro de vuestra misma patria, y ascendiente tal vez de alguno de vosotros. Esto mismo debería estimularos á su imitacion. Las solemnidades de los Mártires, dice San Agustin, sirven de exhortacion para el martirio, siempre que no seamos indolentes en imitar lo que celebramos con regocijo. Pero

no-

nosotros, como añade este Padre, queremos alegrarnos con los Santos, y no queremos padecer como ellos las tribulaciones de esta vida, siendo cierto, que el que no imitare á los Santos, quanto le sea posible, jamas podrá llegar á su bienaventuranza; pues como dice el Apóstol, no podemos hacerles compañía en su felicidad, sin acompañarlos en los sufrimientos.

Y si alguno me dixere ¿quién podrá imitar á los Mártires? Yo le responderé con San Agustin, que no solo á los Mártires, sino al mismo Señor de los Mártires podemos con su auxilio imitar si queremos. No me oigais á mí, añade este Padre, sino al mismo Jesu Cristo, que dice al género humano, aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; sed perfectos á mi imitacion y de mi Padre celestial. Oid asimismo al Apóstol San Pedro, quando dice: Cristo ha padecido por nosotros, y

nos

nos ha dado exemplo, para que podamos seguir sus huellas. Podemos, pues, imitar la constancia y fortaleza de los Mártires, si creemos los divinos oráculos.

Supuestas estas verdades, ¿en qué consiste, os ruego con el Crisóstomo, seais tan delicados combatientes? ¿Juzgais acaso que podréis vencer sin pelear, y conseguir el triunfo sin contienda? Preparad vuestras fuerzas, batallad con firmeza: considerad el pacto, atended á la condicion, recorred la milicia, el pacto que prometisteis, la condicion y milicia donde os alistásteis. No de otro modo combatieron los Mártires, y combatió Rogelio: baxo de esta milicia triunfaron todos. Considerad, que Dios está presente á vuestros combates, auxiliando vuestras débiles fuerzas. Vosotros sois fortalecidos, y debilitado vuestro enemigo: vosotros sois proveidos de armas sobrenaturales, y las saetas del

co-

comun enemigo son desdichas: vosotros sois aplaudidos de los Angeles, y ellos mismos infunden terror en vuestros adversarios: vosotros sois dotados de fortaleza para quebrantar su malicia. ¿Qué mas? En vuestros combates el Señor pelea, y es á vosotros atribuida y remunerada la victoria. ¿Qué temeis, concluye este Padre, como si hubierais de vencer con vuestras fuerzas? Es Dios vuestra fortaleza y estipendio.

Y si no se nos presentan ocasiones de sacrificar nuestra comodidad y nuestra vida por la fé como á Rogelio, no por esto nos debemos juzgar exéptos de la tribulacion, y remotos del martirio; porque la vida de un Cristiano, si ha de corresponder como debe al Evangelio, ha de ser un martirio continuado, como se explican los Padres de la Iglesia. En efecto el Evangelio reduce la naturaleza estrechamente á sus leyes, sin permitirle ninguna incli-

na-

nacion desarreglada. Nadie, pues, se juzgue libre del martirio de la tribulacion, martirio saludable, martirio prolongado, martirio necesario para la salud, martirio en fin, que todos podemos sufrir con fortaleza cristiana.

El Real Profeta daba gracias al Señor porque se habia dignado humillarlo con tribulaciones. Igualmente cada uno de nosotros debiamos á imitacion de los Santos, apetecer ocasiones de perfeccionar en ellas nuestra virtud y exáltar nuestro mérito. La lástima inconsolable es, que nos reputamos infelices quando sentimos la adversidad; que nos explicamos con amargura é impaciencia en la tribulacion; que el aire de la mas leve tentacion nos irrita; que pensamos nos tiene Dios olvidados quando está mas liberal y benéfico ácia nosotros; que perdemos las ocasiones de santificarnos en el mundo por nuestra falta de conformidad; finalmente,

mente que miramos con último abandono los intereses de Dios, inseparables de los nuestros.

No quisiera, señores, contristaros en dia de tanta gloria y regocijo para vosotros. Mas la obligacion de mi ministerio, y el zelo que Dios me inspira, me han conducido insensiblemente á manifestaros estas verdades tan interesantes á vuestra salud eterna. Porque debeis estar altamente persuadidos, á que de nada os serviria reconocer las virtudes, el zelo apostólico y la invicta constancia de vuestro insigne Mártir y Patrono San Rogelio, si no le procurais imitar en vida y muerte, enriqueciendo de virtudes vuestras almas, tolerando las tribulaciones con paciencia y alegre conformidad, y defendiendo la honra de Dios, hasta agonizar por la justicia en caso necesario á imitacion de Rogelio. Nada se os pide imposible. Hombre fué como vosotros, concebido en pecado,



do, y sujeto á las mismas pasiones. Teneis por Padre al mismo Dios, que concedió á Rogelio vigor y fortaleza. ¿Porqué no os la dará á vosotros, si os preparais como él para obtenerla? Fiel es Dios, dice el Apóstol, y no permitirá seais afligidos, ni tentados sobre vuestras fuerzas. No pretendáis, pues, disculpar con vanas excusas vuestra fragilidad voluntaria y desidia criminal.

Vos, ínclito Rogelio, desde el alto solio de grandeza, á que os elevó el Omnipotente por vuestra constancia apostólica en defender el honor y la Divinidad de Jesu Cristo, no os desdigneis echar una mirada benéfica sobre vuestros patricios, que con tanto esmero promueven vuestro culto, gloriándose de reconoceros por Patrono. Experimenten vuestro influxo poderoso los que os rinden sus afectos. Sea vuestra asistencia visible donde lo fueron en otro tiempo vuestras virtudes y penitencias.

cias. No sea infecunda para el Cielo una tierra que ennoblecisteis con vuestro nacimiento, honrasteis con vuestra presencia, y santificasteis con vuestras plantas. Alcanzad el premio de la generosa piedad, y cordial devocion con que este pueblo ofrece á Dios por vuestro medio el agradable sacrificio de sus corazones. Reciban en recompensa vuestra alta proteccion, y por medio de ella los inefables dones del Espíritu Santo. Consigan en fin por vuestra intercesion paz en esta vida, en la hora de la muerte gracia, y perseverancia final para gozar eternamente de Dios, que vive y reyna, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, por los siglos, de los siglos. Amen. DIXE.


**DIA PRIMERO**
**DE NOVENA****De San Joseph,****sobre la confianza en Dios.***Nolite amittere confidentiam vestram,  
quæ magnam habet remunerationem.*

Ad Hebr. x. 35.

**No queráis perder vuestra confianza,  
que tiene crecido galardón.**

**A** sí habla San Pablo á los Hebréos, queriéndolos confirmar en el deseo de aspirar por todos medios á los bienes eternos, sin perder jamas de

DIA

D

vis-

vista aquella firme esperanza en el Señor, que fundada sobre la fe, y animada de la caridad de Jesu Christo, trae consigo grandes premios, é imponderables beneficios; pues tiene por recompensa al mismo Dios, que es el sumo de todos los bienes. Y adoptando yo hoy estas mismas palabras, no dudo alentáros con ellas á la confianza en el Señor, que venís á pedir esta tarde por la poderosa intercesion del glorioso Patriarca San Joseph. La materia no puede ser mas importante, pues se trata del negocio de la salud eterna; ni el protector puede ser mas acreditado para con Dios, siendo esposo de María Santísima, y Padre putativo de Jesu Christo. Estadme, pues, atentos mientras os manifesté la verdadera idea de la confianza, sus frutos, y los medios de conseguirla. Pidamos las luces del Espíritu Santo, postrándonos con sumisión y fervimiento ante aquel augusto y ado-

G 2

ra-

## DIA PRIMERO

DE NOVENA

*De San Joseph,*

sobre la confianza en Dios.

*Nolite amittere confidentiam vestram,  
quæ magnam habet remunerationem.*

*Ad Hebr. x. 35.*

No queráis perder vuestra confianza,  
que tiene crecido galardón.

Así habla San Pablo á los Hebréos,  
queriéndolos confirmar en el deseo  
de aspirar por todos medios á los  
bienes eternos, sin perder jamas de

DIA

2

N. vis-

vista aquella firme esperanza en el  
Señor, que fundada sobre la fe, y  
animada de la caridad de Jesu Cris-  
to, trae consigo grandes premios, é  
imponderables beneficios; pues tiene  
por recompensa al mismo Dios, que  
es el sumo de todos los bienes. Y  
adoptando yo hoy estas mismas pa-  
labras, no dudo alentáros con ellas  
á la confianza en el Señor, que ve-  
nis á pedir esta tarde por la pode-  
rosa intercesion del glorioso Patriar-  
ca San Joseph. La materia no pue-  
de ser mas importante, pues se tra-  
ta del negocio de la salud eterna; ni  
el protector puede ser mas acredita-  
do para con Dios, siendo esposo  
de María Santísima, y Padre puta-  
tivo de Jesu Cristo. Estadme, pues,  
atentos mientras os manifesté la ver-  
dadera idea de la confianza, sus fru-  
tos, y los medios de conseguirla. Pi-  
damos las luces del Espíritu Santo,  
postrándonos con sumisión y reveren-  
cia ante aquel augustó y ado-

G 2

ra-

rable Señor Sacramentado.

En materia de confianza en el Señor hay dos escollos que evitar, el de la desesperacion ó despecho, y el de la presuncion ó temeridad. Uno y otro extremo, ya por demasiada confianza, ya por falta de ella, son igualmente viciosos, y conducen á la perdicion. Los que se dexan arrastrar de la desesperacion como Caín y Judas, y los que á imitacion del Fariséo se lisonjean de una falsa justicia, y de una vana seguridad, pecan contra el Espíritu Santo, cuyo delito es casi moralmente irremisible. Disipemos, pues, estas tinieblas para comprehender la verdadera confianza.

La desesperacion en primer lugar es una injuria atroz contra la piedad del Padre. Este Dios de bondad nos asegura con juramento irrevocable, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane, y que en qualquiera hora que

el delinqüente gima, le oirá. ¿No os acordais de la parábola del Hijo pródigo? ¿No le recibió su Padre con los brazos abiertos en el momento que confesó su delito? ¿No le vistió con una estola cándida, símbolo de su gracia? ¿No celebró un gran festin, y le dió un gran banquete por su vuelta?

¿Pero qué mucho? ¿No sabemos por San Juan, *que amó de tal manera Dios al mundo, que dió á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna?* ¿No sabemos por el mismo Evangelista, *que no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él?* El que no perdonó á su propio Hijo, dice S. Pablo, *sino que lo entregó á la muerte por todos nosotros, ¿como no nos donó con él todas las cosas?* Es decir, ¿cómo querrá negarnos la salvacion, sin la qual todo nos seria inútil? Confiad, peca-

dores en la bondad de vuestro Padre Dios, cuya voluntad de salvaros es sincera: no injurieis, os ruego, su piedad, ni la caridad de su Unigénito.

Este descendió del Cielo sin dexar el seno de su Padre, y por la salud del hombre tomó nuestra humanidad y todas nuestras miserias, á excepcion del pecado: conversó entre nosotros por espacio de treinta y tres años, dándonos saludables documentos, sanando cojos y tullidos, curando enfermos, resucitando muertos, y poniendo los primeros y eternos fundamentos de su Iglesia, oprimido siempre de trabajos y de persecuciones desde su mas tierna infancia hasta dar la vida por nosotros en un vergonzoso patíbulo. ¿Qué mayor muestra queréis de caridad? Añadid á estas finezas la de haberse quedado Sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos, sirviéndonos de ali-  
men-

mento en esta vida mortal, para fortalecernos contra nuestros enemigos, y hacernos dignos de su convite eterno. ¿No podremos concluir de aqui el inmenso amor al linage humano de este Médico Omnipotente, *que no vino al mundo á curar sanos, sino enfermos, ni descendió á llamar justos, sino pecadores?* El que desespera pues, no hace menor injuria á su infinita caridad, que á la liberalidad del Espíritu Santo.

Jesu Cristo despues de la Ascension envió sobre su Iglesia á este Espíritu Paráclito, Dios de toda consolacion, cuya gracia y dones debian informarla y vivificarla con la esperanza de las promesas eternas. El Bautismo, la Penitencia, la Eucaristia, con los demas Sacramentos; las gracias que estos producen en el espíritu de los fieles; los auxilios con que frecuentemente los excita, los mueve y los previene, son otros tantos efectos de su liberalidad, otras

tantas pruebas auténticas de su voluntad sincera de salvarnos, y otros tantos motivos de alentar vuestra confianza en el Señor. Desesperar, pues, de su misericordia, es injurioso al Padre, cuya piedad se ofende; al Hijo, cuya sangre y mediación se desprecia; y al Espíritu Santo, cuya gracia é inspiraciones se arrojan.

Mas en el día cuesta menos trabajo inspirar la confianza, que deterrar la presuncion ó demasiada esperanza, escollo en que naufragan la mayor parte de los Cristianos. De los presuntuosos, unos son vanos como el Fariseo, otros temerarios como los que difieren la penitencia hasta la muerte; crimen abominable, crimen de falsa seguridad, crimen contra el Espíritu Santo, y que de ordinario trae consigo la perdicion eterna. Hombres vanos, precia- dos de justos, ¿quién de vosotros, os ruego con el Santo Job, puede decir, *mi corazon está puro, yo estoy lim- pio*

*pio de pecado? No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio, dice el Eclesiástico, y San Pablo aludiendo á esta sentencia, se explica con estas palabras: nada me arguye mi conciencia, mas no por esto me tengo por justificado: pues el que me juzga y conoce el precio de mis obras, es el Señor.* "Ofendemos á Dios en muchas cosas, dice San Basilio, sin que conozcamos la mayor parte de estas ofensas... y por esto exclama David, *¿quién conocerá sus delitos? Limpiadme, Señor, de mis pecados ocultos, y perdonadme los ajenos, sin acordaros de las faltas de mi juventud, ni de mis ignorancias. Si dixéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, como San Juan se explica, y la verdad no está en nosotros.* Hombres arrogantes y soberbios, que confiais como otros Fariseos en una vana justicia; considerad, os dice San Bernardo, que Luzbel es vuestro Xefe, que os dió la primera leccion

cion de presuncion quando dixo: *me sentaré en el monte del Testamento, en los ángulos del Aquilón; seré semejante al Altísimo. Si vuestra justicia, dice Jesu Cristo, no fuere mas abundante que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el Reyno de los Cielos.* A igual exclusion estan expuestos los temerarios, que confiando demasiado, viven en la falsa seguridad de convertirse en la hora de la muerte; como si tuviesen en su mano el tiempo, la gracia, y la voluntad de convertirse. Sugiere el diablo la seguridad, dice San Agustin, para introducir la perdicion. ¿Qué seguridad puede darse quando la eternidad peligra? ¿En qué fundais, pecadores endurecidos, esa vuestra temeraria confianza, é imaginaria seguridad de convertirlos al fin de vuestra vida? ¿Se os ha dado por ventura caucion de disponer á vuestro arbitrio de los tiempos y momentos, que el Padre Celestial ha

re-

reservado á su poder? ¿No os ha dado la vida en depósito, para pedirlosla segun su beneplácito? Dios, dice San Agustin, ha prometido la indulgencia á vuestra conversion, pero no el dia de mañana á vuestras dilaciones. El número de los años es incierto, como se explica el Santo Job; y el mismo Juez de vivos y muertos ha revelado que vendrá como un ladrón que sorprende quando menos se piensa. Sin embargo de esta incertidumbre, y de tan inminente peligro; os lisonjeais de vivir seguros mientras Dios os reprueba.

Con la gracia todo lo podemos; oigo decir á algunos. Con ella pudo Saul de perseguidor de la Iglesia convertirse en vaso de elección en un momento, y Agustin de Maniqueo y enemigo de ella implacable, en Doctor y luz del Santuario. ¿Mas quién no ve que es una temeridad esperar su conversion por un milagro? ¿Quién hará penitencia, di-

ce

ce San Agustin, si Dios no se la concede? Sin la gracia es de fé que no podeis arrepentiros; ¿y quién os ha revelado que la tendréis en aquel momento? El Espíritu Santo la inspira donde quiere, en quien quiere, y quando quiere. Es una pena justísima del pecado, dice un Padre de la Iglesia, que pierda el pecador aquel don, de que no quiso usar bien. ¡Ah! cuánto debeis temer ser envueltos en la sentencia del Señor, en los Proverbios: *Os llamé, dice, y me desdeñasteis, extendí mi mano, y no bubo quien mirase, desechásteis todos mis consejos, y despreciasteis mis reprehensiones; Yo tambien me retiré en vuestra muerte.... Me invocareis, y no os oiré... porque aborrecisteis las amonestaciones, y no recibisteis el temor de Dios... El impio despues de haber llegado al profundo de los pecados, de nada hace caso, mas le siguen la infamia y el oprobrio.... El mancebo segun tomó camino, aun quando envue-*

je-

*jeciere, nunca se apartará de él. Es muy dudoso, pues, tengais tiempo, gracia, ni voluntad de convertirós en aquellos últimos momentos. No digas, con un solo Pequé serémos trasladados de la culpa á la gracia como David. Faraón dixo: Pequé, Antioco dixo: Pequé, Saúl dixo: Pequé, Judas dixo: Pequé, y todos estos clamores no fueron otra cosa que principio de un grito eterno. Huid, pues, de los dos escollos que destruyen la esperanza Cristiana, quiero decir, de la desesperacion y de la presuncion, con que tanto irritais al Espíritu Santo.*

La confianza, Señores, abraza y comprehende la esperanza y el temor, la esperanza de alcanzar las promesas de Jesu Cristo, apoyados en su misericordia y en su gracia, y el temor de no haber puesto de nuestra parte todo lo que nos pertenece como cooperadores de nuestra salud, por la virtud de sus au-

xi-



110 SERMONES

xllos. *Amados míos*, decía San Pablo, *puesto que siempre fuisteis obedientes, obrad vuestra salud con temor y estremecimiento*, desconfiando de vuestras propias fuerzas, y poniendo toda vuestra confianza en el poder y socorro del Señor; y el Espíritu Santo en los Proverbios declara *por bienaventurado al que siempre está pavoroso.*

Baxo estas reglas invariables se consiguen los abundantes frutos de la confianza en el Señor, y las santas Escrituras nos proveen innumerables exemplos de esta providencia benéfica de nuestro Dios, asi en lo temporal como en lo espiritual, para con todos aquellos que confían de veras, con sumision y rendimiento en su bondad. Vemos en efecto á un Noé, que confiado en la promesa del Señor fabrica el Arca, y salva en ella del Diluvio las reliquias del género humano; á un Abrahám, que obediente á la voz de Dios, sa-

le

VARIOS. 111

le de su tierra, de su casa y familia, que se dispone con prontitud á sacrificar á su propio hijo, en quien le han sido hechas las promesas, y que en premio de su confianza y de su viva fé, viene á ser Padre de los creyentes, entra en el derecho de la tierra de Promision, y en la mas estrecha alianza con el Unigénito de Dios, que se dignó tomar carne en su familia; á un Moysés, que lleno de confianza en las palabras del Señor, obró los mayores prodigios en Egipto y en el Desierto, y dividió las aguas del mar Roxo, que dexando pasar á Israel á pie enxuto, envolvieron entre sus olas á Faraón con su caballería y sus carros; á una Judith, que animada de confianza en el Dios de las misericordias, se entra por entre el Ejército de los Asirios, penetra hasta la tienda de su General Holofernes, y acompañada de una sola criada, le corta la cabeza, hace levantar el cerco de Be-

tulia, y quita el oprobrio de Israel; á un David, que sin mas armas que su honda y cinco piedras, sale al desafio del soberbio Goliath, y fiando en el brazo del Todopoderoso, le postra en tierra, le corta la cabeza, y vindica la gloria de su Pueblo; á un Josué, que confiado siempre en el Dios de los Exércitos, acomete á los cinco Reyes Cananéos, y para perseguirlos mas á su salvo, manda al Sol que se detenga sobre Gabaón, y á la Luna que se pare sobre el valle de Ayalón, *obedeciendo el Señor á la voz de un hombre, segun la expresion de la Escritura, y peleando por Israel.* Seria no acabar, si quisiese referir aquí todos los maravillosos efectos de la confianza en Dios que constan de los sagrados libros. ¿Qué no podria decir de los beneficios que en premio de esta virtud recibieron Isaác, Jacób, Mardoquéo, Ezequías, Daniél, los Macabéos, y otros muchos Héroes de

san-

santidad? En la línea espiritual, ¿qué no podria añadir de los frutos de la confianza en el Señor que percibieron los Davides, las Susanas, las Magdalenas, los hijos Pródigos, las Cananéas y las Samaritanas?

Baste reflexionar por un momento sobre la admirable confianza de nuestro Santo Patriarca en ocasion de su huida á Egipto, y su incomparable galardón. En el silencio de la noche oye al Angel del Señor que le dice: *Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, donde estarás hasta nuevo aviso.* ¿Qué sobresalto, qué afliccion para el justo Joseph! ¿Qué objeto tan lúgubre para su amor, ver amenazada de muerte una vida tan preciosa! ¿Pero qué fidelidad, qué rendimiento á las órdenes del Cielo! Sin esperar dilaciones, sin proponer dificultades, sin alegar, por exemplo, la delicadeza del Hijo y de la Madre para tan larga jornada, la falta de provisiones

Tom. V.            H            pa-

114 SERMONES

para ella, lo crudo de la estacion, lo intempestivo de la hora, la ignorancia del terreno, el peligro de caer en manos de sus enemigos, los riesgos é incomodidades del camino, la peregrinacion á tierra extraña por tiempo indefinido, lleno todo de confianza en el Señor, se levanta al punto, y tomando al Hijo de Dios y á su Madre, empieza su carrera con pasos de gigante. Las montañas mas ásperas y encumbradas se suavizan y allanan á vista de su amorosa diligencia, y de su firme esperanza en el Dios de sus Padres, que dirigia sus pasos, logrando por este medio ser Salvador del Salvador mismo del mundo, libertándole de la crueldad de Herodes, y ser testigo privilegiado del estremecimiento de Egipto, y ruina de sus Idolos á la entrada de este Dios Hombre fugitivo, conforme al oráculo de un Profeta.

Mas aun quando no tuviésemos tantos y tan ilustres exemplos, que

VARIOS. 115

acreditan los abundantes frutos de proteccion que trae consigo la confianza en Dios, ¿no bastarian los oráculos expresos con que el Señor nos asegura del feliz éxito de todo negocio, que con sinceridad de razon fiamos á su Providencia? *Pon en Dios todos tus cuidados*, dice el Real Profeta, *y él te sustentará*; pues aunque á veces parece dexa fluctuar al justo entre las olas de la persecucion, jamas le olvida, siempre le sostiene, y al fin le conduce á puerto de seguridad. *De todo tu corazon*, dice el Sabio en los Proverbios, *has de confiar en el Señor, y no fies de tu prudencia; piensa en él en todos tus caminos, que él mismo enderezará tus pasos*. Buscad en primer lugar, dice Jesu Cristo, *el Reyno de Dios y su justicia, y todo lo demas corre de mi cuenta*, y al Paralítico dixo: *ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados*.

Segun esto, podrá decir alguno,

¿bastará confiar en Dios para obtener toda suerte de bienes así temporales como espirituales? Renovad aquí vuestra atención, para comprender los medios de conseguir una verdadera confianza, capaz de poner á cubierto de toda miseria. La esperanza, dice San Agustín, anima al que tiene buena conciencia; el que siente el aguijón de la mala, se retrae de la esperanza, y no espera para sí mas que la condenacion. Para esperar pues el reyno tenga buena conciencia, y para tenerla, crea y obre, porque la fé sin obras es muerta, como afirma Santiago. ¿De qué nos servirá confiar en Dios que nos ha de alimentar y salvar, si vivimos en ociosidad y en inaccion, ó sin querer dexar el vicio, ni hacer penitencia por nuestros pecados? Esto sería tentar al Señor, ó por mejor decir, injuriar iniquamente su bondad.

Aprendamos de David á formar una

una verdadera confianza. Quando mas perseguido de sus enemigos exclama: *Tú eres, Señor, mi esperanza, mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? Tú eres el protector de mi vida, ¿de quién temblaré? Aunque acampen exércitos contra mí, no temerá mi corazón; aunque me presenten la batalla esperaré en Vos, que habeis sido mi defensor, y á la sombra de tus alas me regocijaré.* Tan firme era su confianza en Dios.

Pero no perdais de vista el modo con que se disponia para esperar esta inefable proteccion: *Siete veces al día te he alabado, dice al Señor, sobre los juicios de tu justicia: me he levantado á media noche á darte gracias: de madrugada he meditado en ti: traigo siempre mi pecado delante de mis ojos: las lágrimas me sirven de alimento de día y de noche, quando diariamente se me dice, ¿dónde está tu Dios? Mis rodillas estan debilitadas con el ayuno; con éste humillo mi*

118 SERMONES

*alma, y me visto de un cilicio. Pero tú eres mi esperanza, Señor, mi escudo y mi defensa.*

He aquí la verdadera disposición que debe tener un alma para confiar en Dios, y esperar en las promesas de su Hijo. Este espíritu animaba á San Pablo quando decía: *todo lo puedo en el que me conforta: he peleado una buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fé. Por lo demás me está reservada la corona de la jústicia, que el Señor justo Juez me dará en aquel dia. Mas porque entiendo que no son comparables los trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará en nosotros..... castigo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre..... gloríandome de buena gana en mis tribulaciones..... sabiendo que la tribulación obra la paciencia, la paciencia la prueba, la prueba la esperanza, y la esperanza no confunde, porque la caridad de Dios está difundida en nuestros*

VARIOS. 119

*tros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.*

Animados pues de estas ideas, no perdais la confianza de conseguir las promesas de un Dios que todo es bondad y clemencia. Lejos de vosotros el crimen de la desesperacion, injuriosa á la piedad del Padre, á la caridad del Hijo, á la liberalidad del Espíritu Santo. Nunca debeis confiar mas, dice San Ambrosio, que quando os faltan todos los recursos humanos. Ni os dexeis llevar del espíritu de presuncion y de temeridad, apoyados en una falsa justicia, ó en una vana esperanza de que tendréis tiempo, gracia y voluntad de convertirnos quando querais. Buscad á Dios quando podais hallarle, invocadle quando está cerca, y obrad vuestra salud con temor y estremecimiento, sin desconfiar jamas de la misericordia de aquel Señor, que se entregó á sí mismo por nosotros, de aquel Dios de toda consolacion, siempre

## 120 SERMONES

fiel y veráz en sus promesas, que nos asegura quiere la salvacion de todo el género humano, y que no permitirá seamos tentados sobre nuestras fuerzas. Cooperad con fidelidad á sus ardientes deseos de salvaros; apoyad vuestra confianza en esta basa sólida, para recibir el premio ó galardón que le está prometido. Humillaos en la tribulacion con el ayuno y el cilicio, que Dios no sabe reusar las peticiones de un corazon contrito y humillado. Recurrid á Joseph, raro exemplar de la confianza en el Señor entre sus mayores aflicciones, Xefe y Protector de sus verdaderos devotos, y lograréis vuestros votos, quando vayan dirigidos á honra y gloria de Dios, al bien de vuestras almas y de vuestros hermanos. Decidle llenos de una viva fé.

Santísimo Patriarca, en cuyas manos estuvo tantas veces sostenido el Dios de nuestra salud, alcanzadnos una verdadera confianza en sus mi-

## VARIOS. 121

misericordias, apoyada en su amor y en la caridad con nuestros hermanos; un espíritu de cómpuncion y de temor al Señor de la magestad, que nos haga detestar las culpas y temer sus funestas conseqüencias; una gracia en fin, de perseverancia que nos haga participantes de las eternas promesas de Jesu Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reyna, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



## SERMON

*De S. Pedro Mártir,*

predicado en el Convento de Capuchinas de Granada al Santo Tribunal de la Fé,  
año 1798.

*Zelus Domus tuae comedit me, et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me. Ps. LXVIII. v. 10.*

El zelo de tu casa me devoró, y los ultrajes de los que te calumnian recayeron sobre mí.

ILL.<sup>MO</sup> SEÑOR.

Así habla el Unigénito de Dios por boca de David, exponiendo á su Pa-

Padre Celestial el fervor de su zelo por la Iglesia, y los oprobrios que debia sufrir de parte de los enemigos de su gloria; y adoptando yo hoy con la debida proporcion, estas mismas palabras, no dudo repetir las á nombre de un Héroe, promotor infatigable de la Religion de Jesu Cristo, y defensor de su verdadera Iglesia, sobre quien recayeron las iras y el furor de los enemigos de Dios; hablo de San Pedro Mártir de Verona, este espejo de las virtudes, como le nombra Inocencio IV., resplandor de la virginidad, honor de las buenas costumbres, tesoro de la sabiduría, muro inexpugnable de la fé, rayo de la predicacion, azote y martillo de los Hereges, Mártir de la fé por antonomasia.

Bien quisiera, Señores, abrazar en mi Oracion todos estos grandes objetos, dignos ciertamente de esta Cátedra, de mi Héroe, y de tan res-

petable auditorio; pero como la materia es tan extensa, ciñéndome á las palabras de mi tema, me limito á representarle como un Héroe del zelo por la Religion, célebre por sus trabajos Apostólicos, y por el sacrificio de su vida. Tal es el plan de este discurso. Pidamos las luces del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de María Santísima. Saludémosla con el Angel. *Ave María.*

*Zelus Domus tue &c.*

**B**asta reflexionar brevemente sobre la preciosa vida y muerte de San Pedro Mártir de Verona para admirarle como un Héroe de la Religion, devorado de zelo en su defensa, y sacrificado por su gloria. Dios que con adorable providencia ha sabido en todos tiempos sacar bienes de los males mismos, y hacer res-

resplandecer la luz de entre las tinieblas; Dios, repito, Custodio vigilante de su Santa Casa, que para vindicar su gloria y sostener su culto, se dignó conservar inocente á un Loth entre los Sodomitas, producir de padres idólatras al de los creyentes Abrahám, á Job de entre los Orientales, á Bárbara del gentilismo, á Hermenegildo de entre la impiedad Arriana; atendiendo al bien de su Iglesia se dignó sacar como una rosa de entre espinas, á Pedro de Verona de padres Cátaros ó Maniqueos; estos espíritus aturdidos, que negando á Dios el atributo de Criador del Cielo y de la tierra, le atribuyen en parte al demonio, y ponen todo su conato en trastornar la Sociedad civil, y la Gerarquía de la Iglesia.

Deseosos sus padres de que adelantase en las ciencias, le aplicaron á la carrera de las letras; pero e Maestro que era Católico, le instruyó



yó desde luego en el Credo de nuestra profesion, el qual conservó Pedro con tanto teson, que dió por él la vida finalmente. Antes de los siete años tuvo ocasion de dar el primer testimonio de su fé. Un tio suyo, gran partidario del Maniqueismo, le pregunto por curiosidad la leccion; Pedro recitó al instante el símbolo, explicándolo en sentido Católico, especialmente aquellas palabras: *Criador del Cielo y de la tierra*. En vano se cansa el tio en persuadirle lo contrario. Acusóle para con su padre como de un pésimo crimen, y vaticinando como otro impio Cayfás, le declaró terrible algun dia para su infame secta.

El suceso correspondió sin duda al vaticinio; pues el Señor que en esta ocasion perfeccionó su alabanza en boca de un párvulo, segun la expresion de David, no solo se habia propuesto conservarle sin lesion entre las llamas del Maniqueismo, como

mo á los tres niños de la del horno de Babilonia, sino sacarle del lago de estos leones, para que como otro Daniél predicara su grandeza, y fuese azote de los enemigos de la fé.

Su padre mismo contribuía sin saberlo al cumplimiento de los designios de Dios. Determinó pasase á estudiar á Bolonia, persuadido sin duda á que las costumbres relajadas de sus colegas, y las delicias de aquella Ciudad, en nada inferiores á las de Capua, que detuvieron en otro tiempo las conquistas de Anibal, resfriarian el fervor de su hijo por la Religion Católica, y corrompido ya el corazon con la libertad y malos exemplos, accedería fácilmente á la secta de sus mayores. Así juzgaba de un destino, que disponia la oculta fuerza de la Providencia, para sacarle de esta Ur de los Caldeos, y conducirle á gozar los frutos de una verdadera tierra de Promision, qual es la casa de Domingo.

Apénas se alistó en los Estudios de Bolonia, dió muestras nada equívocas de su aplicacion y de su ingenio, haciendo muy en breve maravillosos progresos, no solo en el estudio de las Artes, sino principalmente en la ciencia de los Santos, que estriva en el temor de Dios. El Señor que le habia preservado en Verona de la infeccion del Maniqueismo, se dignó preservarle en Bolonia de la corrupcion del corazon, que traen consigo los malos exemplos. Pedro no obstante conocia su deplorable situacion, y los peligros á que estaba expuesto. Disgustado, pues, de las vanas esperanzas del siglo, como buscá el ciervo las fuentes de las aguas, corre presuroso á buscar á Domingo de Guzmán, este sabio y celoso Director que tantas almas ha guiado al Cielo, y pidiéndole con sumision el sagrado Hábito de su Orden, logró se le vistiese por su misma mano, poco tiempo antes de su di-

dichosa muerte. *Motto: Quisquis seipsum*  
 He aquí, Ilustrísimo Señor, un nuevo Eliséo, adornado con la capa y duplicado espíritu de aquel otro Elías. Por no fatigar vuestra atencion, no me detengo á referir los primeros ensayos de virtud de este hombre extraordinario; su obediencia por exemplo, su humildad, su oracion fervorosa, su altísima contemplacion, en que gastaba gran parte de la noche; hurtando así á sus miembros el preciso descanso, para gozar en éxtasis el fervor de su espíritu; su admirable pureza, esta especie de contagio santo que hacia pasar á los demas; su incomparable abstinencia, que mas de una vez le conduxo al extremo de no poder comer, por habérsele secado las fauces; la austeridad de sus penitencias con que reducía sus miembros á servidumbre, como otro Pablo: dones maravillosos que pedian otros tantos discursos; dones singulares que le han-

Tom. V. I cian,

cian, como á otro Moysés, amado de Dios y de los hombres; dones en fin extraordinarios, que le hacian sobresalir, como á otro Saulo, entre todos sus contemporáneos. Baste reflexionar por ahora sobre su ardiente zelo por la Religion de Jesu Cristo, y bien de las almas.

Dios, que no habia criado tanta luz para que estuviese oculta, sino para que iluminase á los de su santa casa, le infundió un zelo Apostólico, acompañado de una sabiduría y de un espíritu de fortaleza, al qual como al de otro Esteban, no podian resistir sus contrarios. Estimulado de esta pasión santa, salió Pedro como un torrente impetuoso á evangelizar el Reyno de Dios, á defender el honor del Santuario, á confundir la heregía y la impiedad, llevando por todas partes los mas illustres trofeos de la Religion. Las Ciudades de Florencia, de Romandiola, Flaminia, Milán, de una vez, Italia toda, se-

ran

rán siempre testigos fidedignos del zelo y de los trabajos de este nuevo Apóstol.

¡Jerusalén augusta, Iglesia Santa! no digas ya que estás desierta; despójate del luto, y adórnate de los vestidos de gala. He aquí un hijo que te ha conquistado muchos millares de almas; un hijo que ha renovado tu esplendor y tu belleza; un hijo que con pecho Apostólico hace frente, y confunde á todos tus enemigos; un hijo á quien los elementos, las dolencias, el corazón humano obedecen con rendimiento; un hijo, en fin, á quien el mundo busca y sigue como á Oráculo, diciéndole como el Exército de Judá á Simon Macabéo: *Tú serás nuestro Xefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes.*

Demóstenes, Hortensios, Tulios y demas oradores de Grecia y Roma paganas, ¿quándo vuestra eloqüencia logró tantos aplausos? ¿Qué

1 2 hu-

hubiérais dicho al ver un pueblo innumerable, gentes de ambos sexos, de todas condiciones y estados, que no cabiendo ya en los Templos y plazas, salian como en procesion de silencio á formar teatro de las mas espaciosas campiñas, por oir á este Orador célebre de la ley de gracia; á este hombre de Dios, que inflamado como otro Elías del zelo de su gloria, hace renacer la piedad por todas partes, imponiendo silencio á los hereges, que avergonzados temen parecer en público?

A vista de tan grandes trabajos por la Iglesia, y de méritos tan sobresalientes, ¿quién creyera, Señores, no hubiese ganado Pedro, si no el ánimo de los hereges, á quienes perseguia con teson, á lo ménos el de todos sus hermanos, hijos de un comun Padre? Mas convenia en los designios de Dios, que el que debia ser probado como el oro en el crisol, y padecer peligros como otro

Pa-

Pablo en el desierto, en los caminos, en las Ciudades y en los rios, los padeciese tambien en el Claustro entre falsos hermanos. Convenia, repito, fuese acusado como Joseph y Susana por ser castos; y como nada hay tan malo, ni tan creible, que no se juzgue cierto quando se trata de desacreditar al próximo; ni merezcan atencion, como se explica un Sabio, los mas grandes servicios por la Religion y por la Patria, quando la envidia fomenta, substancia y sentencia el proceso; denunciado Pedro, y juzgado en pleno Capitulo, fué declarado reo de incontinencia, y privado de los actos légitimos. Tanto es la facilidad que hay de ordinario en dar asenso á los detractores, y tanto influxo tiene á veces la emulacion en el juicio de las causas.

Pedro, sin embargo de que nada le redargüía su conciencia, observó en esta ocasion un profundo silencio,

I 3

co-

como Jesu Christo en otro tiempo á presencia de Herodes, altamente persuadido á que Dios que conocia su interior irreprensible, le vindicaria en oportunidad y quando fuese de su beneplácito. Entre tanto duplica sus penitencias, sus humillaciones y vigilijs, gloriándose de padecer inocente á imitacion de su Redentor, al qual encomendaba muy de veras el honor del Santuario, y la salud de sus hermanos.

Asi permaneció por algun tiempo siendo víctima de la obediencia, el que Dios preparaba para que lo fuese de su gloria. Dentro de pocos meses fué declarada su inocencia; y restituído á sus honores y empleos Apostólicos, salió como un río caudaloso, que inunda las campiñas, y marchando con pasos de gigante por los Estados de Florencia, confunde y oprime de nuevo la hydra infernal del Maniqueismo, que hacia en todos ellos miserables estragos. Presenten-

sentábase en todas partes en el pulpito con mayor zelo, y frutos mas copiosos que antes, atrayendo por su humildad profunda, mas gracias cada vez, y bendiciones mas copiosas á sus tareas Apostólicas. Si alguno es del Señor, decia como otro Judas Macabéo, venga conmigo á defender su causa, y perseguir á sus enemigos. La fama de sus milagros públicos y frecuentes le traía gran número de gentes, y las maravillosas conversiones que Dios obraba por su ministerio le conciliaron un respeto universal; de suerte, que venia á ser árbitro del ánimo de los que trataba.

Con el designio de sostener por todas vias la causa de su Dios, instituye aquella célebre y santa Cofradía de Caballeros Cruzados, cuyo principal instituto era hacer frente á la heregía con la pluma, con la espada, y con la sangre. Resolucion noble y generosa, que deberia tener

ner muchos fieles imitadores en nuestro siglo corrompido. Con este poderoso auxilio, y el zelo infatigable de Pedro, vimos, Señor, suprimida en Florencia la secta infame del Maniqueísmo.

Mas nada le parece haber hecho en obsequio de la fé, viendo que el cancer infestaba á toda Italia, y autorizado por Gregorio IX. en 1232. con el titulo de Inquisidor General y Apostólico, se propuso perseguir la heregía y la impiedad hasta el exterminio. Aquí empiezan de nuevo sus trabajos por el Santuario. ¡Qué de aceleradas marchas por desiertos no menos ásperos que los de Egipto, sin otro alimento que el deseo de ganar almas para el Cielo! ¡Qué de certámenes con los hereges, á quienes dexaba confundidos, como otro Elias á los falsos Profetas de Baal! ¡Qué de asechanzas no ponian contra una vida tan preciosa! ¡Qué de veces no pernoctaba en oracion pa-  
ra

ra pedir auxilios á favor de sus mismos enemigos! ¡Qué de ultrages, qué de oprobrios, qué de calumnias no toleró por la Religion! Mientras durare la memoria de los siglos, serán siempre admirables sus trabajos Apostólicos, y los trofeos de su zelo.

Mas ellos mismos le atraxeron la muerte, y en ella su último triunfo. Los Maniqueos que, sobre el ódio implacable que tenian á Pedro desde sus primeros años, se veían abatidos por su sabiduría y por su zelo, desiertos sus conciliábulos, postradas sus esperanzas, y proclamada la gloria del Criador que abominaban, conspiraron al fin contra su vida, sobornando dos asesinos, para que le matasen á su vuelta de Como á Milán, jornada que habia hecho el Santo Fr. Pedro á negocios del Santo Oficio. Ocultáronse estos malvados para executar lo en un bosque cerca del camino, y uno de ellos llamado Carino, le dió con un palo en la  
la

la cabeza hasta derribarle en tierra, donde su compañero Domingo acabó de maltratarle. El Santo Mártir de Jesu Cristo, que tenia muy deseado este sacrificio, incorporándose como pudo de rodillas, pronunció en alta voz el Credo, principalmente aquellas palabras: *Criador del Cielo y de la tierra*, en cuyo momento le atravesaron el costado con un venablo, y revolcándose en su propia sangre, alzó al Cielo los ojos, y repitiendo aquellas palabras de nuestro Redentor sobre la Cruz: *En tus manos, Señor, encomièndo mi espíritu*, le entregó en manos de su Criador.

He aquí, Señores, un breve rasgo de la preciosa vida y muerte del Mártir de la fé por antonomasia: he aquí un hombre de Dios, á quien ha devorado el zelo de su Casa, y sobre quien ha recaído el furor de los enemigos de su gloria; he aquí un Héroe de la Religion que con las armas de la fé ha triunfado del mundo;

do; he aquí un hombre extraordinario dotado por Dios de un zelo informado por la sabiduría, inflamado por la caridad, dirigido por la prudencia, y confirmado por la constancia; digno ciertamente de las aclamaciones de los Pueblos, de la veneracion de la Iglesia, de la devocion de los fieles, del título de Patrono con que este santo Tribunal le proclama, y de la singular devocion que le tienen sus Ministros, restablecida en 1633 por autoridad Apostólica.

Resta solo, Señores, que no seamos nosotros ociosos admiradores de los trabajos de Pedro por la Religion, y de los trofeos de su zelo; es decir, que no miremos con indiferencia los ult ajes de Dios y de su Santuario, por falta de zelo cristiano. Si, Señores, atribuyo á falta de zelo en los padres y superiores, que domine el vicio, que reyne la desenvoltura, que tengan fuerza de ley mil desórdenes

pú-

públicos, que marchen los pecadores levantada la cabeza, que los justos sean oprimidos y reducidos á gemir en secreto los escándalos del siglo. ¿Dónde están, os ruego, entre nosotros los que hacen frente al torrente de la iniquidad? ¿Dónde están los Noés que preparen asilo en el diluvio de vicios que nos inundan? En medio de tanto hombre temerario que osan blasfemar de Dios con audacia, ¿dónde están los Moisés que castiguen á estos sacrilegos? Quando vemos la ley santa del Señor solemnemente violada por costumbre y aun por irrision, ¿dónde estan los Elías que zelen la honra de Dios? A presencia de unas juntas mundanas comparables á los Florales, Lupercales, y Bacanales del gentilismo, donde se mira como un arte el agradar y el seducir, ¿dónde estan los Fineés, que con la espada de su zelo proscriban, destruyan y exterminen la inmodestia de estos impíos? Finalmente,

te, dónde estan los Pedros Mártires, á quienes inflame el zelo del honor de Dios, la gloria de su Santuario, y la caridad de las almas, á vista de tantas máximas detestables esparcidas entre los sciolos y libertinos de costumbres, reliquias abominables de Wolter y sus sequaces, que saldrian con audácia al público, á no tenerles el temor de este santo Tribunal.

Vivimos, Señores, en tiempos difíciles, en que baxo el velo especioso de ilustracion y de buen gusto, se imprimen y esparcen insignes impiedades, mezclando la cizaña con el buen trigo, y ninguna precaucion está de mas. Si se levantára un enemigo manifesto contra la Iglesia de España, sería arrojado de ella; si un enemigo violento, se esconderia de él por ventura. Mas *latet anguis in herba*, y es necesario mucho zelo, para que un poco de levadura no corrompa toda la masa, segun



la sentencia de Jesu Cristo. Nosotros, Señores, servimos al mismo Dios de Pedro, y estamos ligados con los mismos vinculos: debemos, pues, imitarle en promover por todos medios la fé de nuestro Salvador, haciendo frente á todos sus enemigos, y estando preparados como él á ofrecer el sacrificio de nuestra sangre por defender su honor.

Suscitad, ¡Dios mio! el zelo de vuestro siervo Pedro en nuestros dias, para que veamos disipada de toda Europa esta nube opaca de Libertinos, Deistas y Ateistas practicos, estos Apóstoles de la sensualidad, y precursores del Ante-Cristo, que insultan vuestro Santuario, y ultrajan vuestro adorable Nombre. Confundidlos, Señor, conmoved el desierto de sus corazones, atraedlos, convertidlos, para que os conozcan, os amen y confiesen con nosotros, que solo á Vos se debe el honor, la fortaleza, la gloria y la alabanza. Amen. DIXE.

SER-

## SERMON

*De S. Roque,*

Mártir de la Caridad, y Abogado de la Peste.

*Fratres imitatores mei estote, sicut et ego Christi. 1. Cor. iv.*

Si pretendiera hoy formar el elogio de San Roque, por la nobleza de sus ascendientes, ¿qué materia tan abundante no me proveería la excelentísima casa de los Condes de Montpellier, estos célebres Héroes de la historia, que tanto se han distinguido en las armas y en las letras?

Mas



Mas como la carne y sangre, el esplendor ni la grandeza, adquirieron jamas derecho alguno sobre el Reyno de Dios, no fué el terreno Principado, los dotes de naturaleza, ni otros vanos títulos que tanto el mundo aprecia, y con tanto afan solicita, los que elevaron su mérito en la presencia del Señor, ni los que hicieron tan preciosa su memoria en los anales de la Iglesia. La excelencia de San Roque viene de mas alto origen. Consiste en la imitacion de Jesu Cristo, única fuente y principio de la verdadera grandeza. Este adorable exemplar, á quien debemos conformarnos todos, segun la expresion de San Pablo, era el modelo perfectísimo de la imitacion de San Roque. Fixo, pues, en la imagen de Jesu Cristo, este libro abierto de la vida y perfeccion cristiana, admiró en él desde luego su anonadamiento, su caridad, su paciencia; tres dignos objetos de su imitacion, que fielmen-

mente desempeñados, le elevaron al mas alto grado de mérito, á digno protector de los Pueblos inficionados de la peste, y á fiel modelo de la vida Cristiana. Yo no haré mas que recorrer brevemente su preciosa vida, para que le admireis, I. Anonadado, II. Caritativo, III, Paciente á imitacion de Jesu Cristo: tres caracteres que forman su mas digno elogio, y van á ser blanco de vuestras atenciones, y de mis endeblen conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de María Santísima. Saludémosla á este fin rendidamente con el Angel. *Ave María.*

*Fratres imitatores mei &c.*

Jesu Cristo, árbitro soberano de la naturaleza, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, el Unigénito.

Tom. V. K to

to de Dios, á quien vieron los Profetas sostener con tres dedos toda la masa de la tierra, pesar los Cielos, y poner en equilibrio las montañas; Jesu Cristo, repito, cuyo Cetro es la fortaleza misma, luz de la luz, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo, en unidad de Esencia y Trinidad de Personas, queriéndonos manifestar con su exemplo las verdaderas sendas de la justificacion, *se anonadó á sí mismo*, dice San Pablo, *tomando forma de siervo*, el que era por naturaleza en todo igual, y consubstancial al Padre Eterno. Habiéndose dignado por su inmenso amor á los hombres tomar nuestra naturaleza, para reparar nuestra ruina, se entregó voluntariamente desde su mas tierna infancia á la persecucion, á los trabajos, al desprecio, á los oprobrios, y á la muerte ignominiosa en el mayor abandono; siendo conveniente, segun su mismo Oráculo, padecer y sufrir con tolerancia todas

es-

estas cosas, para entrar en su gloria.

He aquí, Señores, el adorable exemplar que se propuso imitar nuestro Héroe por todo el discurso de su vida, para recibir en su muerte el premio y galardón de verdadero discípulo de Jesu Cristo, en que consiste la ingenua exáltacion y gloria de un Cristiano. Hijo único y heredero de los Condes de Mont-Pellier, se anonadó Roque á sí mismo, y mirando con desprecio su nobleza, sus gruesas rentas, con todos los demas títulos vinculados de tiempo inmemorial en su nobilísima Casa y familia, despues de haber repartido todos sus bienes á los pobres, y cedido á un tío suyo el Condado para vivir desconocido y despreciado del mundo, se viste de un miserable saco, y sale qual otro Abrahám de su tierra y de entre sus parientes y amigos, á buscar la verdadera tierra de promision, que el zelo de Dios le inspiraba.

Formemos el paralelo de Roque

K 2 con

con este Padre de los creyentes, que si no es del todò justo, no dexa de ser muy semejante. Abrahám sale de su tierra por un órden expreso del Señor: Roque sale de su tierra y familia por solo un impulso de Dios. Abrahám poderoso entre los suyos: Roque lo era mucho mas. Abrahám lleva consigo á sus mugeres y muchos bienes de fortuna: Roque sale sin compañía y sin llevar nada consigo. Abrahám se dirige ácia una tierra fecundísima, que mana leche y miel: Roque marcha ácia países desconocidos, que solamente la producen sudores y trabajos.

¿Quién no admira una resolución tan generosa? ¿Ó gracia del Omnipotente, tú fuiste el artífice de esta mutacion. ¿Tú que con suavidad y fortaleza sacaste ileso en otro tiempo á Abrahám de Ur de los Caldéos, y á Lot de entre los Sodomitas; tú inspiraste á Roque esta absoluta renuncia del mundo, de sus honores,

ri-

riquezas y placeres. Tú le imprimiste altamente en su alma aquel Oráculo de Jesu Cristo, que pobló en otro tiempo los desiertos, y que ha dado á la Iglesia tanto Héroes: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, dato á los pobres, ven y sígueme.* Mas atento que el jóven del Evangelio, oye como otro Samuél la voz del Señor, y obedece como Paulo, y nuestro Padre Seráfico. Abriga en su corazon esta resolución generosa, concedida por Dios á las almas privilegiadas; y mas desprendido que Ananías y Safira, renuncia de todo para no mentir al Espíritu Santo.

Mas no penseis se contenta con abandonarlo todo por soberbia y ostentacion como Crates, Diógenes y otros muchos Filósofos, que menospreciaron las riquezas. Espíritu mas alto le animaba. Tal era el de imitar y seguir á Jesu Cristo por el camino de las virtudes, en lo qual consiste la perfeccion de la renuncia, y

la victoria del mundo. Si hubiese de referir todas las que Roque practicó durante su preciosa vida, me dilatara mucho, y os causaría fastidio. No hablaré, pues, de su humildad, tan singular en San Roque, que le hacía mirarse á sí mismo con el mas alto desprecio, y solicitar ocasiones de ser tratado de todos como la mas vil criatura. No hablaré de su pureza, esta virtud angélica, y casi desconocida de los mortales, tan sobresaliente en nuestro Héroe, que le servía como de cierta especie de contagio santo, que hacía impresion en los demas. No hablaré de su altísima contemplacion, en que gastaba gran parte de la noche, hurtando así á sus miembros el preciso descanso, para gozar en éxtasis los fervorosos impulsos de su amor á Jesu Cristo, desconocido de los Judios y Gentiles, y despreciado de los Hereges y malos Cristianos. No hablaré de su obediencia á las leyes Divinas y humanas,

nas, quando estas no se oponen á las primeras, tan exácta y escrupulosamente observadas por S. Roque, que siempre dió á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, mirándole como Ministro del Señor, y como Padre comun, á quien se debe la sumision, la reverencia, el amor, y la asistencia por un precepto del Decálogo. No hablaré de la austeridad de sus penitencias, con que afligia y castigaba sus inocentes miembros, reduciéndolos á servidumbre como otro Pablo; de suerte, que mas que hombre, parecia un esqueleto animado, para que su inocencia así mortificada calmase la cólera de Dios irritado contra los pecadores. No hablaré, en fin, de otras muchas virtudes que obtuvo Roque en grado heroico, y que podrian dignamente servir de otros tantos elogios. Limitome por esta vez á su caridad con el próximo, principalmente con los enfermos de contagio: se-

gunda reflexión de este discurso, que paso á ilustrar brevemente.

Quando veis á Roque renunciar de todos sus bienes, y salir de entre su familia y amigos peregrinando á otras regiones, no le mireis, Señores, como á uno de estos vagamundos, que abandonada su casa y sus parientes, discurren por todas partes sin oficio, sin direccion, sin domicilio, y tal vez sin Religion, pasando en ociosidad la vida, á expensas de la misericordia, y en perjuicio de los verdaderos pobres. Fué muy distinta en efecto la peregrinacion de San Roque. Verdadero imitador de Jesu Cristo, ponía todo su conato en conformarse á su vida y acciones quanto le fuese posible. Considera que todos los pasos de este adorable Salvador desde el pesebre hasta la cruz, van dirigidos á beneficio de sus hermanos, y á la reparacion de su salud. Ve sus frecuentes marchas y contramarchas por todas

das las ciudades, villas y lugares de la Palestina, la Samaria, la Galiléa y la Judéa para hacer bien y curar á todos los enfermos. Los coxos, los tullidos, los febricitantes, los ciegos, los endemoniados, los leprosos, los muertos, todos eran objeto de su misericordia, á todos se extendia su beneficencia, porque de él salia una virtud con que sanaban todos, segun la expresion del Evangelio. Nada veía ocultarse al calor de su caridad.

Fixo, pues, Roque en la imagen de su Salvador, le mira como único modelo de su peregrinacion. La caridad con los enfermos le estimula, lo enardece, y le hace exclamar con el Apóstol: ¿Cómo hay quien adolezca, y yo no estoy enfermo? ¿Por ventura en el hambriento no damos de comer á Jesu Cristo? ¿No le damos de beber en el sediento? ¿No le vestimos en el desnudo? ¿No le hospedamos en el huésped? ¿Porqué no le visitaremos en el enfermo, habiéndodo-

donos revelado que todo lo que hi-ciéremos por alguno de sus peque-ñuelos afligidos, lo hacemos por él mismo?

Animado de estas ideas de eter-na verdad, sale Roque de su tierra como un río caudaloso y represado á inundar toda la Italia. Las montañas mas ásperas y escarpadas se allanan y suavizan á presencia de su amor al próximo. Vence la fragosidad de los Alpes, y habiendo sabido que la peste hacia grandes estragos por aquellas amenas y dilatadas regiones, prin-cipalmente por todo el Estado Pon-tificio, camina con pasos de gigante á socorrer á sus hermanos. Llega á las Aguas Taurinas, recorre los hos-pitales, visita los enfermos, los asis-te, cura sus llagas qual piadoso Sa-maritano, pide limosna para proveer-les lo necesario: sale por las calles y plazas, y aun á los caminos en so-litud de enfermos: los carga sobre sus delicados hombros para conducir-  
los

los á los hospitales; los consuela; á unos cura, ó por medio de medicina, ó á fuerza de milagros; á otros so-llicita remedios espirituales para la sanidad de su alma. Hecho todo pa-rra todos como otro Pablo, viene á ser reparador universal del pueblo un so-lo hombre desconocido, pero anima-do de la caridad de Jesu Cristo.

Persigue, para decirlo así, por todas partes al contagio; á donde quiera que hace estragos, allá se di-rige. De Aguas Taurinas marcha á Cesena, de Cesena á Rimini, de Ri-mini á Placencia, de Placencia á Ro-ma; y en todas partes á donde lle-ga hace cesar la peste, formando la señal de la Cruz sobre los enfermos; de suerte, que puede con verdad de-cirse, que resucitó tantos muertos, quantos eran los moribundos. Este nuevo y piadoso Moysés hablaba fre-qüentemente á Dios con confianza; extendia sus brazos en la oracion fer-vorosa que hacia sobre su pueblo, y  
de



de ordinario era tan eficaz este signo como la serpiente de metal que mandó Dios en otro tiempo exaltar en el desierto.

¡Qué espectáculo, Señores, ver á este hombre de Dios, inflamado de la caridad con sus hermanos, circuir á imitacion de Jesu Cristo todas las ciudades, curando todas las enfermedades y dolencias, sirviendo de pie al coxo, de ojo al ciego, de mano al manco, de lengua al mudo, y de vida al moribundo! ¿Qué consuelo para Roma, esta capital del mundo Cristiano, ver entrar por sus puertas, no ya á sus antiguos Emperadores y Cónsules en representacion de un vano triunfo, precedidos de troféos é imágenes de sus mayores, que servían de fomento á su orgullo y su soberbia; sino á un pobre voluntario, pero rico en virtudes, que movido de caridad ácia sus hermanos, viene qual otro Angel benéfico, á mover la Piscina, y desterrar el contagio?

gio? Figuraos, Señores, la afliccion de esta ciudad en los calamitosos tiempos de que hablo, para que podais formar idea de la ardiente caridad de Roque á favor de los contagiados, y la abundante materia que se ofrecia á su zelo. Yacia Roma en las circunstancias deplorables, en que haciéndose sensible la ira de Dios sobre ella por los pecados de sus habitantes, el padre abandonaba al hijo, el hijo al padre, el marido á la muger, la muger á su marido, los hermanos unos á otros, cuidando cada uno de salvarse á sí mismo por la fuga. Los que no podian retirarse por razon de su empleo ó de su oficio, buscaban los mas ocultos escondrijos, para impedir se les comunicase el aire inficionado. Los pobres á quienes faltaban semejantes recursos, venian á ser tristes víctimas de la hambre ó de la peste; y Roma no era otra cosa que cementerio de los muertos, y hospital de los vivos.

Lo

Lo mas lamentable era, que aun escaseaban los remedios espirituales para la salud del alma. El temor de la muerte habia ahuyentado á muchos de los Pastores, y apenas quedaba quien administrase el Pan de vida á los enfermos. Todo era horror, todo desolacion, todo lamento.

En tan deplorables circunstancias entra en Roma San Roque, este nuevo Jeremías amante de sus hermanos. Llorá con amargura de corazon las calamidades que la oprimen, como lamentaba Jesu Cristo las de Jerusalén. Entra en los hospitales, visita los enfermos, recoge á ellos los que estaban ya abandonados por las calles y puertas de la ciudad, esperando el momento de ser lúgubres troféos del contagio; acude presuroso á todas partes, dedicándose á su curacion sin reserva, y sin mas canso que el de algunos momentos. ¿Quién es capaz de numerar los que sanó con solo su contacto? ¿Los car-

bo.

bones, que así se llamaba la enfermedad, que abrió y supuró con la señal de la Cruz? ¿Quántas veces á sus ruegos no multiplicó Jesu Cristo los Panes, como en otro tiempo en el Desierto, para sustento de los convalecientes? ¿Á quantos no hizo sanar del contagio de la culpa por medio de sus exhortaciones? Este varon de Dios poco antes desconocido, viene bien presto á ser un Médico celestial, y un célebre Apóstol de Roma y de toda Italia, que á un tiempo mismo hace cesar en ella el contagio de alma y cuerpo. De suerte, que por mas que él quiera ocultar su santidad, todo el mundo le busca, le sigue, solicita sus consejos, admira sus prodigios, y le proclama Santo. Roque se confunde, refiere á Dios toda la gloria de su ministerio, se pregona á sí mismo por el mayor pecador, y la mas despreciable criatura, y queriendo huir de los aplausos, determina retirarse á don-

de

de nadie le conozca.

Mas siendo tan agradable á Dios por su ministerio caritativo y Apostólico, era necesario que como á otro Tobías, lo probase con la tentacion. Roque habia sido hasta allí una viva imagen de Jesu Cristo en su anondamiento, y caridad con sus hermanos; para que la copia fuese perfecta, era indispensable le imitase tambien en su paciencia en los trabajos. Esto es lo que voy á demostraros en la tercera reflexion. Seguidme sin desmayar.

Jesu Cristo, cabeza de los predestinados, en calidad de Maestro del género humano, se dignó ser el primero en acreditar con su exemplo las máximas fundamentales de su Doctrina. La virtud, segun sus adorables miras, debia perfeccionarse en la enfermedad. La tentacion debia servir de prueba al justo, para que saliese purificado como el oro en el crisol. La paciencia en la adversidad debia

ser

ser mirada por todos sus discípulos como un medio indispensable para la posesion del alma, y consecucion de sus promesas. Hechos á Imagen de Dios, era necesario nos conformásemos á la de su Unigénito, para ser salvos; porque asi como no hay otro nombre en que podamos serlo, que el de Jesu Cristo, tampoco hay otro medio que el de la conformidad con este Divino exemplar.

En consecuencia, para que no pudiésemos alegar excusa en su Tribunal, nos mostró su admirable paciencia en todo el discurso de su vida. La injusta persecucion de Herodes; las incomodidades de su huida á Egipto; la hambre, la sed, las graves molestias que padeció durante su vida; la ingratitud de un Pueblo, á quien habia colmado de inmensos beneficios, curando sus enfermos, sanando sus coxos y tullidos, resucitando sus muertos, y dando á todos documentos de vida eterna; la

Tom. V.

L

ne

negra perfidia con que este mismo Pueblo le persigue, le injuria, le calumnia, y le condena abandonado á una afrentosa muerte, fueron otros tantos motivos de prueba para su adorable paciencia, que conservó siempre ileso, y otros tantos estímulos de sufrimiento y conformidad para San Roque.

Habiendo ya imitado á su Maestro en anonadarse tomando forma de siervo; en la renuncia y desprendimiento del mundo; en el laborioso ministerio de asistir y curar á los enfermos, para imitar su caridad con sus hermanos, ¿qué le restaba sino ser víctima de esta caridad misma en espíritu de sufrimiento, de humillacion é inalterable paciencia, para su conformidad con Jesu Cristo en vida y muerte? Renovad aquí vuestra atencion para alabar á Dios, que es la fortaleza de sus Santos. De resultas de su caritativo empleo se le pegó finalmente á Roque el contagio.

Una

Una fiebre pestilente empezó á devorarle con los dolores mas agudos. ¿Quién creyera, Señores, que aquellos mismos á quienes con tanta caridad habia asistido y curado sacándolos de entre las fauces de la muerte, no usarán con él de misericordia, viéndole en tan deplorable estado? Pero así sucedió en efecto. El que poco antes era mirado en Italia como el hombre de Dios, como el Angel de la Piscina, como un nuevo Moisés destinado para salud de los pueblos, bien presto es desconocido, abandonado, perseguido y arrojado de aquellas Provincias.

Pero nada de esto altera el sufrimiento de Roque, su caridad que hasta allí habia sido benigna, empieza ya á ser paciente. Arrojado de la sociedad de los hombres, se abandona en manos de la Providencia. Se retira al campo, elige por techo un árbol, y por lecho la tierra, comun madre; allí espera con gozo espiri-

L 2 tual

tual la consumacion de su carrera. Víctima preparada de la caridad con el próximo, aun no es hora de que recibas el premio y laureola de tu sacrificio. Ahora empieza el exercicio de tu paciencia. Dios que en otro tiempo alimentó en el Desierto por ministerio de un Angel á Elias fugitivo de la impia Jezabel, y que por medio de un cuervo proveyó de sustento muchos años al primer Eremita San Pablo, socorrió á San Roque por medio de un perro que diariamente le llevaba el pan necesario para no fallecer.

Así permaneció por algun tiempo, manifesto solamente á los ojos de Dios, hasta que el dueño del perro, movido de curiosidad, le siguió, y descubrió el prodigio. Dió cuenta al Señor del territorio, que justamente era el tío materno de Roque, á quien él habia cedido el Principado. Este hombre desapiadado, lejos de moverse á compasion á vista de un

enfermo cubierto de pies á cabeza como otro Job, de una vasta llaga, le reputa por espía, y como á tal manda le prendan, y le arrojen en una estrecha y obscura cárcel. Aquí muere desconocido y abandonado de sus mismos súbditos, tratado con el mayor desprecio é ignominia, sin asistencia, sin luz, sin alimento.

¡Ó Dios! si hubiese sido lícito á Roque en la ocasion usar de un lenguaje humano y puramente carnal, se hubiera quejado á Vos con el santo Job, que os habiais convertido todo en severidad. ¿Son estos por ventura los gages y recompensas de la caridad con el próximo, que tanto recomendais? ¿Es este el centuplo que debe recibirse por las buenas obras?

¡Ah! Señores, hagamos enmudecer la debilidad de la razon humana, para entrar en el espíritu de la Religion. Nada mas fácil á Roque que haberse manifestado á sus vasallos,

para ser obsequiado y tratado como debia. Mas en el designio que tenia de imitar á Jesu Cristo, padeciendo todo género de afrentas por sus hermanos, no quiso como otro Alexo manifestar su nombre, para sufrir mas, y morir abandonado como su adorable Maestro; como un hombre, digo, que no tiene redarguciones en sus labios, como un cordero inocente que muere sin lamento; como una hostia pacífica, y víctima preciosa de caridad: finalmente, como un perfecto imitador de Jesu Cristo en vida y muerte, que se gloria en su cruz como otro Pablo.

Este es, Señores, Roque, vuestro Patrono, hombre extraordinario, que desprendido de todo lo terreno, se anonada á si mismo, toma forma de siervo, peregrina desconocido por asistir á sus hermanos enfermos; hombre de caridad singular, que hecho todo para todos á fuerza de sudores, oraciones y penitencias, logra apa-  
gar

gar el contagio, y apartar la ira de Dios de sobre Italia; hombre de extremo sufrimiento y paciencia, que contagiado él mismo, perseguido y arrojado de aquellos mismos Pueblos á quienes habia alcanzado la salud, vuelve á su patria, donde muere en duras prisiones desconsolado, abandonado y en el mayor desamparo.

Así lo permitió Dios para perfeccionar la virtud de Roque, formando en él una imagen fiel de su adorable Hijo en la humillacion de si mismo, en la ardiente caridad con sus hermanos, en su admirable paciencia en la adversidad. Todo á fin de presentarnos en su conducta un exemplar de la vida cristiana, un modelo de imitacion aun entre las criaturas, y un poderoso protector de los Pueblos contra el terrible azote de la peste. Por tal le declaró en el siglo XV. el Concilio general de Constanza, cuyos Padres en ocasion de una gravísima peste, im-

ploraron su proteccion con feliz éxito. Para no desmerecerla nosotros, y tenerle siempre grato, á fin de desterrar todo contagio de alma y cuerpo, procuremos imitarle en su humillacion y renuncia de todo lo terreno, en su oficiosa caridad con sus hermanos, principalmente los enfermos, en su paciencia inalterable en las tribulaciones de esta vida, para conformarnos como él á la adorable imagen de Jesu Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reyna Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SER-

## SERMON

De S. Nicolás de Bari,

OBISPO DE MIRA.

*Talis decebat, ut esset nobis Pontifex... innocens.... segregatus à peccatoribus.... qui vocatur à Deo tanquam Aaron.... ut possit condolere iis qui ignorant, et errant. Ad Hebr. vii.*

Convenia tuviésemos un tal Pontífice; esto es, Santo, inocente, sin mancha, segregado de los pecadores. Nadie toma para sí este honor, sino el que es llamado por Dios como Aaron; de suerte que pueda compadecerse de los que ignoran y yerran.

Así habla San Pablo á los Hebreos,

des-

ploraron su proteccion con feliz éxito. Para no desmerecerla nosotros, y tenerle siempre grato, á fin de desterrar todo contagio de alma y cuerpo, procuremos imitarle en su humillacion y renuncia de todo lo terreno, en su oficiosa caridad con sus hermanos, principalmente los enfermos, en su paciencia inalterable en las tribulaciones de esta vida, para conformarnos como él á la adorable imagen de Jesu Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reyna Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SER-

## SERMON

De S. Nicolás de Bari,

OBISPO DE MIRA.

*Talis decebat, ut esset nobis Pontifex... innocens.... segregatus à peccatoribus.... qui vocatur à Deo tanquam Aaron.... ut possit condolere iis qui ignorant, et errant. Ad Hebr. vii.*

Convenia tuviésemos un tal Pontífice; esto es, Santo, inocente, sin mancha, segregado de los pecadores. Nadie toma para sí este honor, sino el que es llamado por Dios como Aaron; de suerte que pueda compadecerse de los que ignoran y yerran.

Así habla San Pablo á los Hebreos,

des-



describiendo los caracteres del Unigénito de Dios, Pontífice eterno segun el orden de Melchisedech, origen y exemplar de todo Sacerdocio, y mas elevado que los Cielos. Y las mismas palabras, guardando siempre las debidas proporciones, no dudo yo adoptar en elogio de un Héroe de nuestra Religion, que habiéndose conservado inocente y segregado de los pecadores durante su vida, llamado por Dios al Pontificado, supo compadecerse de todas las miserias de sus hermanos: hablo de San Nicolás el Grande, como la Iglesia Griega le nombra; varon extraordinario. "electo desde el vientre de su madre, segun la expresion de San Bernardo, Santo desde su niñez, gloria de la juventud, reverencia de los ancianos, honor de los Sacerdotes, esplendor de los Pontífices, cuyas virtudes y milagros alaba toda la tierra con sus habitantes:" hombre incomparable, llamado por Dios como otro Aarón

al

al Sacerdocio, para que conduxese á un Pueblo numeroso por las sendas de la justificacion; Pastor singular, no solo reverenciado de los fieles, sino tambien de los paganos; porque compasivo con todos, hace sentir su beneficencia al mundo entero, como se explica San Pedro Damiano. Yo no haré mas que presentaros algunos rasgos de su vida admirable, para manifestaros, I. su santidad, II. su vocacion al Obispado, III. su fidelidad en el ministerio: tres breves reflexiones que dividen su elogio, y que deben ser miradas como otras tantas saludables instrucciones á los Seculares y Eclesiásticos, de qualquier grado y condicion que sean. Ayudadme, pues, todos á pedir las luces del Espíritu Santo, postrándoos con la debida sumision y rendimiento, ante aquel augusto y adorable Señor Sacramentado, origen y principio de toda gracia. *Ave Maria.*

Ta-

*Talis decebat &c.*

**C**omo Dios crió todas las cosas en número, peso y medida para los altos fines de su providencia, quando produjo á Nicolás para Obispo de Mira, le previno desde luego con aquellas bendiciones de suavidad y de dulzura, que le hiciesen digno de tan alto ministerio para edificación de su Iglesia. Infundióle la ciencia de los Santos, anticipándole el uso de la razon, para que desde su tierna infancia admirasen todos en él un perfecto modelo de santidad. Apenas nace, viene á ser un prodigio para todos, segun la expresion del Rey Profeta. ¿Quién pensais será este infante? podian justamente decir de Nicolás los habitantes de Patara, como del Bautista preguntaban los de las montañas de Judéa. ¿Quién vió jamas esta maravilla de no tomar el pecho de

de su madre sino sola una vez en ciertos dias? Sabemos que Moysés no queria tomarlo de las Egipcias; pero esto lo hacia, segun un grave Historiador, por huir del comercio con una nacion enemiga de Dios, como si temiese mamar con la leche sus depravadas costumbres. Mas en la nodriza de Nicolás, muger virtuosa y llena de piedad, no habia que temer este peligro. Su abstinencia, pues, provenia de otro principio. El Señor que le habia anticipado el uso de la razon, le hizo conocer que siendo reo del pecado el infante aun de un solo día, era asimismo sugeto de penitencia; y que siendo agregado á la milicia de Jesu Christo por medio del Bautismo, se debia preparar para el combate contra cierta clase de demonios, que solo pueden ser arrojados con la oracion y el ayuno. Dióle á entender igualmente, quanto importa la mortificacion quando niños, para adquirir

este feliz hábito en lo sucesivo; y que debiendo todo Cristiano conformarse á la imágen de Jesu Cristo inocente, crucificado, y penitente, debia hacer sus primeros ensayos por imitarle desde el pecho de su madre.

¡O gracia de mi Dios! Tú sola fuiste el artifice de tan extraña maravilla, de tan riguroso ayuno, de tan temprana penitencia. Tú sola preveniste á Nicolás con tan singulares bendiciones, para conservarle en su inocencia, haciéndole caminar por las sendas de la justificacion desde su infancia. El justo, dice el Eclesiástico, encaminará su corazon á buscar de madrugada al Señor que le crió, porque está revelado, que los que velan para hallarle de mañana, le encontrarán.

Ilustrado Nicolás desde su cuna del conocimiento de estas verdades, como el ciervo las fuentes de las aguas, solicita las de su Salvador, pa-

para refrigerar la llama de su encendido espíritu. Este se confortaba á proporcion que crecia, como otro Bautista, porque estaba con él la mano del Señor. Al ayuno añadia la oracion, á la oracion la limosna, á la limosna las vigiliass, á las vigiliass la piedad, á la piedad la austeridad de vida, á ésta la contemplacion.

¿Mas para qué me canso? La vida irreprehensible de este nuevo Tobias será siempre venerada en los Anales de la Iglesia, como un raro exemplar de la juventud cristiana, y como un terrible fiscal de sus frecuentes desórdenes. Oid la conducta de Nicolás, jóvenes disipados, que correis tras de las delicias y placeres del mundo, como si en ellos consistiese vuestro fin último: hablo con vosotros los que adoptando el lenguaje de los impíos que describió el Sabio, decís como ellos en vuestro corazon ingrato: *gocentós de los bienes que hecy, y usemos de las criatur-*

## 176 SERMONES

ras antes que se pase la juventud; llenémonos de unguentos y de vino precioso, antes que pase la flor de nuestra vida; coronémonos de rosas antes que se marchiten; no haya prado que no pasee nuestra luxuria, y dexemos por todas partes señales de nuestra alegría.

¡ Insensatos! ¿ no conocéis la notable diferencia que hay entre vuestras obras y las de Nicolás; es decir, entre las obras de Dios, y las de tinieblas? Vosotros correis á los espectáculos, Nicolás á los Templos; vosotros buscáis cómplices que os hagan compañía en vuestros desarreglos, Nicolás huye de la sociedad de los malos; vosotros pasáis vuestra vida en los placeres, Nicolás en ejercicios de piedad y de penitencia; vosotros no estudiáis sino en pasarlo bien para gozar del mundo, Nicolás solo procura hacerse violencia para adquirir el Reyno del Cielo; vosotros, en fin, os conformais al siglo,

vi-

## VARIOS. 177

viviendo segun sus máximas; Nicolás abstraído del mundo, solo vive para Dios y para bien de sus hermanos. ¡ Qué confusion la vuestra quando le veais levantarse á declamar contra vosotros en el tremendo juicio! Pluguese á Dios fuese yo en esta parte un falso profeta, como lo deseaba en otro tiempo Michéas, y que no vieseis alegrarse á este justo en la hora de la venganza, ni lavarse sus manos en vuestra sangre, como David se explica. Pluguese al Señor, repito, que la vida austera y penitente de Nicolás os sirviese de freno y correctivo como á los jóvenes de su tiempo.

En efecto, este Angel de paz componia sus discordias; arreglaba sus diferencias, extinguia sus odios, y haciéndolos amigos, los encaminaba á Dios. De aquí el título de Protector de la juventud, con que la Iglesia le venera, de aquí el ascendiente que Nicolás tenia no solo sobre

Tom. V. M bre

bre los jóvenes sus coetaneos, sino sobre toda clase de personas. Todo el mundo le sigue, le aplaude, solicita sus consejos, obedece sus órdenes. Nada mas frecuente que un innumerable concurso de gentes de todas edades, de todas condiciones y sexos, buscándole para decirle como á otro Simon Macabéo: *Tú serás nuestro Xefe, y nosotros harémos lo que tú nos mandes.*

Este general aplauso que tanto lisonjea al amor propio, que sirve á veces de escollo aun á las personas de virtud, era para Nicolás una de sus mayores mortificaciones, y que mas le humillaban. Queriendo, pues, vivir remoto del aura popular, huye presuroso á la soledad, donde habla Dios al corazon, y toma la Cogulla en el Monasterio de Sion, cerca de Mira. Aqui gime como inocente paloma entre los agujeros de las peñas los crímenes y escándalos del siglo, haciendo progreso de virtud

tud en virtud, para perfeccionar su santidad.

Hecho Abad de Sion por el Obispo fundador del Monasterio, se emplea totalmente en la edificación de sus hermanos, no tanto con sus palabras, como con sus exemplos. La caridad en socorrer al necesitado parecia ser su virtud característica. Entre otros muchos exemplos será siempre memorable lo que usó con tres doncellas, que estando ya próximas á ser entregadas á la prostitucion por su mismo padre, á causa de su pobreza, en tres noches seguidas echó á cada qual una suma competente de dinero por la ventana, con que sufficientemente dotadas, contraxeron matrimonio, y evitaron las ofensas de Dios. Tales eran los ejercicios de Nicolás durante su vida privada, y profesion monacal. Pero ya es tiempo que digamos algo de su vocacion al Episcopado, segunda reflexion de este discurso.

La eleccion de estado en general pide tanta circunspeccion, que para salvarse en él, necesita el hombre la vocacion de Dios; porque segun el Evangelio, *el que no fuere plantado por el Padre Celestial, será arrancado, y nadie puede venir al Hijo, sin que el Padre lo traiga.* De aquí la grande atencion que debe ponerse, segun los Teólogos, para la eleccion de estado. Esta no debe ser fruto del interes y del capricho, sino de la oración y del consejo; pues de nada menos se trata que de la gloria de Dios; de la santificacion de sí mismos, y bien de la sociedad en comun. ; Quántos pecados no habria ménos en el Pueblo cristiano, si para abrazar un estado se consultase mas la voluntad del Señor, que nuestro interes, ó el amor propio!

¿Y qué diremos de la vocacion al ministerio-Sacerdotal, y direccion de las almas? ; Qué de la elevacion á la dignidad Episcopal para condu-

cir el rebaño del Salvador? ; Preeminencia incomparable, Señores, sublime honor! pero en que ninguno debe ingerirse, dice San Pablo, sino el que fuere llamado como Aaron. *Ni aun Cristo, segun el Apóstol, se clarificó á sí mismo para entrar en la gloria del sumo Sacerdote. El Padre que le dixo: tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy, es el que le dice: Tú eres el eterno Sacerdote, segun el órden de Melchisedech!*

El Dios que es el único que penetra los corazones; el único que conoce los que son suyos; el único que sabe los pensamientos de los hombres, es asimismo el único que ve en nosotros lo que nosotros mismos no vemos; porque su infinita Sabiduría no se limita á lo que somos, sino que se extiende á lo que seremos. Asi por mas que nos lisonjeemos de nuestra vocacion al ministerio, atendidas las miras humanas, ó nuestra propia inclinacion, no debemos abrazar el es-

tado sin consultar antes la voluntad de Dios, que junto con la senda del águila por los ayres, con la de la serpiente sobre la tierra, y con la del navío por la mar, reservó para sí el conocimiento del camino del hombre en su juventud. Es, pues, á Dios á quien debemos dirigirnos para que nos inspire la elección de estado, explorando en la oracion su beneplácito, y empleando mas tiempo en hacernos dignos del ministerio de las almas, que en solicitarlo, tal vez por medios iniquos. Léjos de los ministros del Señor todo espíritu de orgullo, para que no incurran en el juicio del demonio, segun la expresion de San Pablo.

“Conviene, dice este Apóstol, que el que haya de ser Obispo, sea irreprehensible, sobrio, prudente, adornado de virtudes, modesto, hospitalero, sabio; no litigioso, no avariento, buen prepósito de su familia; pues si no sabe gobernar su casa, ¿cómo

mo cuidará de la Iglesia de Dios? Es menester asimismo que tenga buena fama entre los extraños, para no caer en el oprobrio, y lazo del diablo.”

He aquí, Señores, los caracteres de un perfecto Obispo, y he aquí los dones con que Dios habia prevenido á Nicolás, para llamarle como á Aaron al ministerio. En efecto este varon Apostólico, dechado de todas las virtudes, habiendo vuelto de la Palestina de visitar los santos Lugares, por inspiración del Señor se dirigió á Mira, Metropoli de Lycia, cuyo Prelado habia muerto á la sazón. Consultaban los Obispos Provinciales, á quienes correspondia, sobre la elección de sucesor. Pero Dios, custodio vigilante de su Casa, les inspira reunan los sufragios en el primero que á la mañana siguiente entrase en la Iglesia llamado Nicolás. Empleada esta precaucion, fué á su entrada aprehendido nuestro Santo,

que á imitación de David tenia costumbre de madrugar para alabar al Señor.

¡Qué confusión para Nicolás ser así sorprendido para tan alta dignidad! ¡Qué mortificación tan grave para su humildad profunda, que le hacía pensar de sí mismo con el mayor desprecio! Mas como Dios no crió la luz para que estuviese oculta, sino para iluminar á los de su santa Casa, á pesar de las reiteradas protestas de su ineptitud para tan elevado ministerio; de comun acuerdo de todos fué elécto y consagrado Obispo de Mira.

¿Quándo volveréis vosotros, tiempos felices, siglos religiosos, en que consultando la voluntad de Dios, y el bien de su Iglesia, sean propuestos y elevados al ministerio únicamente los mas dignos? ¿Quándo veremos con edificación del Cristianismo, que lejos de ingerirse á las dignidades por pretensiones, cabalas y

sup

M

re-

resortes tal vez criminales, sea necesario competir por obediencia á los que han de ejercer las funciones del Pontificado? ¿Quándo veremos que los superiores á imitación de los Apóstoles, solo eligen por dispensadores de los misterios de Dios á hombres llenos del Espíritu Santo, y de sabiduría? En esta hipótesi habria mas Aarónes, Samúeles, Ambrosios y Nicoláses, que Sobnas, Menelaos y Jasónes; porque la vocacion legítima al ministerio, siendo de Dios, viene siempre acompañada de la gracia, con la qual únicamente pueden desempeñarse las augustas funciones del Pontificado. Temblad, pues, y estremecedos los que aspirais á los cargos del Sacerdocio con miras puramente humanas. Temed que el Príncipe de los Pastores os diga un día como á Sobna por Isaias; ¿qué haces aquí? En castigo de haberte ingerido al ministerio de los Altares, voy á arrojarte en una pobreza ver-

est

gon-



gonzosa. El carro de tu pompa y vanidad será reducido á una corona de males. Yo te despojaré del ministerio, y llamaré á mi siervo Eliacim, trasladando á él toda tu potestad y tus vestidos. Oid Sacerdotes, atended Casa de Israel, os hablo con el Profeta Oseas, Dios va á exercer con vosotros sus terribles juicios, *quoniam luqueus facti estis speculationi, et rete expansum super Tabor.* El Señor pide en vosotros toda la inocencia de vida, la santidad de costumbres, el ejercicio de las virtudes, la vocación legítima al estado, para que seais como Nicolás, fieles dispensadores de sus misterios, compadeciendo de vuestros hermanos: tercera y última reflexión de este discurso.

Apenas sintió Nicolás sobre sus hombros el grave peso del Obispado, formidable aun á las fuerzas de los Angeles, como se explica el Santo Concilio de Trento, puso todo su conato en corresponder con fidelidad á las

las sagradas funciones de su ministerio, hecho todo para todos como otro Pablo. Reflexiona atentamente la estrecha cuenta que ha de dar al Príncipe de los Pastores sobre la salud y alimento del rebaño que le ha encomendado, y la rigurosa obligación en que se halla de solicitarte el pasto espiritual y temporal. Este doble objeto enciende su corazón compasivo, y como si tuviese sobre sí el cuidado de todas las Iglesias, trabaja incesantemente por la gloria y el honor de todas, que consiste en sostener con zelo la verdad y pureza de la Religion de Jesu Cristo. Nada más frecuente que sus instrucciones catequísticas al Pueblo, ofreciendo leche á los párvulos, y manjares más sólidos á los perfectos. En cumplimiento del ministerio de dispensador fiel de sus misterios que Dios le habia encomendado, predica á todas horas su Doctrina, insta oportuna é importunamente sobre la obediencia

diencia á sus preceptos; arguye, reprehende, corrige con fortaleza y suavidad á los transgresores; cura con admirable caridad las dolencias de su rebaño; busca con indecible vigilancia las ovejas descarriadas, las carga sobre sus hombros para reducir las á su grey, defendiéndolas sin cesar de los continuos asaltos de los lobos infernales que pretenden devorarlas. El Altar, el Pulpito, el Confesonario eran la ordinaria ocupacion de este varon Apostólico, modelo de los mas fieles Pontífices de la Iglesia de Jesu Cristo. Allí ofrecia diariamente por la salud de su rebaño aquella Hostia pacífica, aquel immaculado Cordero que quita los pecados del mundo; aqui distribuye á todos el precioso pan de la doctrina y palabra de Dios, que es el sustento espiritual del alma cristiana; allí desata de sus fuertes ligaduras y reconcilia con Jesu Cristo al pecador arrepentido, por medio de la absolucion

-usio

Sa-

Sacramental; aquí en fin les distribuye el verdadero Pan del Cielo, el Cuerpo, digo, y la Sangre del Salvador, su Alma, su Divinidad, sus Atributos; de una vez, al mismo Verbo humanado por nuestro amor para su alimento y fortaleza en la peregrinacion y destierro de éste valle de lágrimas.

A la solicitud en su ministerio Episcopal unía Nicolás sus continuos ejercicios de piedad y de las virtudes mas sublimes. La modestia, la moderacion, el silencio le eran bien familiares. Su profunda humildad le hacia juzgar de sí mismo con el último desprecio. Su recato y pureza Sacerdotal eran una especie de contagio santo que pasaba á los demas. Continuo en la oracion, frecuente en las austeridades, inmóvil en la paciencia, le hacian admirar como un hombre de Dios, que viviendo aún sobre la tierra, conversaba únicamente con el Cielo. En fin, su fer-

vo-

voroso amor á Dios, y la tierna caridad con sus hermanos, que manifestaba en todas sus obras, serán siempre el más auténtico testimonio de su fidelidad Episcopal. Será siempre memorable en los anales de la Iglesia su misericordia con los pobres. Esta virtud príncipe, fruto de la caridad, y estímulo de ella misma, creció en Nicolás como en otro Job, desde su infancia, llegando al heroísmo en su Pontificado. Considera los bienes de la Iglesia como augustos monumentos de la piedad de nuestros mayores, destinados al culto de Dios, á la decencia de sus Ministros y socorro de los necesitados: considera, que toda otra inversion es criminal á los ojos del Altísimo: considera, que el Señor le ha destinado por protector del pobre, y amparo del huérfano. Animado, pues, de estas ideas, vela incesante sobre las necesidades de sus próximos, sirviendo de pie al tullido, de ojo al ciego,

de

de consuelo al enfermo, de amparo á la viuda, de defensor al huérfano; pudiendo decir como otro Ambrosio: socorremos la miseria de nuestros hermanos todo quanto podemos, y á veces mas de lo que podemos. ¿Quántas veces no cercenaba Nicolás su propio alimento para distribuirlo á los pobres? ¿Quántas no multiplicaba el Señor los panes como en el Desierto, para consuelo de la misericordia de su siervo? Sus tesoros por esta via eran inagotables, y Nicolás tenia una especial fruicion en socorrer con ellos á los afligidos. Como lo que se hace por qualquiera de los pequeñuelos, lo recibe Jesu Cristo como hecho á favor de sí mismo, segun la expresion del Evangelio; Nicolás le visitaba enfermo y encarcelado, le vestía en el desnudo, le socorria en el sediento, le hospedaba en el peregrino, le alimentaba en el hambriento, alegre con la dulce esperanza de oír en el último dia, ven, ben-

bendito de mi Padre, á poseer el Reyno que te está preparado desde la creacion del mundo, porque me visitaste enfermo, me hospedaste peregrino, me socorriste sediento, y me vestiste desnudo. Bienaventurado, ¡ó mi Dios! el que así vela sobre el necesitado y el pobre; él estará á cubierto de vuestro furor en el día de la ira.

¡Que no pueda yo, Señores, detenerme á mostraros con extension todos los pasos de este Evangelista de la paz, de este varón Apostólico, y fiel dispensador de los misterios de Dios! Baste decir, que procediendo desde su tierna infancia de virtud en virtud, de claridad en claridad, hasta llegar al colmo de las mas sublimes virtudes, fué llamado por Dios como Aaron al Sacerdocio, como un Pontífice justo, laborioso, zeloso de la honra de su Señor, y de la salud de las almas, compasivo de sus hermanos, exemplar de Cristianos, y

de

de Prelados de la Iglesia. Digno ciertamente de las bendiciones de Dios, de las aclamaciones de los pueblos, y de la pública veneracion de la Iglesia, que le ha invocado siempre como á uno de sus pastores mas zelosos, como á uno de sus mas poderosos protectores.

Los Templos erigidos á Dios en su memoria poco tiempo despues de su preciosa muerte, son una prueba auténtica de esta verdad, y un testimonio ilustre de la rara santidad de este siervo fiel y prudente, colocado por el Señor sobre el candelero del Santuario para iluminar á los de su santa Casa. Á principios del siglo V. era ya titular de quatro Iglesias en Constantinopla, quando el Emperador Justiniano construyó en su honor la quinta en el Quartel de Blaquerne. Los Moscovitas que recibieron la historia de su vida de los mismos Griegos, le tuvieron en la mayor veneracion despues de los Apóst.

Tom. V.

N

10-

toles. En todo el Occidente se le daba ya culto tres siglos antes de su translacion á Bari. El maravilloso licor que destilan sus huesos, y reliquias, y los frecuentes milagros que Dios ha obrado siempre por su intercesion, hicieron bien presto célebre su culto y su memoria sobre toda la tierra. El pobre, la viuda, el afligido, el náufrago, el calumniado, el perseguido hallaron siempre asilo, remedio y defensa en su proteccion.

Resta solo, Señores, no seais ociosos admiradores de las sublimes virtudes, y gloriosa exáltacion de S. Nicolás de Bari. Su vida debe ser norma y modelo de la vuestra. En esto consiste su verdadero culto, y esta es la mente de la Iglesia quando le presenta á nuestra veneracion sobre los altares. Imitad, pues, su zelo, su piedad, su inocencia de vida, su ardiente amor á Dios, su misericordia con los pobres, su tierna cari-

dad

dad con sus hermanos, y le hallaréis propicio en todas vuestras necesidades, y obtendreis por su medio gracia y perseverancia final, para complacer á Dios en vida, y gozarle en la eterna y feliz bienaventuranza, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



## SERMON

DE S. JUAN NEPOMUCENO,

Abogado de la honra, y Protomártir del sigilo sacramental.

*Sapientiam et fortitudinem dedisti mihi. Daniel. 2.*

Gracias te doy, y alabanzas, ó Dios de nuestros Padres, por haberme dado sabiduría y fortaleza.

SEÑORES.

**A**sí habla Daniél, este Profeta del Señor, tan distinguido y aclamado en las Cortes de Nabucodonosor, Baltasar y Darío, y que tanto tuvo que sufrir en ellas, por sostener la causa de

de su Dios. Y las mismas palabras no dudo yo poner en los labios de un Héroe de la Religión tan deseado y exáltado en el Palacio de Wenceslao, Rey de Bohemia, y Emperador de Alemania, y que despues de padecer las mas atroces crueldades, fué martirizado finalmente en defensa y honor de su ministerio. Hablo de San Juan Nepomuceno, este Varon Apostólico elevado á los primeros empleos de la Corte, no por la intriga, la adulacion y la cabala, tan comun en estos grandes teatros, sino por su rara sabiduría y excelentes calidades; admirándose en él como en compendio la pureza del Evangelista, la predicacion del Bautista, la eloquencia del Crisóstomo, el sigilo de San Juan Silenciaro, y la caridad del Limosnero. Hombre verdaderamente extraordinario, que siendo el vasallo mas fiel á su Príncipe, supo sostener con firmeza las verdades de la Religión, sin faltar

jamás á los derechos inviolables de Jesu Cristo, por condescender vilmente á las pasiones de una Magestad subalterna. Varon de Dios, y digno modelo de los Sacerdotes destinados por el Señor á anunciar sus adorables juicios en los grandes Teatros del mundo. Su caracter, pues, fué la sabiduría y fortaleza. Yo no haré mas que exponeros algunos breves rasgos de su preciosa vida, para demostraros, I. La admirable sabiduría de este célebre Cortesano para manifestar las verdades, y dirigir las almas. II. La invencible fortaleza con que sostuvo hasta la muerte los derechos de Dios contra los desertotes de la moral de Jesu Cristo. Dos reflexiones que comprehenden su mas digno elogio, objeto de vuestras atenciones, y de mis débiles conatos. Pidamos la gracia del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de Maria Santisima. *Ave Maria*, *uoisiteH al ab. zobanov*

*Sapientiam et fortitudinem &c.*

Por poco que reflexeis sobre la vida del Nepomuceno, le admirareis, Señores, por un verdadero sabio en la carrera de sus estudios, en el ministerio de la palabra, y en la direccion de las almas. Su madre no ménos piadosa que la muger de Elcana, le habia consagrado desde luego á los pies de los altares, para devolver á Dios el fruto que misericordiosamente le habia concedido. Queriendo, pues, fuese útil al Santuario, despues de haberlo instruido en los rudimentos de la fé, y en el santo temor de Dios, que es la primera obligacion de los padres, lo envió á estudiar Gramática y Artes á Strazze, poco distante de Nepomuk su patria. Aqui dió Juan desde luego señales nada equívocas de su grande aplicacion é ingenio. Por manera

que bien presto mereció ser condecorado con las ínfulas de Maestro.

De Staaze pasó á la Universidad de Praga, fundada por Carlos IV. Rey de Bohemia, sobre el modelo de la de Paris y Bolonia. Se aplica á los derechos, aventajándose en breve á mas de 400 estudiantes que en ella numeraban. Este nuevo Moysés, como se explica un sabio Orador, posee igualmente las fábulas de Egipto, que la Historia sagrada; este nuevo Nehemías se instruye bien presto no ménos en las Leyes políticas, que en las Divinas; este nuevo Esdras viene bien presto á ser tan juicioso intérprete, como escrupuloso observador de la ley. Recibe con general aplauso el grado de Doctor en ambos derechos. Los condiscípulos le admiran, los maestros le consultan, los ciudadanos le miran como Oráculo, y el Obispo como apoyo de la Religión; todo el mundo le busca, le aplaude, pen-

pende de sus labios. Juan se humilla, se anonada, huye á la soledad donde Dios habla al corazón.

Mas el estudio de la Teología, facultad principal de los Ministros del Santuario, al qual estaba consagrado por sus padres, debia excitar la atencion de Juan. Matricúlase en efecto en ella, y hace en breve tales progresos, que la Escritura, la Tradicion, el Dogma, los PP. y las verdades mas sublimes le son bien presto familiares. Recibe el grado de Doctor en esta facultad príncipe, que al paso que ilustraba su entendimiento para penetrar los mas altos misterios, encendia su voluntad en el fervoroso deseo de ser útil á la Religión. El zelo de la honra de Dios, y de la salud de las almas, lo estimula, lo abrasa, lo devora. Aspira al Sacerdocio, preparándose con ejercicios espirituales, y se ordena para tener ocasion y caracter proporcionado de difundir á beneficio de sus her-



hermanos aquellas verdades Evan-  
gélicas, únicamente capaces de ha-  
cerlos felices y agradables al Señor.

Animado de este espíritu de ca-  
ridad con el próximo, empieza Juan  
la carrera de su Apostólico ministe-  
rio el día mismo en que celebró su  
primer sacrificio; porque no sufría  
en él dilaciones la gracia del Espí-  
ritu Santo. Del altar se traslada al  
púlpito á difundir sobre sus oyentes  
las luces de su admirable sabiduría,  
y de su rara eloqüencia. Esta no con-  
sistia en discursos brillantes, en ideas  
ingeniosas, mas propias para captar  
el aplauso, que para edificacion del  
espíritu; no estrivaba en la vana os-  
tentacion de figuras y palabras per-  
suasivas de la sabiduría humana, si-  
no en la manifestacion del espíritu y  
de la virtud, como la de otro Pablo.  
Verdadero imitador de este Apóstol,  
quando anunciaba al Pueblo las ver-  
dades del Evangelio, se gloriaba de  
saber únicamente á Jesu Cristo cru-

cificado. Sus inmensos beneficios al  
género humano, y el modo de cor-  
responder á ellos; el amor de Dios  
y de sus criaturas; la fealdad y enor-  
midad de la culpa; el rigor del jui-  
cio, y la incertidumbre de la hora;  
la eternidad de las penas, y la de  
las recompensas; la infinita miseri-  
cordia de Dios para con los pecado-  
res; y las paternales entrañas con  
que recibe al que sinceramente le  
busca, arrepentido como el Hijo pró-  
digo; la incomprehensible eficacia de  
los Sacramentos para obtener el per-  
don de los pecados: he aqui, Señó-  
res, la materia ordinaria de los Ser-  
mones del Nepomuceno; y quando  
predicaba panegírico, era siempre  
dirigido á la imitacion del Santo. Es-  
tas sencillas verdades, dichas con un-  
cion y espíritu de fortaleza, basta-  
ban á persuadir á los oyentes el odio  
del pecado y el amor á la virtud,  
que es todo el fin de la eloqüencia  
del púlpito.

Praga, esta capital de Bohemia, no ménos confusa á la sazón que Babilonia, y donde siendo todo lícito, no lo era ser buenos, como de Roma se lamentaba en otro tiempo un Poeta. Praga se conmueve toda á la voz del Nepomuceno, que exáltada como una trompeta, resuena en todas partes, como la de Jeremías. La pequeña Iglesia de nuestra Señora de Tein es corto recinto á la muchedumbre del pueblo. La fama de su predicacion llega al Obispo, y éste le nombra Canónigo de la Catedral de S. Vito, con destino á predicar la palabra de Dios, para satisfacer el deseo de la multitud. Juan renuncia por su humildad el Canonicato; mas obligado por un precepto de obediencia, se sometió voluntario al desempeño de su nuevo empleo, y primer premio de su sabiduría. ¡Quándo volveréis vosotros tiempos felices, en que los Superiores compelan para los ministerios

rios al mas digno! Asi evitariamos, que nuevos hijos de Elí por su depravada conducta, separasen del Santuario á los verdaderos fieles; y venerariamos en él únicamente á los llamados por Dios como Aaron.

Ligado el Nepomuceno al púlpito por este nuevo título, redobla sus conatos para el desempeño de tan sublime encargo, que no pide ménos sabiduría y prudencia, que santidad y virtud. Hecho todo para todos como otro Apóstol, instruye al ignorante, catequiza al rudo, reprende al soberbio, consuela al afligido: predica la palabra, insta oportuna é importunamente, arguye, ruega, reprende en toda paciencia y doctrina, como ordenó San Pablo á su discípulo Timoteo. Infatigable en su ministerio, y considerando que Dios habia puesto aquel pueblo sobre su cabeza, segun la expresion de un Profeta, no desciende del púlpito sino para ocupar el Confesonario, á fin

de recoger en él el fruto de la semilla, que habia rociado desde la cátedra. Aquí es donde luce mas su admirable sabiduría y su zelo por las almas. Nada hay mas difícil, dice S. Gregorio, ni que pida mas ciencia y mas trabajo, que el ministerio de Director espiritual. Necesita el que lo emprende un temperamento de virtud, que solo se halla en hombres extraordinarios; un zelo que sea moderado por la prudencia, como enseña el Eclesiástico; una prudencia que sea animada por el zelo: de suerte, que ni la austeridad cause terror, ni la suavidad y condescendencia produzca relaxacion; que la superioridad del ministro no le haga orgulloso, ni la humildad dé lugar al desprecio. Tu zelo, decia San Bernardo, debe inflamarlo la caridad, informarlo la sabiduría, afirmar lo la constancia: debe ser ardiente, circunspecto, invencible; no debe entibiarse, ni ser tímido, ni ménos carecer de discrecion;

cion; sino siempre acompañado de suavidad y de fortaleza; para asemejarse al de Dios.

He aquí el caracter de un zelo Apostólico: ¿Quién no conocerá por estos rasgos el del Nepomuceno, que tantos frutos produjo á la Iglesia en la licenciosa capital de Bohemia? La usura, los juramentos, la blasfemia, la soberbia, la vanidad, el luxo, la impureza, de una vez, todos los vicios desaparecen fugitivos al sonido de la voz de Juan, y de sus saludables reprehensiones y consejos. ¿Qué hermosos fueron, ó mi Dios, los pasos de este Evangelista de la paz, que anunciando vuestros bienes celestiales, edificaba las almas, y destruía el imperio de Satanás!

La Sabiduría del Nepomuceno era muy notoria, los progresos de su Apostólico ministerio muy rápidos y visibles, para ocultarse á los oídos de Wenceslao y de su Esposa la Emperatriz Reyna. Asistieron á

uno de sus Sermones en la catedral, y de resultas fué Juan llamado á Palacio, y condecorado con el nuevo título de Predicador Regio. La Emperatriz Juana de Baviera, estimulada como otra Reyna Sabá de la fama de su sabiduría, desea consultar su espíritu con este nuevo Salomon, y hallando que sus virtudes exceden á su fama, precedida la licencia de Wenceslao, lo elige por su Confesor. No es mucho, Señores, que fuese solicitado y aplaudido en la Corte del Emperador de Alemania. La sabiduría y santidad tienen una oculta fuerza, á que no es facil resistir. Vemos en efecto á Herodes con deseo de que Jesu Cristo viniese á su Corte, movido de la fama de su santidad y de sus milagros. Vemos que Faraon exalta al mas alto grado de potencia al antiguo Joseph, por su gran sabiduría en la interpretacion de los sueños. Por la misma razon vimos ensalzado á Daniél en la Corte

te de Nabucodonosor. Dios destina de quando en quando estas almas heroicas á los grandes teatros, para que en ellos sostengan sus inviolables derechos, y agonicen, en caso necesario, por la justicia.

Representaos al Nepomuceno que entra cual otro Bautista en el Palacio de Wenceslao, este nuevo Herodes, superior en crueldad á los Calígulas, Nerones y Dioclecianos. Empieza con pecho Apostólico á difundir las luces de su sabiduría, sin disimular los desórdenes de los Cortesanos. Á imitacion del Profeta Natán usa de ingeniosas parábolas, para atraer á estos hombres, de ordinario relajados é idólatras de sí mismos, que engreidos con su prosperidad y grandeza, se creen elevados sobre los cedros del libano, juzgando necesitar de telescopio para divisar á los demas mortales. Ellos sin embargo, uso aquí de las palabras de un célebre Escritor de la vida del

Tom. V. O Ne-

## 210 SERMONES

Nepomuceno, ellos admiran en este nuevo Apóstol de Bohemia un hombre extraordinario, á quien Dios ha comunicado talentos para descubrir los grandes misterios de la Religión, y confundir á los hereges; talentos para ilustrar la sana moral de Jesu Cristo, é infundir terror á los desertores del Evangelio; talentos de dirección para descubrir las conciencias y moverlas saludablemente; talentos Apostólicos para anunciar la palabra de Dios con fuerza, unción, eloquencia y magestad. Los vicios de esta Nínive floreciente, acreedora al castigo de Pentápolis, se avergüenzan y ocultan á la entrada de este nuevo Jonás. El Clero, las Comunidades, la nobleza, el Pueblo todo, admiran la profundidad de su talento, y las palabras de fuego de este sucesor de los Melécios y Estiencanes en el ministerio del púlpito. El mismo Wenceslao, como otro Agripa al Apóstol, súplica al Nepó-

## VARIOS. 211

muceno, predique á sus Cortesanos, y queriendo recompensar su mérito, le ofrece entre otras muchas Dignidades, uno de los mayores Obispados del Reyno; pero Juan, como otro Daniél, renuncia de todos estos dones, admitiendo únicamente el cargo de Limosnero mayor, por la ocasión en que le ponía de usar de misericordia con los pobres; y el de Confesor de la Emperatriz Juana, por encaminar á Dios una Princesa, cuyo fondo de piedad tenía bien conocido.

Bien sabia Juan lo arriesgado de su ministerio por el caracter voluble y licencioso de Wenceslao; pero nada atemoriza á las grandes almas educadas en la escuela de Jesu Cristo. Siempre habla con santa libertad, y reprinde las transgresiones de la ley con igual firmeza, como digno Ministro del Evangelio, pronto á sufrirlo todo por confesar á Jesu Cristo, y defender su doctrina. Víctima pre-

parada del zelo de la honra de Dios y de sus hermanos, "avanzad en pocos años de ministerio Apostólico el mérito de muchos siglos; porque vais á experimentar bien presto, que la Corte en que vivís es un mar inconstante, cuya calma dura corro tiempo. Wenceslao que os atraxo con instancia al Apostolado de su Imperio, movido de vuestra sabiduría, va á concebir contra vos no menos furor que Acab contra el Profeta Elias. Mas no temáis, que vuestra Apostólica fortaleza triunfará de su perfidia:" segunda reflexión de este discurso, que paso á exponer con la posible brevedad.

Wenceslao, Príncipe de cortos talentos, pero de demasiada crueldad y malicia, á fuerza de su amor á la Reyna, sin embargo de vivir él en la sensualidad mas vergonzosa, dió en el extremo de zeloso, enfermedad incurable, y tan dura como el infierno, segun la expresion de la Escri-

tura; y juzgando de su poder por su pasión, ordinario defecto de los Grandes, no se avergüenza de pedir al Nepomuceno, le manifieste los pecados que le ha confesado su Esposa. Atentado inaudito, que procuraba él cohonestar baxo frívolas razones de estado. Atónito oye Juan un semejante despropósito, tan sacrilego y temerario; y armado de fortaleza Apostólica, le reprende con el mismo lenguaje que los Profetas á los Reyes impíos de Israel; que los Apóstoles á los Jueces de la Sinagoga, y los Mártires á los Tiranos. Son dignas de vuestra atención sus fulminantes palabras.

"Yo soy, le dice, vasallo vuestro; mas soy tambien Ministro del Señor. Disponed de mí á vuestro arbitrio en el orden de la potestad temporal; pero nada esperéis en el de la espiritual. El sigilo de la confesión no es un secreto de estado, sino un secreto de las conciencias, y so-

bre éstas no tenéis derecho alguno. Lo que en esta parte sé, no lo sé como hombre, sino como Dios... Decís que los Reyes y los Césares nada deben ignorar de lo que pasa en sus dominios; ¿mas pertenece por ventura á vuestro Imperio el interior de la Reyna? Exáminad todas las leyes de los Soberanos de la tierra, y mostradme una que prohíba los deseos y los pensamientos. La direccion del corazon del hombre solo á Dios pertenece. Quando la Reyna me confesaba los secretos de su conciencia; quando me descubria su interior; quando gemia á mis pies; quando purificaba con lágrimas los defectos de su fragilidad, yo no era vasallo vuestro, sino un Sacerdote que representaba á Jesu Cristo. Es un Sacramento el que entonces administro, no un negocio temporal. Yo no temo vuestras injustas amenazas, sino los justos juicios de Dios. Vos podreis obrar como tirano; mas yo

yo siempre obraré como Ministro del Altísimo."

He aquí una respuesta digna de un fiel dispensador de los misterios de Dios, cuyos labios son el depósito de su sabiduría y de su ley Divina, conforme al oráculo de Malachías: he aquí un pecho Apostólico, que inflamado de fortaleza Sacerdotal, como otro Ambrosio, confunde la temeridad de este nuevo Valentiniano, que osa usurpar los derechos de Dios, exigiendo de sus Ministros secretas apostasías é iniquas complacencias. Mas el pérfido Wenceslao no se convence, y tanta luz lo ciega. Concibe contra Juan no ménos ódio que Herodes contra el Bautista. Disimula no obstante por algun tiempo su ira; pero bien presto manifiesta su furor contra el santo Canónigo, con el motivo de la firmeza con que le reprendió su crueldad con el infeliz cocinero.

Habia este miserable asado ú con-

dimentado mal un ave, y puesta en la mesa á Wenceslao, que excedía en crueldad á Nabucodonosor, á Falaris, y á Bayaceto, dió al instante la horrorosa sentencia, que fuese inmediatamente asado vivo al fuego mismo en que habia tostado mal el ave. Empezaba ya el verdugo, compadre de Wenceslao y su primer valido, á executar la iniqua sentencia, quando el Nepomuceno lo supo, corrió presuroso á su defensa, y arrojado á los pies de aquel Príncipe inhumano, intercede por esta inocente víctima de su crueldad; pero ni aun escuchar quiso Wenceslao sus razones, ni atender á las amenazas que de parte de Dios le pronosticaba; antes bien quanto mas le instaba con ruegos, tanto mas crecia su furor, hasta que tuvo la bestial complacencia de ver espirar al infeliz entre las llamas.

¿Pensais, Señores, por ventura saciada la crueldad de Wenceslao?

Na-

Nada menos. Convierte su furor contra el Nepomuceno; manda le pongan en un obscuro calabozo hasta que revele á su Príncipe los pecados de la Reyna. Mas la gracia y sabiduría del Espíritu Santo, que descenden con este nuevo Joseph á la prisión, le revisten de fortaleza, haciéndole mirar como su mayor gloria, ser hallado digno de padecer en nombre de Jesu Cristo, á imitacion de sus Apóstoles, y Discípulos. En vano, pues, se fatiga Wenceslao mandándole dar tormentos exquisitos; la llama interior de la caridad que le devora es mas ardiente que las muchas encendidas que exteriormente le abrasan las partes mas delicadas de su cuerpo. En tan duro combate hace resplandecer su fortaleza en el silencio, conforme al oráculo de Isaías. ¿Quién podrá separarme, decía en su corazón con el Apóstol, quién me separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulacion, la angustia,

tia,



tia, la persecucion, los tormentos? Vivo con la cierta esperanza de que ni la muerte, ni la vida, ni la violencia, ni las potestades, ni criatura alguna es capaz de separarme de la caridad de Dios, que me une á Jesu Cristo.

Así permaneció Juan por algun tiempo, invariable siempre en la constancia de su sigilo, hasta que á repetidas lágrimas de la Emperatriz, fué quitado del tormento, estropeado, medio muerto, y casi sin aliento de vida. Puesto en libertad y recobrado algun tanto, vuelve á presentarse en la Corte como un Santo perseguido, lleno de alegría y de firmeza, manifestando en su semblante, que las penas y tormentos por la causa de Dios, eran para él favores del Cielo. ¡Qué alegría para Juana de Baviera ver ya libre, á lo que creía, á su santo Director!

Mas éste, aunque ve calmar por algun tiempo la tormenta, penetra con

con espíritu profético los pérfidos designios de Wenceslao, y se prepara á morir sacrificado sobre las aras de la Religion: porque siente en su interior como otro Pablo, las nuevas cadenas que le esperan. Empieza á predicar con mas fervor y mas zelo que hasta allí. En uno de sus sermones sobre aquel texto: *Modicum et non videbitis me*, repitió muchas veces, *ya es muy corto el tiempo que me queda de hablaros*; y al fin en una especie de raptó profético, y derramando copiosas lágrimas, anunció los males que sobrevendrian en breve á la Iglesia de Bohemia, como si tuviese presentes los tumultos y guerras civiles de los hereges Hussitas. Despidióse del auditorio, y pidió perdón á los Canónigos y al Clero del mal exemplo que les hubiese dado.

Desde esta hora se entregó totalmente á preparar su alma para la eternidad, deseando comparecer puro ante el Juez de vivos y muertos,

tos, que suele descubrir manchas aun en los mismos Angeles; y queriendo tener propicia á la Madre de Dios, partió á Bunt-zel, poco distante de Praga, á visitar una devota Imágen, colocada en aquel lugar por San Cyrilo y San Metodio, Apóstoles de Bohemia. Aquí derramó su corazon en alabanza de la gran Señora; consagróse de nuevo ante sus aras, para que alcanzase de su Hijo, le recibiese como víctima digna del sigilo sacramental. ¡Qué consuelo! ¡qué fortaleza! ¡qué pronto ánimo á ser sacrificado no experimenta en sí el Nepomuceno! Confortado como otro Elías en el desierto, vuelve el Nepomuceno á Praga á sellar con su sangre el sigilo de la Penitencia.

Paseaba Wenceslao por una de sus galerías: vió venir al varon Apostólico; su vista sola renueva su indignacion y su sacrílega curiosidad. Mandóle prender al instante, y llevado á su presencia, le dixo con ayre de

de ferocidad, que eligiese entre morir al punto, ó manifestarle el secreto de la confesion de la Emperatriz. El Nepomuceno solo responde lo que el Bautista á Herodes, *no es lícito*. El tirano se enfurece, y exclama: *coged á ese hombre y arrojadle en el rio, luego que la noche venga, para que no sea notorio al Pueblo su castigo*. Así se executó el bárbaro decreto, y despues de algunas horas que el santo Mártir gastó en prepararse para el sacrificio, fue arrojado desde el Puente que divide á Praga, ligado de pies y manos, á las rápidas corrientes del rio Moldaw, á 16 de Mayo de 1383. La precaucion de Wenceslao fué inutil. Jesu Cristo que prometió en su Evangelio, que nada habria oculto, hizo bien presto conocer al Pueblo la muerte de su siervo, la santidad de su sacrificio, y el lugar de su martirio. Las aguas del Moldaw, ya que no se dividieron como las del Jordán, al paso de

los Israelitas y del Arca del Testamento, se entumecieron é hicieron nadar el santo cadáver, rodeado de unas estrellas resplandecientes, que cubrian su superficie, hasta depositarlo en la ribera, de donde le trasladaron los Canónigos, acompañados de todo el Pueblo; y colocado en la Catedral con la mayor veneracion y respeto, le conservan hasta el dia con un culto correspondiente á tan preciosa Reliquia.

Este es, señores, un breve rasgo de la admirable vida y gloriosa muerte de San Juan Nepomuceno: hombre verdaderamente extraordinario, cuya sabiduría y fortaleza serán siempre miradas como su propio caracter. Sabio en la carrera de sus estudios penetró las ciencias mas sublimes: sabio Ministro de la palabra, supo proponerla con dignidad, y libertad santa, y hacerla fructificar en las almas: sabio Director de las conciencias, tuvo singular prudencia pa-

para instruir, atraer y corregir los pecadores. Fuerte en reprender los vicios de los Grandes; firme en sostener los derechos inviolables de Dios hasta agonizar por la justicia en defensa del sigilo sacramental, su lengua no ménos admirable por sus sentencias que por su silencio, se conserva aun fresca, como la de S. Antonio. Digno ciertamente de que la Bohemia le aclame por su Patrono; digno, repito, de que todos le veneren por singular Abogado de la honra y buena fama; digno Protector de los fieles, terror de los impios, apoyo de los débiles, consuelo de los afligidos, y remedio de los enfermos. Acogeos, pues, baxo su proteccion, é imitadle en su conducta para ser eternamente felices.

Suscitad, ¡ó mi Dios! en vuestra Iglesia muchos Sacerdotes fieles, y dignos vasos de eleccion, que llenos como el Nepomuceno de vuestra sabiduria y fortaleza, sean capaces de anun-

anunciar y sostener con pecho Apostólico las verdades de vuestra Religion en los grandes teatros, ante los Príncipes y Magistrados de la tierra; principalmente en estos días lúgubres, en que todas las potencias infernales parece se han desatado y armado de furor para perseguir vuestra Iglesia en sus ritos, en sus misterios, en sus Ministros, en sus augustos Sacramentos. Vuestra Esposa es, Señor, y Madre nuestra; levantaos ya, y juzgad vuestra causa; conmoved con vuestra voz omnipotente el desierto de estos corazones incrédulos é impíos; atraédlos, convertidos, para que todos os conozcan, os amen, y os alaben por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SER.

## SERMON

De S. Felipe Neri,

Predicado á su Venerable Congregacion del Oratorio de Granada. Año de 1800.

*Inventus est perfectus, justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio.* Eccl. 44. 17.

Fué hallado perfecto y justo, y en el tiempo de la ira sirvió de reconciliacion.

Así habla; Congregacion venerable, sabios y piadosos oyentes, así habla el Espíritu Santo por boca del

Tom. V.

P

Ecle-

anunciar y sostener con pecho Apostólico las verdades de vuestra Religion en los grandes teatros, ante los Príncipes y Magistrados de la tierra; principalmente en estos días lúgubres, en que todas las potencias infernales parece se han desatado y armado de furor para perseguir vuestra Iglesia en sus ritos, en sus misterios, en sus Ministros, en sus augustos Sacramentos. Vuestra Esposa es, Señor, y Madre nuestra; levantaos ya, y juzgad vuestra causa; conmoved con vuestra voz omnipotente el desierto de estos corazones incrédulos é impíos; atraédlos, convertidos, para que todos os conozcan, os amen, y os alaben por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SER.

## SERMON

De S. Felipe Neri,

Predicado á su Venerable Congregacion del Oratorio de Granada. Año de 1800.

*Inventus est perfectus, justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio.* Eccl. 44. 17.

Fué hallado perfecto y justo, y en el tiempo de la ira sirvió de reconciliacion.

Así habla; Congregacion venerable, sabios y piadosos oyentes, así habla el Espíritu Santo por boca del

Tom. V.

P

Ecle-

Eclesiástico en elogio de Noé, este célebre Patriarca, que por haber siempre vivido en la presencia de su Dios, y fiel á sus mandamientos, fué hallado digno de servir de asilo en el Diluvio universal á las tristes reliquias del género humano, que se habia propuesto reservar la ira del Señor. Y las mismas palabras no dudo yo aplicar en alabanza de un Héroe de la religion de Jesu Cristo, espejo de las virtudes mas sublimes, y raro exemplar de perfeccion, que no contento con santificarse á sí mismo por el exercicio de la oracion, meditacion y penitencia, emprehende una vida laboriosa, negándose á veces el preciso descanso, por ganar almas para el Cielo, y preservarlas en tiempo del riguroso juicio de su condenacion: hablo de S. Felipe Neri, este hombre de Dios, exemplar y director de la perfeccion Evangélica, este varon extraordinario, resplandor de la virginidad, honor de las

bue-

buenas costumbres, promotor infatigable de la belleza interior del Santuario, víctima del amor de Dios, y de la caridad con sus hermanos, que interpuesto como Aaron entre los vivos y los muertos, ruega por todos al Altísimo para aplacar su ira, sirviéndoles cual otro justo Noé, de asilo y de protector para su reconciliacion.

Bien quisiera, Señores, abrazar en mi Oracion todos estos grandes objetos, dignos ciertamente de esta Cátedra, de mi Héroe, y de tan respetable Auditorio; pero como la materia es tan extensa, y vosotros por lo comun tan impacientes por la brevedad, me limito por esta vez á proponerle: I. como exemplar de Cristianos perfectos en el siglo: II. como modelo de Sacerdotes fieles en el Santuario; dos reflexiones breves, que justamente dividen la materia de este elogio, que manifiestan el verdadero caracter de San Felipe Neri,

que son el resumen de su admirable vida, y norma de la perfeccion cristiana en cualquiera de los dos estados.

Sacerdotes del Señor, que tanto os interesais en las glorias de vuestro Padre Felipe; Cristianos devotos, llenos de veneracion, y de respeto á la memoria de tan gran Santo; y yo indigno Ministro, á quien la Providencia ha confiado hoy su elogio; pidamos todos las luces del Espíritu Santo, postrándonos con sumision y rendimiento ante aquel augusto y soberano Señor Sacramentado, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave Maria.*

*Inventus est perfectus &c.*

**N**ada mas frecuente entre las gentes del mundo, que atribuir á una pretendida necesidad el desarreglo de su vida; nada mas ordinario, que pre-

pretender justificar sus delitos baxo el pretexto frívolo de la razon de estado, ó de la corrupcion del siglo, como si las leyes del Evangelio prescribiesen con el tiempo; como si Dios hubiese positivamente excluido de su Reyno alguna de las profesiones honestas de esta vida; ó como si el precepto de aspirar á la perfeccion Cristiana no comprendiese á todos los estados.

En el gran mundo, señores, en el gran mundo, y en el manejo de los negocios mas árduos, supieron vivir como Anacoretas austéros, consagrados á Dios por el ayuno, la mortificacion, y el exercicio de todas las virtudes, Joseph, Moyses, David, Daniel, y otros muchos Príncipes, Magistrados, y Poderosos de la tierra.

¿Mas qué digo? Desde el cedro hasta el hisopo; esto es, desde el mas alto Monarca hasta el infimo plebeyo, ¿no son todos llamados á la

admirable luz de Jesu Cristo? ¿Porqué no podrán todos en su estado ejercitarse en la virtud? ¿Porqué no deberán todos aspirar á ser perfectos, conforme al Oráculo preceptivo del Evangelio? ¿Porqué deberán mirarse como exclusivamente propias del estado Eclesiástico la oracion, la penitencia, y demás virtudes cristianas? ¿Si serán por ventura los bienes eternos gages del espíritu de culto y de piedad de los Eclesiásticos, igualmente que de la disipacion de las gentes del siglo? ¿Si habrán sido éstas llamadas por privilegio por un camino ancho, florido y espacioso, y aquellos por pena, por una senda estrecha, árdua y espinosa?

¡ Ah! Señores, no nos engañemos, que Dios no puede ser burlado. El Reyno de los Cielos padece violencia, y solo por violencia se arrebatara. Ello es constante que hay un solo Dios, un Bautismo, una Fé,  
una

una Moral, y por consiguiente unas mismas obligaciones esenciales, extensivas respectivamente á cada uno de los estados, en que nos ha colocado la divina Providencia, porque el Señor no es aceptador de personas. Debemos, pues, todos ser perfectos, así los Seculares como los Eclesiásticos. Y para que ni aun en la práctica podamos alegar excusa, entre otros exemplares, se dignó Dios presentarnos en los últimos siglos á San Felipe Neri, modelo de perfeccion en uno y otro estado. Reflexemos sobre su piedad y renuncia de lo terreno en el siglo, que son las principales basas en que estriba el edificio de la perfeccion cristiana.

En efecto, como Dios le destinaba para reparador de su culto, le infundió desde luego un singular espíritu de devocion y de piedad, para que á imitacion de Josías, corroborase la de sus hermanos, principalmente en un siglo, en que pa-



rece haber vomitado el abismo todas sus huestes infernales, con el fin de destruir la piedad y la Religion por sus mas profundos cimientos; hablo de los vigorosos ataques con que acometieron á la Iglesia de Jesu Cristo Lutero, Ecolampadio, Melancton, Teodoro Beza, Calvino, y demas Xefes de la pretendida reforma. Quando estos ingratos empezaban á trabajar por destruir la religion de sus mayores, oponiéndose abiertamente á la divina institución y eficacia de los Sacramentos, despreciando los mas adorables misterios, el culto del verdadero Dios, y la veneracion de sus Santos; suscita el Señor el zelo de Neri, haciendo brillar su piedad como la luz del sol en medio del día mas sereno.

Hijo de padres ricos, y de la primera nobleza de Toscana, no se dexó arrastrar del falso esplendor de la carne y de la sangre. Felipe entra desde luego en sí mismo, y subiendo

do de generacion en generacion hasta su origen, halla que su primer título es el de pecador, y que sus padres le dexaron por primera herencia la muerte y el pecado. Conoce asimismo que los tesoros que en poder de los mundanos son instrumentos de iniquidad, segun el sabio deben serlo de piedad y de virtud en manos del justo. De aquí este espíritu de misericordia, de humildad y de mansedumbre, que le hacian superior á sí mismo, sin dar lugar á la vanidad ni á la ira. Apenas tenia once años este jóven Daniél, quando visitaba ya las Iglesias con una frecuencia exemplar, orando y oyendo la palabra de Dios con la mayor ternura y devocion.

Aplicado á los estudios, manifestó desde luego su vasta capacidad, su profunda penetracion y talento, y una singular reminiscencia. La afabilidad de su trato, la modestia de sus palabras, su candor, su humildad,

dad, y la gracia del Señor que se difundia por sus labios, le hacian amable á sus condiscípulos y Maestros, llamándole todos á una voz el *buen Felipe*. Su aplicacion al estudio era constante, y maravillosos sus progresos, pero sin perder jamas de vista sus ejercicios de piedad y la perfeccion cristiana.

Aun en la clase misma daba á todos continuas lecciones de culto á Dios con la mayor edificacion. Habia en ella un devoto Crucifixo, y siempre que le miraba, se deshacia en lágrimas, á imitacion del Niseno al contemplar la imagen de Isaác, figura de Jesu Cristo, ó como otra Santa Paula al registrar los lugares y vestigios de la pasion del Señor. Acabados los ejercicios del Aula, así quando discípulo como quando maestro, iba este nuevo Apóstol á los pórticos de las Iglesias, á enseñar la Doctrina Cristiana á los pobres; sin que esta ocupacion le estorbase la

vi-

visita de los hospitales, la asistencia á los enfermos, ni el exercicio de la oracion, tan frecuente y prolongado, que oraba á veces veinte horas sin intermision; de suerte que sus rodillas tendrian ya un callo tan duro como las del Apóstol Santiago, que imitaban segun sus actas la dureza del camello.

Concluida la carrera de sus primeros estudios, le enviaron sus padres á casa de un rico Comerciante suyo, no para que aprendiese la negociacion, sino en calidad de heredero. Pero Felipe, que á imitacion de mi padre San Francisco, miraba como su único patrimonio la santa pobreza de Jesu Cristo crucificado, supo conservar una perfecta renuncia de todo lo terreno en el seno mismo de la abundancia y las riquezas, detestando mil veces cada dia las pompas y vanidades del mundo, de que habia renunciado una vez solemnemente en el sacro Bautismo.

Aquí

Aquí permaneció por algun tiempo edificando á todos por su humildad profunda, abstraccion y silencio. Mas temiendo el peligro siempre presente, y el venenoso contagio de los malos exemplos, movido de superior impulso, sale como otro Abrahám de su tierra y de entre su familia, y marchando fugitivo con pasos de gigante, llega á Roma, esta capital del mundo cristiano, que Dios le destinaba para exercicio de su zelo y de su Apostolado.

Acomodóse en calidad de Preceptor de los hijos de Galeotó Caccia, noble Florentino, y emprehende una vida toda angélica. Ayunaba por lo comun diariamente, y apenas le podian convencer á que añadiese al pan y agua algunas pocas aceytunas, ó corta cantidad de yerbas; gastaba en la oracion la mayor parte de la noche á imitacion de Jesu Cristo, sin olvidar por esto la enseñanza de sus discípulos, que baxo su direccion ha-

cian

cian maravillosos progresos, no menos en las virtudes, que en la doctrina. Estudiaba al mismo tiempo y por sí solo, las Facultades mayores, y como era tan vasta su capacidad, y original su talento, bien presto le fueron familiares la Teología, la Escritura, la Tradiccion, los Padres, los Derechos; de suerte que todos le miraban y consultaban como á Oráculo.

Negadó á toda diversion y pasatiempo, hacia suceder al estudio la oracion, á la oracion la penitencia, á la penitencia el ayuno, al ayuno las estaciones de Roma, á las estaciones la predicacion de la doctrina en los pórticos de San Pedro, y San Juan de Letrán, á la predicacion la visita de los hospitales y curacion de los enfermos, á ésta en fin, la asistencia al santo Sacrificio de la Misa, donde derramaba su corazón delante de Dios, arrebatado en altísima contemplacion, y derritiéndose como la cera á presencia del fuego.

En

En los pobres consideraba á Jesu Cristo, y así quanto adquiría todo era para ellos. A la edad de treinta años vendió hasta los mismos libros para socorrerlos, y entregado totalmente á Dios, parecia muy frecuentes éxtasis, viéndose á veces en la oracion tan dominado de regocijo espiritual, que se le oía exclamar postrado en tierra; basta, Señor, basta: contened un poco los raudales de vuestra suavidad: dexadme, Señor, dexadme, yo soy todavia mortal. ¡O Dios mio! sabiendo que sois infinitamente amable, ¿porqué no nos disteis mas que un corazón para amaros, y este tan pequeño y tan estrecho?

Así vivía San Felipe como el mas retirado y austero Anacoreta en medio de una Capital tan populosa; tan libre y freqüentada de todas las gentes del mundo, siendo mirado de todos como un oráculo, y un modelo singular de perfeccion. Sus ardientes

deseos de amar á Dios le hacian freqüentemente suspirar como á S. Pablo, por aquel momento feliz de ser disuelto de los vínculos de la mortalidad, para estar con Cristo para siempre; pero hacíasele mas amable la dilacion como al Apóstol, por tener ocasion de padecer, y ser útil á sus hermanos. Si aun soy necesario para la salud de vuestro Pueblo, no rehuso el trabajo, hágase, Señor, tu voluntad; decia como otro S. Martin.

He aquí, Señores, un rasgo de la vida privada de San Felipe Neri: he aquí un hombre justo, un exemplar de la vida cristiana, un modelo de perfeccion en el siglo. Aun nos resta admirarle como exemplar de Sacerdotes en el Santuario, segunda parte de su elogio. Renovad vuestra atencion.

Bien quisiera Felipe vivir por su humildad desconocido en el mundo, y despreciado de todas sus criaturas; pero el zelo de la salud de las almas

mas que le inflamaba, y el mandato de su venerable Confesor, de cuyos labios pendia, le hicieron tomar la resolucion de ordenarse de Sacerdote á los treinta y seis años de su edad. Consagrado á Dios por esta santa uncion y carácter augusto, ya se creyó Felipe como encargado de los intereses de sus hermanos sobre la tierra, y como su reconciliador con el Eterno Padre; funciones adorables, que son las principales de un Sacerdote de la Ley de gracia; funciones que participamos del augusto Sacerdocio de nuestro Salvador; funciones que al paso que nos elevan á la mas alta dignidad, nos ligan á los mas estrechos deberes; funciones que desempeñó Felipe con tanta exáctitud, que debe juntamente ser mirado como un raro exemplar de los Ministros del Santuario. En efecto, desde que subió al Altar por la primera vez, conociendo que Dios habia puesto á los hombres

bres sobre su cabeza, segun la expresion de David, empezó á llorar entre el vestíbulo y el altar, conforme al oráculo de un Profeta, las calamidades y pecados del Pueblo. Considera, que el Unigénito de Dios y eterno Sacerdote, segun el orden de Melchisedech, vino al mundo á salvar lo que habia perdido por el diluvio del pecado; que no vino á llamar justos sino pecadores, y que por esta causa se dignó tomar la forma de esclavo. Reflexiona, que á las gloriosas calidades de Hijo de Dios vivo, de Criador del Cielo y de la tierra, de Soberano de la naturaleza, de Maestro y Redentor de los hombres, que le atribuyen las santas Escrituras, añaden ellas mismas el de amigo de los pecadores, que los busca con solicitud, que conversa con ellos, que los instruye, que carga sobre sí sus delitos, y que los ama hasta el extremo de ser sacrificado por ellos en el Ara sacrosanta.

Tom. V. Q ta

ta de la Cruz. Medita finalmente, que una de las principales obligaciones del Sacerdote en calidad de Pastor de su rebaño, consiste en exponer la propia vida por instruirlo, apacentarlo, y defenderlo de los lobos infernales.

Esta consideracion, que inflamaba en otro tiempo el espíritu de San Pablo con respecto á los gentiles, estimulaba continuamente á Neri á buscar los pecadores por todas las calles y plazas de Roma, para conversar con ellos, y reducirlos á penitencia por medio de consejos, exhortaciones públicas, por la esperanza de las promesas eternas, y terribles amenazas del juicio.

¿Mas quién podrá reducir á compendio los esfuerzos de su zelo y su constancia en promover los intereses sólidos de la salud de sus hermanos? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el dia trabajando, y la noche sin descanso; que bastaba por

por sí solo á predicar al Pueblo, á catequizar al rudo, á dirigir al perfecto, al socorro de los pobres, á la curacion de los enfermos; de suerte que parecia multiplicarse en su presencia, á medida de sus funciones, ó de las necesidades de sus próximos? ¿Qué de vigiliias, qué de ayunos, qué rigurosas penitencias no emprendia Felipe, por calmar la ira de Dios sobre los pecadores? ¿Qué asechanzas, qué persecuciones, qué injurias no sufrió de parte de aquellos mismos por cuyo beneficio trabajaba? Mas ni la hambre, ni la sed, ni la ingratitude, ni la tribulacion, ni fuerza alguna celeste ó sub-lunar, fueron capaces de extinguir, ni aun resfriar, su ardiente amor á los pecadores. Hecho todo para todos, como otro Pablo, predica, arguye, insta oportuna é inoportuna-mente, y nada desea tanto como ser anatematizado por Cristo, y por la salud de sus hermanos.

¡Que no pueda yo detenerme á manifestaros con extension todos los pasos de este Evangelista de la paz, de este nuevo Daniél, á quien tuvieron respeto los mas voraces elementos y las bestias mas indómitas de este otro Gedéon, que sobre las ruinas de Baal supo erigir altares al verdadero Dios; de este nuevo Esdras, en fin, que enriqueció el Templo del Señor, contribuyendo con piadoso zelo, á que su interior belleza correspondiese á la magnificencia exterior! Baste decir, que solicitaba con tantas veras la conversión de las almas, que nada hacia ni decia, que no se encaminase á este objeto; y como si en calidad de encargado de sus hermanos, se hubiera consagrado al servicio de los pecadores, queria ser víctima de la caridad á imitacion de Jesu Cristo. Este ardiente deseo le devoraba mas y mas, cuando consideraba que en calidad de Sacerdote, era no solo

lo encargado, sino cooperador de Jesu Cristo en el augusto ministerio de las almas en el altar, en el púlpito y en el confesonario. En el altar ofreciendo al Padre Eterno aquella Hostia pacífica é inmaculada, aquel Cordero sin mancha, que quita los pecados del mundo.

¡Ó, cuánto no se inflamaba aquel corazon amante, al considerar que al imperio de su voz baxaba á sus manos el Criador del Cielo y de la tierra hecho Hostia de propiciacion, para reconciliar al pecador! En varias de estas ocasiones dilató tanto el amor Divino el corazon de San Felipe, que se hizo pedazos el cíngulo que le ceñia quatro ó cinco veces.

En el púlpito y en el confesonario le habia dotado el Señor de un espíritu de eficacia y de suavidad, de fortaleza y de dulzura, de una prudencia y discernimiento, que triunfaba del corazon mas obstinado con solo abrir sus labios; pudién-

dose contar el número de las conversiones por el de los oyentes y penitentes. Felipe habla, y todo parece mudar de aspecto en Roma. La usura, la mala fé, la vanidad, los juramentos, la disolucion, la soberbia de la vida, estos abominables monstruos, que devoran á tantas almas, se ocultan avergonzados, sin atreverse á parecer en público. Gemirás cada día, horrible iniquidad, quando se te represente este tu irreconciliable enemigo.

Pero como Felipe no podia ocupar sino un solo confesonario, ó un solo púlpito, la caridad que es ingeniosa, le sugirió, dice un célebre Orador de nuestro siglo, el pensamiento de erigir una Congregacion, donde fuesen tantos los Felipes como los Individuos, para que multiplicado en sus personas, pudiese estar presente en muchos lugares, hablar y obrar en muchas Iglesias á un tiempo, haciendo por medio de sus hijos

lo que no podia por sí mismo. Verdadero imitador de Jesu Cristo obliga á todos sus discípulos al complemento de esta grande obra, para satisfacer su caridad. Envíalos de Ciudad en Ciudad, de Reyno en Reyno, á buscar las ovejas descarriadas del rebaño. Mientras durare la memoria de los siglos, no faltará jamás la de los copiosos frutos que ha producido en el Santuario esta ilustre Congregacion de Sacerdotes, fundada sobre el espíritu de Neri, y fruto de su ardiente caridad con los pecadores.

Tan gran reconciliador perdía la Iglesia de Dios en aquella infeliz época, en que confundidos los derechos, todo era concupiscencia de la carne, soberbia de la vida, ambicion, avaricia, simulacion, envidia; y en que para decirlo de una vez, toda la carne no menos que en tiempo de Noé, y en el nuestro, habia corrompido sus caminos. En Roma donde todo era licito, ménos el ser



buenos, refrena el orgullo de los Grandes, estas almas fieras, que pretenden se canonicen hasta sus mismos crímenes, reforma el Clero, destierra la ignorancia, el error, y la heregía, y á pesar de los esfuerzos y ardides de Satanás, de la persecucion y malos tratamientos, sostiene la causa de Dios, y hace brillar la magestad del Santuario por admirables conversiones de pecadores.

Mas ya esta alma santa, encendida como la Esposa de los Cantares, llegó á inflamarse tanto, que dilatándose y entumeciéndose el corazón, se le rompieron últimamente dos costillas con la dulce violencia del amor de Dios. Desde este momento ya no parecia Felipe hombre mortal. Su conversacion en los cinco años que milagrosamente vivió con esta dolencia, toda era celestial: los santos Angeles, y aun su Reyna misma, le hacian de ordinario compañía, é inflamado en llamas de amor  
de

de Dios, suspira sin cesar por Jesu Cristo, deseando morir como otro Pablo, para gozar eternamente de su amable presencia.

Víctima preparada del zelo, lograrás tus designios, muriendo á manos de la caridad. En efecto á pesar de la debilidad que en él habian producido sus continuos trabajos, sus prolixas enfermedades, sus rigurosas penitencias, y su edad avanzada de mas de ochenta años, se levanta del lecho, en que yacía moribundo, sube al altar, celebra el santo Sacrificio; su rostro, como se explica un hijo suyo, aparece inflamado, y luchando con Dios como Jacob, no soltó de entre sus manos la Hostia, sin recibir antes la bendicion, y la promesa de añadir á la cualidad de Sacerdote, la de víctima del amor de Dios; lo que se verificó en el mismo dia, muriendo en el Señor á esfuerzos de la caridad.

Este, es Señores, un breve rasgo

go de la preciosa vida de San Felipe Neri; este es el nuevo Apóstol, y Taumaturgo de Italia; este el nuevo Noé, que hallado por Dios perfecto y justo, fué destinado para reconciliacion de los pecadores en los últimos siglos; este el exemplar y modelo de la perfeccion cristiana para todos los estados: en el siglo por su piedad, su renuncia del mundo, y continuo exercicio de las virtudes mas sublimes; en el Santuario por su amor á Dios y caridad con sus hermanos, á quienes sirvió de asilo, y de reconciliacion en el tiempo de la ira. *Inventus est perfectus, justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio.*

Atended, os ruego, Congregacion venerable, atended á la piedra donde habeis sido cortados. Si os gloriais de hijos de Abrahám, sean de Abrahám vuestras obras. Trabajad sin cesar por la Iglesia, esta Ciudad de Dios acometida por sus mas furiosos enemigos; defended con pecho  
Apos-

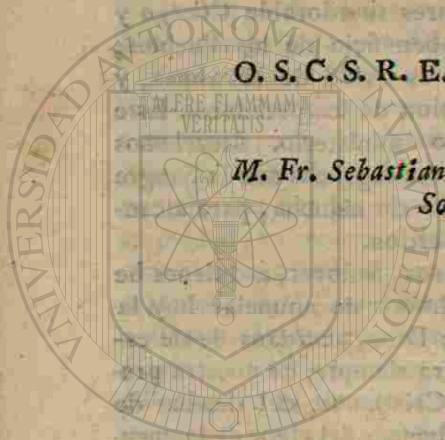
Apostólico los derechos inviolables de Jesu Cristo; distribuid como fieles dispensadores su adorable Cuerpo y Sangre, á beneficio de los Pueblos; sudad por la salud de las almas, y reconciliacion de los pecadores. Este es nuestro ministerio. Mezclemos pues nuestras lágrimas con la Sangre del Cordero sin mancha, para alcanzarles el perdon.

Y vosotros, Señores, á quienes he tenido el honor de anunciar hoy la palabra de Dios, acordaos desde esta hora para siempre, de vuestra profesion de Cristianos, del destino de vuestras almas, y del rigor de la cuenta que os espera, sin perder jamas de vista un tan alto protector, un modelo tan singular de la perfeccion Evangélica, á que debemos todos aspirar para ser salvos. Acogeos baxo su proteccion con espíritu de penitencia; seguid todos sus huellas, oid sus consejos, imitad sus obras en vida,  
pa-

252 SERMONES  
para acompañarle en la eternidad.  
Amen. DIXE.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez  
Sobrino.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## TABLA

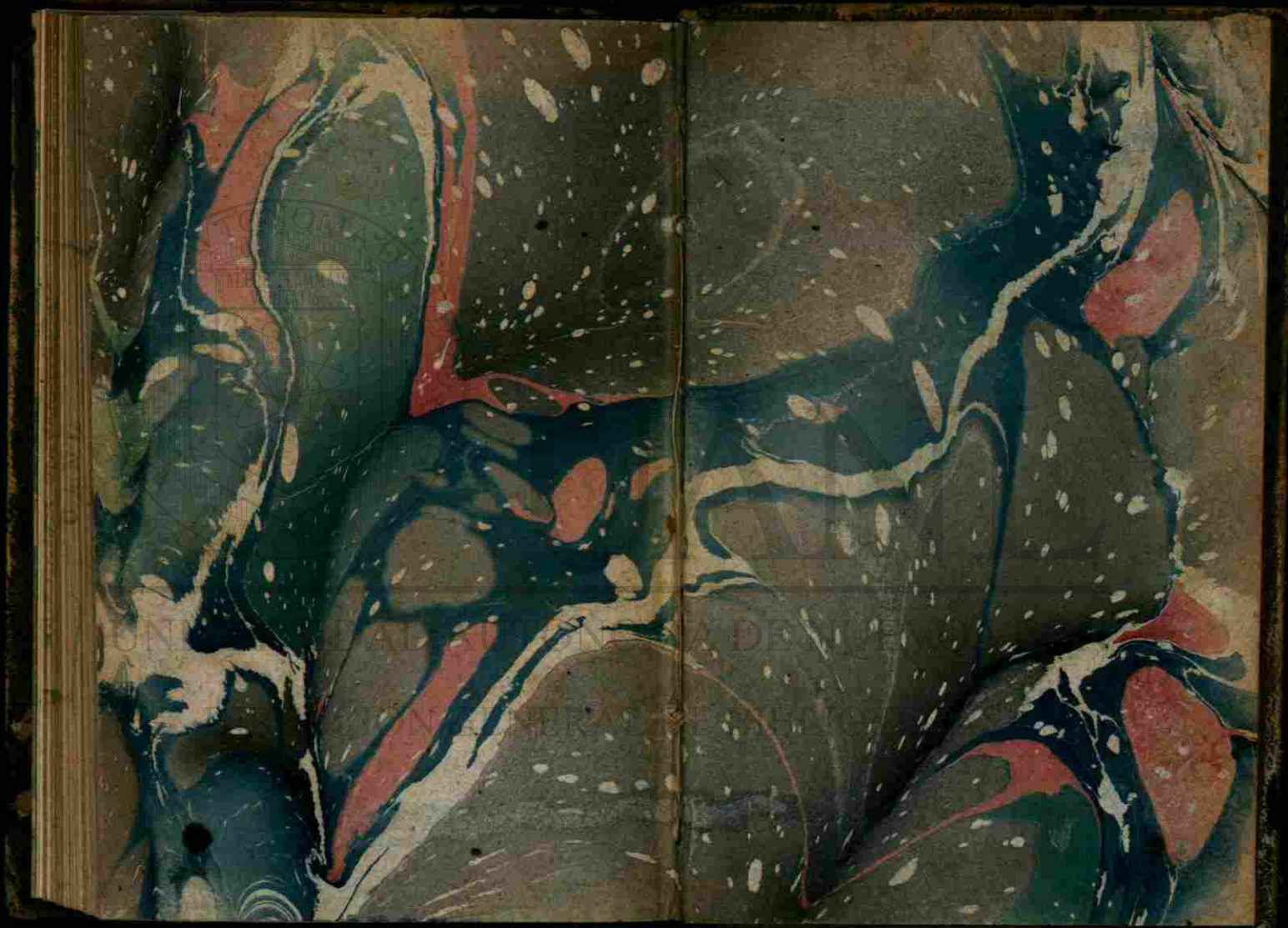
### DE LOS SERMONES contenidos en este Tomo V.

Discurso moral sobre el tributo debido al Soberano.	Pág. 1.
Sermon dogmático predicado al Santo Tribunal de la Inquisi- cion de Granada en la feria V. de la semana tercera de Qua- resma.	26.
Sermon sobre las Indulgencias concedidas por N. SS. P. Pio VI. á los Cofrades de Animas de la Parroquial de Santa Ana de Granada.	51.
Sermon de San Rogelio.	75.
Día primero de Novena de San Joseph, sobre la confianza en Dios.	98.
Sermon de S. Pedro Mártir.	122.
Ser-	

Sermon de S. Roque. 143.  
Sermon de S. Nicolás de Bari. 169.  
Sermon de S. Juan Nepomuceno. 196.  
Sermon de S. Felipe Neri. 225.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
R01667 MICROFILMADO 10/5/83



NUEV  
LIOTEC